

Cuando Pase

El Temblor

Por Camilo Muñoz Cortés

I

Lo demás vendrá

El estadio estaba a estallar, los gritos de las más de ochenta mil personas presentes eran ensordecedores. La noche estrellada había sido reemplazada por el humo rojo de las bengalas de los ultras. Era uno de esos días en los que se hace historia, uno de esos lugares donde todos quieren estar: jugadores, técnicos, aficionados, periodistas... todos. AC Milan buscaba una nueva Copa de Europa, en su casa, ante el Real Madrid. Pero Michel y Drachen no estaban ahí por el fútbol, estaban ahí porque sabían que Ale iba a estar ahí y que era su única forma de poder hablar con él, de entender lo que había pasado en los últimos años.

Un amigo de infancia de Leo había logrado conseguirles boletos en la *curva sud*, donde, pensaban, estaría Ale. Encontrarlo no sería fácil. Si antes de los eventos del 13 de junio de 2013 la gran parte del mundo sabía quién era Alexandre Araújo, después de lo ocurrido ese día no debía haber más de un puñado de personas de más de 3 años que no hubieran oído, al menos, hablar de él. Sabían que iba a estar ahí, pero ¿dónde? Estaría lo más encubierto posible: bufanda, gorra, mezclado entre miles de personas a quienes solo les importaría lo que pasara en el campo –personas que, por más similar que fuera a la segunda persona más poderosa del mundo, no le prestarían demasiada atención. ¿Por qué estaría alguien tan poderoso en la tribuna popular? Además, solo unas cuantas personas sabían que Ale era aficionado a ese equipo. Leo, por otra parte, era un conocido hincha del Milan, su familia era bien conocida en Milán. Su presencia podía poner en riesgo la operación, por eso había decidido quedarse con John en su casa de Foro Buonaparte.

—*Le destin est vraiment capricieux* —susurró Michel a Drachen.

Inmediatamente fue interrumpido.

—Si con este ruido me hablas en francés, ahí sí que no te voy a entender.

Michel retomó la frase, esta vez en inglés:

—El destino sí que es caprichoso: a pesar de no hablar mucho, Ale gustaba de usar metáforas de fútbol para describir situaciones mundanas... ahora estamos jugándonos la vida en un estadio.

Drachen no estaba poniendo mucha atención, así que solo asintió. Ya estaba acostumbrado a los comentarios filosóficos de Michel y, como buen alemán, estaba concentrado en hacer su trabajo con la mayor precisión posible.

Corría el minuto 89 cuando, de repente, el estadio se estremeció. Segundo gol de Milan, que había remontado. Si antes había ruido, lo de ahora no tenía nombre. Todos saltando,

cantando, gritando, abrazándose. Michel se dejó llevar y se abrazó con el fan que estaba al lado suyo hasta que fue sacudido por Drachen:

—¡Mira, es él, ahí está!

Era él. Portaba abrigo, cachucha, llevaba una bufanda *rossonera* algo vieja y, aparte de eso, se había dejado la barba. Su precaución lo había traicionado. Era el único —a parte de Drachen— que no estaba saltando. Había gritado claro el gol, los seguía por la tele desde los 7 años, todos los fines de semana, desde el otro lado del charco, su ritual de domingo consistía en ver a su amado equipo. Después de unos segundos, se volvió a sentar y se acomodó la cachucha, que se le había desajustado.

—Vamos —dijo Michel—. Acerquémonos, esto se va acabar.

Michel y Drachen se pararon de sus asientos y se dirigieron a la salida más cercana a Ale. El pitido final fue seguido por otra sacudida del estadio. Esta vez Ale ni siquiera se levantó de su asiento, solo aplaudió. Las medallas comenzaron a repartirse. En ese tiempo, Michel alcanzó a comprar y comerse un perro caliente; Drachen, en cambio, no perdió de vista a Ale ni un solo segundo. Finalmente, el capitán del equipo lombardo alzó la preciada copa. Ale observaba feliz, hubiera podido quedarse en su asiento toda la noche mirando los festejos, pero no, sabía que no podía darse ese lujo. Se paró y fue hacia la salida más cercana. Drachen, al verlo acercarse, le avisó a Michel que se pusiera en posición. Se hicieron en una esquina para que Ale no los viera, esperaron a que comenzara a descender por las escaleras circulares de una de las torres de San Siro. Sigilosamente, se le acercaron por detrás. Drachen, con la mirada, dio la señal de actuar a Michel:

—¡Ale! —exclamó Michel.

Ale se volteó instantáneamente. Sonrió:

—Tenía la esperanza de verlos acá hoy —dijo.

Michel y Drachen abrazaron fuerte a su viejo amigo a quien no veían desde hacía poco menos de siete años tan solo días antes de que fuera detenido por Cascos Azules frente a miles de cámaras.

—Leo y John nos están esperando, tenemos que movernos rápido —dijo el alemán.

Ale asintió.

Michel se iba a lanzar en una de sus largas reflexiones, pero Drachen se percató a tiempo y les recordó que el tiempo no estaba de su lado:

—Nuestro vuelo sale mañana en la madrugada, no queríamos levantar sospechas.

—Supongo, además, que tu margen de maniobra tampoco es muy larga —añadió Michel.

—Es verdad —dijo Ale—. Los Sables me esperan en el hotel. Si no estoy ahí en la madrugada, esta ciudad entrará en ley marcial hasta que aparezca. Ya pasó una vez en Estocolmo.

Las masas de espectadores comenzaron a vaciar el estadio, la gran mayoría seguiría el bus que llevaba al equipo ganador hasta el Duomo a festejar la nueva orejona. Los tres acordaron que, para evitar ser interceptados por algún Sable que estuviera por ahí

asegurando el orden, lo mejor sería mezclarse con la multitud hasta el metro más cercano, coger la línea 5 y luego la 1 hasta llegar al apartamento de Leo a unos pasos de la estación Cairoli.

Leo miraba el Castello Sforzesco desde su ventana. Nunca se imaginó, cuando hacía un mes su equipo derrotaba a la Juventus en Turín y clasificaba a la final por primera vez en más de una década, que no tendría ganas de ver el partido. Había llamado a Beppe días después del match a indagar si le podía conseguir unas boletas para él y su novia. Beppe, sorprendido, le había respondido que el MIAST ya había reservado un boleto de manera confidencial y que, además, era en la *curva sud*. Beppe había supuesto que ese boleto era para Leo. Leo quedó atónito con esa noticia. ¿Por qué haría eso el MIAST? ¿Acaso era la forma de anunciarle que recuperaría el cargo que le habían arrebatado desde los incidentes del 13 de junio? Pero, si eso era cierto, ¿por qué un boleto en la *curva sud*? El portavoz del MIAST, el organismo más importante del mundo, tenía que estar en el Palco Presidencial, no en la tribuna popular. Lo comentó con Michel y Drachen al día siguiente mientras almorzaban en su oficina, los tres llegaron a la conclusión de que todo apuntaba a la posibilidad de que Ale fuera a estar ahí. John volvió, a los pocos días, de una misión en Sídney. Le comentaron la situación y también estuvo de acuerdo con esa hipótesis. Se reunieron los cuatro, esta vez en la casa de Drachen. Luego de una larga charla decidieron ir a Milán. Viajarían el viernes, verían el partido y, con suerte, verían a Ale el sábado, volverían a Manhattan el domingo y estarían de vuelta al trabajo el lunes. Nadie sospecharía de lo sucedido. Como coartada, Leo, Drachen y John le dijeron a sus parejas que iban a pasar el fin de semana en la cabaña de Michel en Vermont sin comunicación alguna porque querían jugar *King y Bridge* todo el fin de semana tal como lo habían hecho innumerables veces anteriores. Confiaban ciegamente en sus respectivas parejas pero no querían involucrarlas en algo que podría ser considerado alta traición. John se encargó de los boletos de avión, Leo pudo conseguir con Beppe dos entradas para el partido, Drachen organizó la logística de la operación. El aporte de Michel se limitó a sugerir una *trattoria* con la mejor pasta carbonara de Milán.

De los cuatro, John era quien más preocupado estaba antes de subir al avión. En los últimos seis años, ninguno de ellos había criticado el nuevo régimen abiertamente -se habían limitado a hacer los trabajos que les habían asignado. La duda sobre qué tanto los vigilaban siempre había estado ahí durante todo ese tiempo. Era claro que todos sus correos eran leídos y sus llamadas escuchadas, pero, ¿acaso había micrófonos en sus casas u oficinas? ¿Acaso sabrían de sus planes desde el principio y los cogerían con las manos en la masa? John temía que fueran detenidos por Sables y sufrir el mismo destino incierto que todos los habitantes de Alejandría. Tratando de confortarlo, Michel dio un largo discurso sobre cómo la búsqueda del bien conllevaba tomar riesgos, sobre cómo lo importante era sobrevivir del lado correcto de la historia así uno mismo no llegara a verla. Drachen, más

pragmático, solo dijo una cita que había escuchado años antes: “sé valiente y lo demás vendrá”.

Leo se quedó callado. No tenía miedo de que algo malo pasara, tenía nervios de volver a ver a Ale, de lo que les diría. Ale había revolucionado el mundo con 18 años y después de eso, durante seis años hasta el día que fue detenido, no hubo una sola semana en que algo innovador no fuera creado por él. “¿Qué nos va a decir?”, pensaba sin parar desde que la eventualidad de verlo apareció. Durante casi una década, Leo intentó entender cómo funcionaban los inventos de Ale y por fin obtendría una explicación... pero, “¿qué tal que no estuviera ahí? ¿Que la boleta fuera para alguien más? ¿Que Beppe se hubiera equivocado?”. No podía parar de hacerse preguntas, no entendía cómo Michel había podido dormir las tres horas que duró el vuelo, más porque salieron a las siete de la noche. Él no pegó el párpado, ni siquiera una vez en Milán. El estrés era tal que no pudo ver el partido, su cerebro no lo dejó, se quedó viendo por la ventana durante toda la final esperando que Michel y Drachen volvieran antes de lo anticipado. John le iba contando el marcador. Cuando oyó el pitido final sonrió por un segundo pero volvió a sus pensamientos. El tiempo pasaba y pasaba y nada que llegaban. Por primera vez el miedo lo invadió:

—¡Ale no estaba ahí, no quiso venir, algún Sable los atrapó! —comenzó a decirle a John en medio de un ataque de angustia.

De repente, la perilla comenzó a moverse.

“Los Sables están aquí”, pensó. “Nunca sabré por qué ha pasado lo que ha pasado”.

Entonces, lo vio. Era él, el mismo que un 23 de mayo de 2007, hacía más de una década, había aparecido, de la nada, en todos los noticieros existentes con un invento que cambiaría el mundo. Drachen y Michel lo habían escoltado sano y salvo desde el estadio.

Leo lo miró directo a los ojos y le dijo:

—Basta de juegos, Ale. ¿Nos puedes explicar, de una vez, cómo llegamos a esto?

Ale miró hacia el suelo mientras buscaba algo en el bolsillo de su abrigo. Sacó lo que parecía un folleto y lo tiró sobre la mesa:

—Traje esto porque tenía el presentimiento de verlos hoy. Léanlo y lo entenderán más fácil —dijo con esa voz calmada que los había sorprendido a todos la primera vez que entró por las puertas del Manhattan Institute of Advanced Science and Technology.

Michel se acercó a la mesa y leyó en voz alta el título de ese misterioso libro naranja:

—*Teoría de los sueños paralelos* por Albert Zola.

II

Eureka

Leo se despertó en su hotel en el centro de Atenas. Prendió su Laptop y vio que tenía 94 mensajes nuevos sin leer. La conexión del hotel no era la mejor y los mensajes no cargaban, solo podía ver ese 94 en la esquina superior izquierda. No entendía de dónde podía tener tantos correos. ¿Habría salido en la televisión el día antes en el partido sin darse cuenta? Suponía que algunos serían mensajes felicitándolo por la victoria de su equipo la noche anterior, ganando su séptima Champions tomándose revancha de la derrota de hacía dos años. Volvió a ver su pantalla, nada que cargaba. ¿Habría pasado alguna tragedia? ¿Qué podía haber pasado entre el comienzo del partido y la mañana?

Había festejado desde el final del partido hasta altas horas de la madrugada por las calles atenienses. Ni siquiera se había molestado en traer su celular, lo había dejado en su apartamento en Nueva York. A pesar de tener veintiocho años y de trabajar como científico cuántico en uno de los institutos más respetados del mundo, desde hacía dos años sus genes italianos le hacían creer en las cábalas. Había asistido a tres finales en su vida: la primera, cuando a sus quince años su padre lo llevó a conocer Atenas por primera vez para ver a su equipo ganar 4-0 al *dream team* de Cruyff; la segunda, en 2003, cuando, con su buen amigo Beppe, recién acabados los exámenes finales de su primer año de Máster, partieron a Manchester a festejar otra orejona contra su rival más odiado, la Juventus de Turín, la tercera, hacía apenas dos años, cuando, en una trágica noche en Estambul, pasó lo impensable y después de un primer tiempo aplastante donde Milan ganaba 3-0, su rival logró empatar y acabó llevándose el título a la tierra de los Beatles después de una tanda de penaltis. Esa vez recibió la llamada de un amigo en el medio tiempo, quien, en broma, le dijo: “¡Te lo van a empatar!”. Desde ese día, cada vez que iba al estadio dejaba su teléfono en casa.

Finalmente cargaron los correos. El primero en aparecer era uno de Michel, un colega parisino de quien se había vuelto amigo apenas se integró al MIAST. El asunto solo decía: “No importa a qué hora leas esto, prende la televisión”. Se lanzó a la cama en busca del control. Una vez lo encontró, prendió la televisión y fue directo a la Rai. “*Rivoluzione tecnologica, è un nuovo mondo*” era el anuncio que se leía. Escuchó por cinco minutos y eso le bastó para olvidar que tenía programado un viaje hasta Kalambaka por tres días la mañana siguiente. Cogió su maleta, hizo el check out y se fue al aeropuerto en busca de un vuelo directo a Nueva York.

Doce horas antes, mientras Leo salía del estadio a celebrar, una rueda de prensa comenzaba en Brasilia. En una pequeña sala de un hotel en la capital brasileña, con solo dos periodistas y una cámara, comenzaban los quince minutos más importantes de la historia de la humanidad: Alexandre Araújo, un joven de dieciocho años recién graduado del Liceo Francés de Brasilia, había convencido a su primo, periodista del diario Mondo, de asistir con una cámara a un salón que había alquilado con parte del dinero que había recibido en su fiesta de grado. Julio había aceptado ir ese día porque, por coincidencia, esa noche el Primer Ministro japonés llegaría a ese hotel y la prensa no tendría acceso después de la siete. Cuando su primo le propuso venir a una conferencia de prensa de la cual no dio muchos detalles, pensó que podría quedarse en el hotel y tener en exclusiva la llegada del japonés.

Ale llegó media hora más tarde de lo previsto. Se disculpó, dijo que había esperado a que alzaran la copa antes de salir de casa. Julio, irritado, temiendo perder su gran exclusiva, le dijo que se apurara. Ale solo sonrió, se acercó a su micrófono, tosió para aclararse la garganta, suspiró profundamente y esperó la señal de Gabriel, el camarógrafo, para comenzar a hablar:

—Hace algún tiempo he estado trabajando en un proyecto secreto, creo que he logrado el mayor avance de la historia de la humanidad.

Julio volteó a ver a Gabriel y blanqueó los ojos.

Ale subió su morral a la mesa, sacó una pequeña caja azul:

—Esta máquina no es más grande que un balón de fútbol, pero su grandeza y potencial solo serán delimitados por la imaginación y la voluntad infinita de la humanidad. Pero basta de charlas, creo que una imagen vale más que mil palabras.

Ale se paró, del otro lado del escritorio donde estaba sentado puso un ejemplar de su libro favorito, *Sobre Héroes y Tumbas* de su compatriota Ernesto Sábato, volvió a su asiento, apretó unos cuantos botones del cubo azul y cinco segundos después un rayo de luz azul índigo salió hacia el libro. La luz desapareció instantes después.

—¡Caraca! —exclamó Gabriel.

Julio, quien se había cubierto los ojos al ver la luz, volteó a ver el estante. No lo podía creer: había dos libros.

Gabriel estaba enloquecido.

—Muchas gracias por venir aquí hoy. Mi nombre es Alexandre Araújo, pero me pueden llamar Ale —dijo Ale.

—Un momento, yo también puedo comprar dos libros y ponerle luz a una caja y tratar de engañar a mi primo —dijo Julio. Sacó su llavero del bolsillo y lo tiró sobre la mesa —¡A ver, duplícame esto, el llavero lo hizo especialmente para mí un indígena en el Amazonas cuando fui hace un año! —exclamó desafiante.

Gabriel llevaba puesta una cachucha del Santos que tenía hacía más de 5 años. Se la quitó y la puso sobre la mesa.

Ale no dijo nada, volvió a apretar unos botones y salió la misma luz. Esta vez Julio no cerró los ojos. La luz desapareció y ahí estaban: dos pares de llaves y dos gorras. Gabriel volvió a gritar, se acercó al mostrador, sus gorras eran idénticas, tenían las mismas decoloraciones, los mismos huecos, la etiqueta de dentro de la cachucha era la misma. Julio también se acercó, no pudo reconocer cuál llave era cuál, miró a Gabriel, le dijo que sacara rápido la cinta de la cámara. Gabriel hizo caso. Como si trabajara en los pits de la Fórmula 1, sacó la cinta y se la dio a Julio, quien salió corriendo hacia la van que tenía parqueada afuera. Salió de la sala y cruzó el lobby, un guardia le gritó, le pidió calma, el primer ministro de Japón estaba a punto de entrar.

—¡Qué me importa a mi ese japonés! —respondió Julio, quien salió por la puerta como un rayo.

Toda la comitiva japonesa, recién bajada de sus autos blindados, observaba con curiosidad. Julio se subió a la van, puso la cinta y la mandó a la estación a la cual llamó enseguida.

—¡¡Les acabo de mandar la nota del siglo, pongan noticia de última hora, pónganlo en la web!!

José, su editor, le preguntó sobre qué podía haber hecho el Primer Ministro japonés para causar tal conmoción en él.

—¡Mira el video y ya!

José puso play en el monitor. Al acabar el corto video solo pudo decir:

—Esto es una broma, ¿verdad?

—¡No, no, maldita sea! ¡Es la noticia del siglo, me juego el puesto si quieres, pero ponlo ya en todas partes, ya vamos a la estación para hacer una demostración en vivo!

José volvió a ver el video. Al ver la reacción de Gabriel y Julio entendió que no era un chiste e inmediatamente se levantó de su escritorio y dio la orden de parar cualquier programa que estuviera en el aire y lanzar un “Última Hora” en todas las plataformas de la cadena Mondo.

—¡El mundo cambia hoy, gente, y seremos los primeros en contarlo! —dijo a todo pulmón antes de lanzar una carcajada.

El teléfono sonó:

—Buenas tardes. Aquí Karl Drachen, jefe de la Unidad Cuántica.

—Drachen, es John, mira la página de Mondo Brasil en internet.

Drachen no dijo nada, puso el altavoz y buscó la página de Mondo. La página tenía la foto de un cubo azul y arriba, en letras gigantes verdes y amarillas, la palabra EUREKA.

—¿Qué es esto? —preguntó Drachen.

—El futuro —respondió John—. Acabo de hablar con el Vicepresidente, ese chico tiene que estar con nosotros —añadió.

—¿De qué chico hablas? —Drachen, claramente, no tenía ni idea de qué estaba pasando, no lograba entender lo que decía el artículo. Drachen sabía hablar inglés, alemán, sueco,

ruso, danés y noruego, pero no entendía una sola palabra de lenguas latinas, salvo un poco de francés.

—Te van a recoger en diez minutos, partimos los dos ya mismo a Brasil. En el avión te contaré con detalle lo que hemos podido interceptar sobre el caso.

Drachen cogió la maleta de emergencia que tenía guardada en la oficina y fue directo al lobby. En el camino se cruzó con Michel, quien, emocionado, dijo:

—¡*Bordel!* Primero veo a Leo por televisión y ahora esto. ¡Vaya día! Ya hablé con John, traigan a ese chico acá, yo me encargo de que sea recibido adecuadamente.

—No sé qué está pasando, Michel, hablaremos cuando esté informado de la situación. Escríbele a Leo, supongo, lo quiero acá lo antes posible —dijo Drachen mientras escribía con una mano un mensaje de texto a su novia informándole que no iría a la cena que tenían planeada esa noche.

Michel finalizó la discusión:

—Si tienen tiempo, les voy a mandar la dirección de un rodizio muy bueno que conozco allá. ¡Disfruta el avión presidencial, amigo! ¡Toma fotos!

Drachen paró un segundo. No sabía cuál de las dos informaciones dichas por Michel le asombraba más, pero algo tenía claro: para que el Presidente les prestara su avión, algo muy grande debía estar pasando.

—Llama a Leo, Michel. Nos vemos en unos días —dijo Drachen antes de seguir su marcha.

Llegó al lobby justo cuando el auto se parqueaba frente a la puerta. Entró al auto y lo primero que hizo fue pedirle al conductor que prendiera la radio.

Una vez en el Air Force One y ya enterado de la situación, John le comunicó que los rusos y los chinos ya tenían representantes en Brasil pero que el chico había dicho que quería hablar primero con el MIAST.

—Nos va a facilitar el trabajo —dijo Drachen.

—No estoy tan seguro —dijo John—. Le dijo a nuestra gente que tenía unas cuantas condiciones pero que solo las hablaría con nosotros. ¿Qué puede pedir un chico que tiene una máquina que crea materia de la nada? —añadió.

Drachen no pensaba que esa pregunta fuera la correcta, para él había preguntas más interesantes:

—¿Cómo crea un chico de 18 años, desde el cuarto de su casa, sin que nadie lo sepa y con dinero limitado, la tecnología más avanzada de la historia? ¿Qué planeaba hacer con su invento? ¿Le dejarían hacer eso que quisiera?

John estaba pensando lo mismo. Con voz reflexiva, dijo:

—El mundo va a cambiar, Drachen, solo espero que sepamos manejarlo.

Drachen miró por la ventana cómo el sol se ponía sobre las nubes de Manhattan y dijo:

—El mundo cambia todos los días, John, solo que nos negamos a verlo. Es hasta que lo nuevo se vuelve rutina que decidimos verlo. En ese momento, ya no es nuevo, lo acoplamos

con lo viejo y decidimos que es la única y misma forma de vivir de siempre, así que ni lo viejo ni lo nuevo son aceptados. Eso es lo que me preocupa: nuestro desinterés, nuestra preferencia por lo conocido, nunca damos el gran salto y, cuando por fin lo damos, saltamos hacia un limbo de perdición que no nos permite avanzar bien ni volver en caso de haber cometido un error.

—Veo que has estado hablando con Michel —dijo John riendo.

Drachen soltó una carcajada y sacó el folder que John le había entregado al subirse al avión. Quería estar completamente listo una vez aterrizaran.

El avión aterrizó en Río y Ale fue escoltado hasta su hotel frente a la playa de Copacabana en una limusina de la cadena Mondo. Poco después de su gloriosa rueda de prensa, su primo lo había llevado a la sucursal de Mondo TV en Brasilia. Una vez ahí, volvió a utilizar en vivo su cajita azul para los más de 100 millones de brasileños que sintonizaron el programa. Siguió una larga entrevista sobre su invento en la cual incluso apareció el Presidente de Brasil en el estudio. Respondió a preguntas durante dos horas: desde su infancia en Buenos Aires hasta los últimos diez años en la capital brasileña y preguntas sobre cómo funcionaba esa cajita, a las que respondió argumentando que pondría en riesgo la seguridad del mundo entero si la información caía en las manos equivocadas. Lo más llamativo de la noche fue cuando su mamá llamó al programa para hablar con él y contó que no tenía idea del invento de su hijo ni sabía cómo ni cuándo lo había podido construir. Ella pensaba que en todas esas horas encerrado en su cuarto solo veía televisión. Ale no exageró, no dijo que era un genio, respondía las preguntas como si hubiera ganado un concurso de deletreo, no como si acabara de cambiar el mundo.

Las encuestas del día siguiente mostraron que un 94% de los brasileños tenía una imagen favorable de su aparición en TV -nunca un argentino había sido tan popular en tierras cariocas. La última pregunta de la noche fue “¿Y ahora qué?”.

Respondió que si lo necesitaban estaría en Río por unos días evaluando propuestas y finalizó diciendo:

—Lo que sé es que el mundo será mejor desde este momento. Me encargaré personalmente de eso.

Julio, quien en cuestión de horas pasó de reportero de campo de noticias poco importantes a alto ejecutivo de Mondo, hizo un pacto con su primo de dar a Mondo la exclusividad de sus entrevistas por un mes. Mondo le ofreció una importante suma de dinero, pero Ale dijo que solo le pagaran hoteles, transporte y comida, que en poco tiempo el dinero no le sería útil. Julio se rio a cargadas:

—Supongo que te van a pagar tanto por tu invento que un millón más o uno menos no te hará ni cosquillas. Además, a los famosos siempre les regalan todo.

La conversación con Julio fue interrumpida. El Primer Ministro de Japón, con quien se había cruzado fugazmente horas antes, estaba ahí. En inglés le dijo que Japón le abría los brazos a él y sus inventos. Muy gentilmente, Ale respondió que tendría en cuenta su propuesta. Desde ese momento hasta su llegada al aeropuerto recibió llamadas del Embajador de Francia en Brasil, del Consulado Chino y de representantes de la Federación Rusa. Una vez en su hotel, pensó que por fin podría descansar, pero no: enfrente de su habitación, dos hombres de traje acompañaban a una mujer rubia de unos treinta y pico años. Era Diana Turner, de los Estados Unidos. La agente Turner no tuvo tiempo ni de abrir la boca.

Ale, en inglés, le dijo:

—Hola, Diana. Ahora mismo estoy cansado para hablar, pero no te preocupes: he hablado con mucha gente hoy, pero el MIAST es, sin duda, mi opción número 1. Supongo que ya vienen en camino. Hablaré con ellos mañana y daré mis condiciones.

Ale pidió permiso y, acompañado de su primo y del equipo de seguridad que Mondo había contratado para él, entró a la Suite Presidencial. La agente Turner, al igual que su equipo, estaba en shock. Diana Turner era lo que mucha gente consideraría una espía. ¿Cómo sabía un chico de 18 años quién era? Llamó inmediatamente al Pentágono, con quienes se había estado comunicando en las últimas horas, para informarles las últimas noticias al respecto.

Ale terminaba de desayunar en su terraza. De repente, mientras observaba las olas chocar sobre las costas de Copacabana, uno de los miembros de seguridad entró a anunciarle que los señores Fox y Drachen del MIAST habían llegado. Ale dio la señal de hacerlos entrar, le pidió a Julio y compañía que abandonaran la suite. Los dos hombres entraron, ambos de alrededor un metro ochenta. El primero, un hombre fornido de 33 años con pelo café, vestía de traje y con una voz gruesa se presentó como Karl Drachen, físico cuántico graduado de la Universidad de Ciencias Aplicadas de Múnich quien desde hacía siete años trabajaba en el MIAST. El segundo, un hombre de 35 años de contextura delgada que por el calor solo llevaba una camisa negra remangada y con el primer botón sin abotonar, se presentó como John Fox, graduado del MIT pero originario de San Francisco. Era el jefe del MIAST. Ale no necesitaba esa presentación, había leído gran parte de los papeles publicados por el MIAST y conocía todos los detalles de la institución. A punta de experimentos innovadores, John había sido nombrado jefe del MIAST a los 28 años -siendo así el más joven de la historia- y había emprendido una estrategia: buscar sangre nueva. Había traído científicos relativamente jóvenes de todas partes del mundo, siendo Drachen el primer gran fichaje del equipo. Bajo la conducción de John, el MIAST se había vuelto el lugar donde todo científico quería trabajar.

Ale se presentó diciendo que su nombre era Alexandre pero que podían llamarle Ale, que era argentino por parte de mamá y brasileño por parte de papá. Para felicidad de Drachen, una vez terminadas las introducciones se sentaron todos en la suite con aire acondicionado.

John aclaró su garganta y dijo:

—Sinceramente, no sé por dónde comenzar. Tengo tantas preguntas...

Drachen lo interrumpió, sacó su cuaderno de notas y dijo:

—¿Qué tal si comenzamos por ver tu máquina? ¿Podrías hacernos una demostración?

Ale, sin ningún problema, se paró, trajo su máquina y, tal como el día anterior, apretó unos botones, la luz índigo salió y, de pronto, había dos hamacas en el balcón. Drachen y John habían visto los videos del día anterior pero poder verlo en vivo fue una experiencia mágica.

—¿Cómo?! —exclamó Drachen.

—Bueno, es simple: solo apuntas tu Polaris -así lo llamo porque la luz que genera me recuerda la estrella Polar- hacia el objeto, luego aprietas el botón “copia” y, si el objeto está aprobado en el algoritmo que diseñé, la máquina creará una copia exacta. Es básicamente una impresora 3D, solo que, bueno, sin necesidad de material de impresión y muchísimo más rápido —explicó Ale como se le explica a un niño de 4 años cómo usar un control remoto.

John soltó una pequeña risita:

—Entendemos el concepto de la ejecución, pero nos gustaría saber el funcionamiento en sí de la máquina, cómo haces para crear materia.

—Lo siento, es secreto —dijo Ale con toda la tranquilidad del mundo.

—¡Es el logro más grande de la humanidad! —exclamó Drachen. —¡Es como si Gutenberg hubiera escondido su impresora, como si la técnica para hacer fuego no se hubiera compartido!; Imagina todo lo que se puede hacer con tu máquina, el mundo puede ser exponencialmente mejor! —prosiguió.

—Exacto —respondió Ale. —Cuántas guerras y genocidios no han comenzado por libros incitando al odio, cuántas ciudades no han desaparecido a causa del fuego en malas manos... La Biblioteca de Alejandría, la antigua Babilonia, el Templo del Rey Salomón... Este invento puede ser la chispa que muestra el camino en una noche oscura o la chispa que quema todo un bosque, medicamentos ilimitados o armas para todo un ejército. Solo confío en mí, así que solo yo sabré cómo funciona.

—Es absurdo —replicó John. Y, si algo te pasa, ¿entonces qué?

—En ese caso, sería bueno prevenir que me pasara cualquier cosa —respondió Ale con un pequeño tono de ironía.

La conversación comenzaba a subir de intensidad, así que Ale se paró, abrió las palmas de las manos pidiendo calma y les dijo que le dejaran hablar sin interrupción por un rato:

—Si estoy ahora con ustedes es porque he seguido su trabajo. Creo que tenemos las mismas intenciones, quiero trabajar con ustedes en el MIAST, usar su conocimiento,

contactos e infraestructura para hacer mejor este mundo. Solo pido independencia, que no se metan con mi trabajo. Cuando tenga algo, se los mostraré. Por último: quiero vivir aquí —lanzó el folleto de un apartamento en el Upper West Side con vista a Central Park.

Drachen y John se miraron, luego de siete años sabían cómo comunicarse solo con miradas.

John volteó otra vez hacia Ale:

—Hecho. Disfruta Copacabana ahora, salimos esta noche.

John y Drachen se despidieron de Ale y se marcharon hacia la puerta.

Antes de salir, John volteó una última vez y preguntó:

—¿Cómo supiste quién era Diana?

—Los rusos —respondió Ale mientras salía otra vez a su balcón.

—Claro —dijo John antes de cerrar la puerta.

Ale pasó el día en la playa, que por motivos de seguridad estuvo cerrada a todo público diferente a él y su primo. Tuvo tiempo para dar entrevistas a medios internacionales a los cuales Mondo había vendido el derecho de entrevistarlos. Diez minutos cada uno. Habló en francés, inglés, español, portugués e italiano, los cinco idiomas que dominaba, con noticieros de todos lados del mundo. Todos los países parecían encantados con este joven silencioso pero a la vez simpático, políglota e innovador. En cada entrevista resaltaba el hecho de que iba a trabajar sin cesar por un mundo mejor.

En la playa, viendo cómo el solo caía por última vez en Brasil, llamó a sus papás a darles la noticia de que se mudaba a Nueva York. Su papá, un prestigioso abogado de la ciudad, se enorgulleció del logro repentino de su hijo. Su mamá tenía sentimientos encontrados: por un lado, su hijo había logrado un invento colosal del cual todo el mundo estaba hablando; por otro lado, se había enterado de eso en las noticias y, además, su hijo partía de la nada. Habían tenido una breve despedida en el aeropuerto y les había dicho que volvería en unos días, pero ahora partiría a Nueva York por tiempo indefinido. Al final de la conversación les comunicó que su plan era llevarlos a Nueva York apenas hubiera encontrado para ellos un lindo apartamento en el Upper East Side con vista al Central Park para que solo tuvieran que cruzar el parque para visitarse. Su familia tenía dinero suficiente para vivir bien el resto de sus vidas: su papá trabajaba porque era su pasión, sin trabajo se aburría, así que agradeció a su hijo y le dijo que no pensaba mudarse, pero que sin duda iría a quedarse unos cuantos meses por año. Su mamá era escultora y gustaba de viajar, así que esa invitación le hizo olvidar sus dudas y dio el visto bueno a la operación. Una vez finalizada la llamada se despidió de su primo, quien le comunicó que le avisaría los horarios de las futuras entrevistas. Como el apartamento que Ale pidió no estaría listo hasta dentro de unas semanas, Mondo accedió a pagarle tres semanas de estadía en el Hotel Plaza.

Tuvo tiempo de subir, ducharse y ponerse ropa fresca antes de que el convoy americano pasara a buscarlo. Le permitieron dormir en la cama donde suele dormir el Presidente cuando viaja en el Air Force One, durmió profundo hasta que el capitán informó que habían llegado a Nueva York. El Presidente y el Vicepresidente lo estaban esperando en la pista, desayunaron todos juntos en un banquete especial organizado dentro de una de las salas del aeródromo de aviones privados ubicado cerca de donde habían aterrizado. El Presidente le agradeció por haber escogido los Estados Unidos como su destino y, una vez terminado el desayuno, posaron juntos para la prensa que se había movilizado hasta el lugar. El Presidente se subió a su avión con dirección Washington mientras el Vicepresidente se fue en un convoy dirección Hartford, Connecticut a reunirse con grupos de empresarios. John, Ale y Drachen, por su parte, se subieron a una limusina que los llevaría a la sede del MIAST en el Breuer Building en la 75 con Madison.

Cuando niño, John quería ser pintor. En uno de sus viajes a Nueva York, sus padres lo llevaron al Whitney Museum, museo dedicado al arte americano. John quedó fascinado por el edificio y por las obras que contenía. Cada vez que visitaba Nueva York, su primera parada era ahí. Fue por eso que, apenas fue nombrado jefe del MIAST, logró negociar por un precio más que justo la compra del Edificio Breuer. Con ese dinero, el Museo Whitney pudo construirse un edificio nuevo con vista al Río Hudson.

La limusina parqueó frente al MIAST. Michel estaba afuera esperando para ser el primero en saludar al nuevo miembro del equipo y Leo, quien había llegado la noche anterior después de tomar tres vuelos diferentes, estaba dentro finalizando los últimos detalles para la bienvenida. De repente, las puertas se abrieron y un joven entró sonriendo, tratando de no reír. Colgado de él, Michel practicaba su deporte favorito en sus 30 años de vida: hablar. Esta vez balbuceaba sobre la vida en su París natal y sobre cómo había disfrutado sus años de estudio en la Sorbonne y otras facultades parisinas. Las palabras en francés de Michel fueron pronto reemplazadas por una ola de aplausos por parte de todos los científicos y demás trabajadores de la prestigiosa institución. El muchacho, claramente abrumado, levantó la mano agradeciendo y luego hizo señas de calma. Los aplausos no pararon.

Michel no ayudó a la causa y empezó a gritar:

—¡Discurso, discurso! —fue replicado por todo el auditorio.

Ale suspiró, cogió el micrófono que le fue entregado y solo dijo:

—Muchas gracias por este recibimiento que no creo merecer. Espero ganármelo con el tiempo.

John recuperó el micrófono:

—Simple pero contundente—. Prosiguió a darle la bienvenida a Ale a su nueva casa con un discurso inspirador sobre la importancia del trabajo de la institución—. La mayoría de

ustedes no lo sabe, pero el mundo ya cambió —concluyó y entregó el micrófono a un asistente mientras le guiñaba el ojo a Drachen.

Ale y los cuatro fantásticos, como se les conocía en el mundo de la ciencia a John, Drachen, Leo y Michel, siguieron a la oficina de Leo para poder charlar tranquilamente. Ale puso cara de sorpresa al enterarse de que la reunión tendría lugar en la oficina de Leo.

—La mía está en remodelación, Drachen pidió tener una oficina pequeña y supongo que la de Michel debe ser un desastre —dijo John para matar tiempo en el ascensor y a la vez responder la inquietud del nuevo miembro.

—Einstein logró sus mejores ideas cuando trabajaba en un escritorio pequeño en la oficina de patentes —dijo Drachen.

—Y Jobs logra las suyas desde una gran oficina —respondió Leo.

El ascensor llegó al piso deseado justo antes de que Michel interviniera sobre la importancia de siempre estar rodeado de comida en el entorno laboral.

Entraron a la oficina de Leo y tomaron asiento alrededor de su escritorio. Drachen tomó la palabra:

—Ale, bienvenido otra vez. Creo que ya nos conoces a todos excepto a Leo, oriundo de Milán, jefe del Departamento de Robótica. Como buen italiano, gusta del fútbol, las mujeres, el vino y, al parecer, es fan número de Steve Jobs.

Ale y Leo se dieron el apretón de manos oficial mientras Drachen continuaba:

—Supongo que en el balbuceo interminable de anécdotas Michel no te mencionó que es jefe del Departamento de Nanotecnología. Leo y Michel recibieron el resumen de nuestra reunión de ayer, tendrás total independencia en tus proyectos y esperamos, con el tiempo, ganarnos tu confianza y que nos cuentes tus secretos. Cada uno de nosotros está a tu disposición si necesitas ayuda.

Ale reconoció con la cabeza la muestra de apoyo otorgada.

John iba a tomar la palabra pero Leo hizo una seña con la mano derecha para decir un pequeño comentario:

—Actualmente todas las oficinas están ocupadas, pero, dado que mi oficina es grande, bien podemos compartirla.

—Siempre necesitas la última palabra, ¿eh, amigo? —gruñó Drachen.

—¡Así son los italianos! —exclamó Michel.

Leo retomó la palabra:

—Perdónalos. Desde la Copa del Mundo pasada estos dos tratan de desquitarse conmigo de lo que sus países no pudieron en la cancha.

Ale simplemente sonreía al observar cómo estos científicos, a quienes solo conocía por revistas, se hacían bromas entre ellos.

John se paró de su silla y tomó la palabra que buscaba desde hacía un momento:

—Como ves, Ale, aquí nos gusta la ciencia, pero también nos gusta pasarla bien. Espero que no nos mires solo como colegas sino también como amigos. En fin, antes de ser interrumpido quería terminar esta pequeña reunión con una simple pregunta: ¿Por dónde quieres comenzar para hacer del mundo un lugar mejor?

III

Piano Piano

—Me gusta su actitud. Hay que tener agallas para responderte que construir un mundo mejor comienza con un descanso de unas cuantas horas en su hotel y con una ducha —dijo Leo.

—Tengo que admitir que no esperaba esa respuesta. Este chico me ha sorprendido desde que lo conocí —resaltó John.

—No demora en llegar, le pedí a la recepción que me marcara apenas saliera el carro del Plaza —comentó Drachen.

—¿Alguien sabe dónde está Michel? —preguntó John.

—Tengo entendido que hay nuevas internas de Columbia este mes en Nanotecnología. Debe estar sondeando terreno —dijo Leo sonriendo.

John suspiró:

—A veces creo que ustedes dos hacen concursos para ver quién tiene más quejas en recursos humanos a final de mes.

—Si tan solo Kate supiera todo lo que haces mientras ella salva niños en países pobres —recalcó Drachen.

—Ella lo sabe muy bien, ese fue el trato. Ella decidió irse con Médicos sin Fronteras por un mes y ya han pasado 18, cada uno es libre de hacer lo que quiere. Cuando nos visitamos siempre nos contamos lo que ha pasado. ¿Tú, Drachen, cómo vas con Audrey?

—Tenía planeado pedirle matrimonio antes de ayer. Tenía reserva en Del Frisco's y luego iba a llevarla al Met. Un amigo de Michel está en la Junta Directiva, así que iba a tener el museo solo para los dos. Sus compañeros de la Sinfónica iban a estar ahí para tocar un poco de Chopin en el lugar donde nos conocimos, frente a la estatua de Perseo y Medusa... pero bueno, ya todos sabemos qué pasó, así que tuve que aplazar mis planes.

—¡Dios mío, Drachen, me hubieras dicho! ¡Le hubiera pedido a Michel que me acompañara a Brasil! —exclamó John.

—El trabajo está primero —respondió Drachen.

—Otro logro para Ale: evitar que otro más de mis compañeros caiga en las garras del matrimonio —dijo Leo.

—No le hagas caso, Drachen. Chris y yo llevamos ya tres años de casados y nunca he sido más feliz —agregó John.

Leo se echó a reír:

—Ella es tan buena publicista que te logró vender la idea de que eres feliz casado. Les apuesto desde ya que nunca me voy a casar, ni si quiera con Kate. No seré esclavo de un papel —recalcó.

John sacó su billetera, cogió un billete de 100 dólares y lo puso sobre la mesa:

—Apuesta aceptada.

En ese instante, Michel entró por la puerta:

—Si están apostando de qué equipo es Ale, es de Milan. Lo sé porque en su llavero lleva el escudo.

—Cada vez me cae mejor ese chico —comentó Leo.

Drachen pasó a modo trabajo y comentó:

—Miren por la ventana, ya llegó Ale. Se ha puesto traje y todo.

Ale entró a la oficina de Leo, ni siquiera los dejó saludarlo y comenzó a hablar:

—Para hacer el mundo mejor hay que comenzar por saber qué hay de malo en él. ¿Ideas?

—Pobreza —dijo Drachen.

—No. Desigualdad —replicó John.

—Hambrunas —dijo Michel.

—Juventinos e Interistas —dijo Leo.

Ale rio ante esa última respuesta. John le hizo cara de reproche a Leo, quien decidió cambiar su respuesta por:

—Guerra, cambio climático.

—Estoy totalmente de acuerdo con ustedes —replicó Ale—. Las vamos a resolver todas.

—¿No crees que es un poco ambicioso? —preguntó Drachen.

—¿Y también un poco imposible? —dijo Leo—. La mayoría de esos son males necesarios o imposibles de evitar, necesitamos que haya desigualdad para que algunos hagan trabajos que no harían de otra manera —agregó.

Eso es absurdo, amigo, hay lugares en que todos esos trabajos se hacen y la desigualdad no es tanta —replicó Michel.

—¡Oh, no, aquí vamos otra vez! —suspiró John.

Leo prosiguió:

—El sistema está hecho para que cada uno gane lo que aporta a la sociedad. Es, entonces, normal que los que aportan poco reciban poco y los que aportamos mucho recibamos más.

—*¡Sacré Bleu!* ¡Si aportan poco es porque el sistema no los deja avanzar más, porque romper el vidrio de cristal sobre sus cabezas es casi imposible! Algunos se sientan y espichan unos botones en un teclado y ganan mucho; mientas, otros se pasan la vida trabajando de 7 a 7 sin recibir nada a cambio. Nuestro deber como humanos es ayudar, eso es lo que nos diferencia de los animales —respondió Michel.

—Cuando habla en francés es que de verdad está emocionado —dijo Drachen, quien, al igual que John, había asistido a esa discusión unas cuantas veces.

Leo hizo caso omiso al comentario de Drachen y siguió con su discurso:

—Lo que nos ha llevado a diferenciarnos de todos los otros seres vivientes es el deseo de querer más: ese es el espíritu humano. Nuestra sociedad premia a cualquiera que haya hecho algo meritorio, que se arriesgue, que siga sus sueños hasta el final... es tan bondadosa que garantiza que, si lo haces bien, no solo tú, sino tus hijos y los hijos de tus

hijos vivirán sin problemas. Solo necesitas hacer las cosas muy bien una vez. Cuando eres joven, quieres saber más, así que estudias seriamente. Si no eres bueno para la escuela pero te gusta un deporte, un instrumento, un hobby, entonces practicas lo que amas hasta que lo logras. Entonces eres recompensado por tu deseo de querer más. El sistema es tan bueno que así no tengas ese deseo de querer más, de ser mejor, existe la suerte: estar en el lugar correcto en el momento correcto, nacer donde tenías que nacer. Es cierto que a algunos les toca más duro que a otros, pero esa es la vida. Acá no se premia el trabajo, sino la eficacia y la perseverancia.

Michel se alistaba para responder cuando Ale interrumpió la discusión:

—Así no lo crean, en unos meses esta discusión no tendrá sentido. Pero por ahora concentrémonos en el problema más fácil de resolver: cero hambre en el mundo. El Polaris puede replicar cualquier objeto que ya exista, solo hay que llevar un Polaris a cada rincón donde se sufra hambre y la comida no volverá a ser un problema para ellos.

—¡Genial! —exclamó Michel.

Leo y John pusieron cara de asombro y felicidad.

Drachen tenía unas cuantas inquietudes:

—Tengo unas cuantas inquietudes. Número uno: en Europa, Norte América y Asia del Este las reglamentaciones alimenticias son muy exigentes, el FDA y sus versiones europeas y asiáticas pueden tomar años en aprobar el uso de tu máquina ya que no se sabe su efecto a largo plazo en materiales orgánicos. En segundo lugar, ¿cuánto tiempo tardarás en tener los Polaris suficientes para todos esos lugares? Finalmente, en los lugares donde hay hambre suele haber conflictos: ¿tus polaris podrían ser usados para duplicar armas, drogas o incluso tropas?

—Mi algoritmo solo dejará que los Polaris dupliquen lo que yo autorice que dupliquen. Ahora mismo solo hay un Polaris, lo que quiere decir que existe y, por lo tanto, puede duplicarse a sí mismo. En vez de poner “1” al momento de la duplicación, pondré el número que sea necesario para que haya un Polaris en cada rincón donde se sufra hambre. Solo necesito un lugar vacío lo suficientemente grande para que aparezcan todos de una vez. Estarán en cuestión de segundos. El Polaris puede replicar cualquier objeto existente. Técnicamente, podría replicar el cuerpo de un ser viviente, pero, como el alma no se puede replicar, el resultado sería un cuerpo muerto. El algoritmo está hecho para no replicar ningún ser viviente. Finalmente, cuando el FDA vea que África está mejor nutrida que los Estados Unidos, acelerará sus procesos de aprobación.

—Drachen asintió y dijo:

—Ok, suena bien.

—Increíble, diría yo. Leo, por favor lleva a Ale al Departamento de Robótica para cuadrar la logística de la creación y aplicación de los Polaris. Michel, llama a la FAO, les encantará la noticia —John finalizó la reunión con esas instrucciones.

Una vez fuera de la oficina de Leo, John se le acercó a Drachen y le dijo:

—Haz lo que tengas que hacer con Audrey lo más rápido posible, tengo el presentimiento de que el trabajo para nosotros va a aumentar exponencialmente.

Leo llevó a Ale hasta el Departamento de Robótica. Lo presentó a todo su equipo, entre ellos a Akito Nakazagawa, de Osaka, científico número uno del mundo en lo que a Inteligencia Artificial se refería. Ale hizo una demostración de su Polaris para todo el Departamento: replicó diez veces un perro robótico que habían fabricado tan solo días antes. Tiempo después, salieron a un hangar de aviones en Nueva Jersey que en pocos segundos pasó de estar vacío a estar lleno de pequeñas cajas color índigo. Con la FAO, Michel acordó llevar un grupo de periodistas para grabar el evento. Filmaron y transmitieron a todo el mundo. Al final de la operación, Ale dio una rueda de prensa a las cámaras de Mondo:

—Le pido a la gente tener paciencia y calma, seguro muchos se están diciendo “denos un Polaris a cada uno y ya”. El mundo será mejor, pero hay que hacerlo bien. Muchos caminos pueden causar más problemas que soluciones. Confíen en mí, el progreso vendrá paso a paso pero llegará. Como decía mi abuelo: *“piano piano si va lontano”*.

Al día siguiente, Nakazagawa, Leo y Ale se reunieron a primera hora con la noticia de que todos los periódicos del mundo anunciaban el fin del hambre en los meses próximos. Nakazagawa preguntó qué comida replicarían en los lugares seleccionados, a lo cual Ale respondió que cualquiera que la gente pidiera. Leo, sorprendido, exclamó que era imposible llevar una gama de comida amplia por motivos de refrigeración y transporte.

Ale rio y dijo:

—Se me olvidó mencionar algo importante: anoche logré que los Polaris puedan comunicarse entre ellos. Es decir, un Polaris en McDonald’s puede copiar una Cajita Feliz y otro Polaris puede duplicarla en Mogadiscio. Más o menos como enviar un correo.

Leo y Nakazagawa se miraron sorprendidos. ¡Vaya detallito que acababa de lanzar! Más sorprendente aún: ¡lo había hecho en una noche!

Esa nueva información les permitía acelerar el proceso. Nakazagawa salió hacia Darfur al día siguiente acompañado de 100 voluntarios de la Cruz Roja, cada uno con 3 Polaris, siendo así el primero de 5000 aviones en despegar hacia destinos con escasez de alimentos alrededor del mundo. Durante las siguientes dos semanas no era raro ver, en portadas de periódicos, somalíes comiendo sushi o niños camboyanos comiendo una hamburguesa. Cada uno de los 1000 platos propuestos fue preparado y donado por diferentes chefs de los mejores restaurantes del mundo una sola vez y duplicado diariamente en miles de hogares hambrientos.

El día que la FAO sacó el informe anunciando que nunca en la historia la desnutrición había sido tan baja en países subdesarrollados, Drachen se comprometía con su novia, Audrey Golightly, una neoyorkina de 27 años, violinista de la Sinfónica de Nueva York.

Todo ocurrió tal y como lo había planeado: salmón con salsa bechamel en su restaurante favorito, caminata hasta el Central Park, un paseo en carroza que los dejaría en las puertas del MET. Michel, quien gracias a sus contactos había podido conseguir el permiso necesario, los esperaba en la entrada para abrirles el museo. Finalmente, luego de recorrer el museo un poco, llegaron a la estatua de Perseo, lugar donde se habían conocido durante la Gala del Met unos años antes. Una vez ahí, Drachen se puso de rodillas mientras los compañeros de Audrey salían de sus escondites y comenzaban a tocar música de Chopin. Audrey no dejó a Drachen terminar su “¿quieres casarte conmigo?”, llorando respondió que sí. La noche siguió su curso, Michel y otros amigos de la pareja llegaron al museo a felicitarlos con champaña y, luego de un rato, una limusina llegó al Met y llevó a los recién comprometidos a su casa en Brooklyn Heights.

Drachen se levantó con la sorpresa de que su futura esposa le había preparado pancakes en forma de corazón. Todo parecía ser perfecto hasta que notó un pequeño detalle: el anillo de compromiso que él había comprado unos meses antes tenía un diamante blanco de talla más bien pequeña, pero el anillo que llevaba su prometida ese día mientras desayunaban era rosa y de talla superior al que había comprado. No sabía qué había pasado, no se había dado cuenta la noche anterior por la emoción y la falta de luz. Decidió no decirle nada a su prometida e indagar por su cuenta. Una vez en el MIAST, trató de buscar alguien, queriendo compartir lo ocurrido con algún adulto racional. Lastimosamente, Ale y John estaban preparándose para una reunión secreta con los CEO de las 100 empresas más grandes del mundo en Chicago, Leo se encontraba con Nakazagawa en Papúa Nueva Guinea llevando Polaris a los rincones más perdidos de la isla y la única persona disponible era Michel.

Drachen se acercó a Michel. Antes de que pudiera decir cualquier cosa, Michel dijo:

—Por tu cara veo que te gustó mi sorpresa.

—¿Qué? Claro que tenías que ver con eso. ¡¿De dónde sacaste ese diamante?! —exclamó Drachen mientras sacudía a Michel.

Michel, riendo, respondió:

—Le conté a Ale que te comprometías y le pedí que me prestara un Polaris para uso extra oficial. Evidentemente me dijo que sí, así que, mientras esperaba que llegaras al Met, fui con el Polaris y dupliqué el diamante rosa de un rey persa. Cambiar las argollas fue pan comido, deberías ser más cuidadoso.

Drachen no lo podía creer.

—Michel, te robaste un Diamante del MET.

—Claro que no. El diamante sigue donde siempre ha estado. Ale dijo que no había problema —replicó Michel con tono de incredulidad (¡le estaban reclamando haber cambiado un diamante de 1000 dólares por uno evaluado en 5 millones!).

—Tendré que contarle a John, él tomará la decisión correcta —dijo Drachen.

Michel respondió con una larga carcajada:

—Si fue él quien me recomendó la Pantera Rosa persa. Yo quería duplicar el diamante verde de Tutankamón.

Drachen se tuvo que sentar, se cogió la cabeza y dijo:

—Así es que comienza el fin. Esa máquina nos hará perder la noción del bien y del mal.

Michel no podía de la risa:

—¡Es una broma! Es un diamante falso, se lo di ayer a Audrey por la noche mientras hablabas con tus amigos. Ahorita hablé con ella y me dijo que casi te atoras al darte cuenta de que el diamante era diferente. Ella fue la de la idea de decir que era persa.

—El único defecto de mi futura esposa es que me la presentaste tú —dijo Drachen antes de partir a su oficina a trabajar y olvidar las tonterías con las que tenía que convivir diariamente.

Mientras Michel se moría de la risa en Nueva York, en el John Hancock Center de Chicago Ale se preparaba para entrar en una reunión secreta con los cien CEO más poderosos del mundo.

—Creo que entre la ropa y accesorios que llevan puestos se hace el Producto Interno Bruto de un pequeño país —dijo John mientras le acomodaba la corbata a Ale.

—Tu argumento tendría más impacto si no llevaras un traje Armani y yo un Dolce & Gabbana —dijo Ale con voz serena.

John soltó una carcajada, acabó de acomodar la corbata de su amigo y lo mandó a la gran sala de juntas.

Dos hombres de traje negro abrieron la puerta de mármol que separaba la sala de espera del auditorio de juntas. Ale entró mientras 200 ojos lo miraban sentarse en la silla que le habían asignado. Uno de los hombres sentados del lado opuesto de Ale se paró. Un hombre robusto de unos cuarenta años, pelo enrulado de color castaño y una gruesa barba, vestido de un fino traje azul oscuro, tosió un poco para aclarar la garganta y comenzó a hablar:

—Cuando vimos en las noticias que una invención replicaba objetos de la nada, muchos de los aquí presentes hoy nos angustiamos. Un artefacto así, mal utilizado y distribuido aleatoriamente, podría arruinar a más de una compañía y, así, a sus inversores. Por otro lado, si la gente tuviera todo lo que desea sin tener que trabajar por ello, nuestra sociedad entraría en caos. Pero en el transcurso de estas semanas hemos podido observar, mediante tus entrevistas, discursos y, sobre todo, acciones, que entiendes perfectamente cómo debe ser manejado el mundo. Es por eso que todos nosotros aceptamos esta invitación cuando el señor Fox nos la propuso. Los accionistas mayoritarios de nuestras empresas, al igual que los miembros de diferentes instituciones internacionales y gubernamentales, están ahora mismo siguiendo esta reunión vía internet. Señor Araújo, la sala es suya para discutir lo que quiera.

Ale dejó escapar un largo suspiro y tomó la palabra:

—Si estoy aquí hoy es porque pienso que puedo hacerles ganar a ustedes y sus clientes mucho dinero. Entiendo perfectamente a lo que se refieren, es por eso que en la iniciativa contra el hambre que emprendimos ningún alimento de ninguna marca fue usado y todo elemento duplicado fue producto de donaciones. Gran parte del dinero que gastan sus compañías es destinado a mano de obra para construir sus diferentes productos, al igual que en transporte de dichas mercancías. Con mis Polaris solo necesitan un ejemplar, el mejor. Una copia de ese mismo puede aparecer en cualquier lugar donde haya otro Polaris. Nunca más necesitarán preocuparse por huelgas o por retrasos en los envíos, nada de inventarios. Es más: incluso, si se ponen de acuerdo, puedo configurar las máquinas para que cada producto pueda llegar a cualquiera de sus tiendas, permitiendo así mayor facilidad de acceso a sus clientes. Bueno, eso no es problema mío, solo les aviso de las posibilidades. La frutilla del postre es toda la polución que nuestro planeta se ahorrará.

—¡Bravo! —se oyó de un lado. Aplausos salieron de otro. Algunos murmullos, sin embargo, se oían en una de las esquinas.

La misma persona de traje azul que había comenzado la reunión retomó la palabra:

—Muy bien, señor Araújo, eso nos pone, a nosotros y a nuestros inversores, muy felices. ¿Cómo podemos llegar a hacer un acuerdo? Dinos una cifra y en minutos estará en tu cuenta bancaria.

Ale rio un poco:

—En verdad creo que va a ser muy simple. No quiero nada para mí a cambio.

Los cien empresarios y empresarias quedaron atónitos, voces y susurros comenzaron a llenar la sala. Antes de que cualquiera pudiera formar una frase coherente, Ale volvió a hablar:

—Quiero que, a cambio del uso del Polaris, sus empresas no solo no despidan a ninguno de los empleados que se volverán innecesarios, sino que les dupliquen el sueldo a ellos y a cualquier persona que directa o indirectamente vea su empleo desaparecer. Y que eso se mantenga por siempre. Si no, ¿quién creen que les comprará sus artículos? De todas maneras, ahorrarán muchísimo más de lo que gastarán.

La mayoría de los presentes comenzó a aplaudir, pero los del grupo principal comenzaron a discutir entre ellos. Otra vez el hombre del traje azul oscuro se levantó de su asiento, pidió calma en la sala y dijo:

—Es cierto que ganaremos dinero, pero podríamos ganar mucho más y tú también. Como representante de diferentes grupos presentes y no presentes estoy en libertad de ofrecerte 100 billones de dólares por tus Polaris.

—Tengo una máquina que puede darme cualquier cosa que necesite, el dinero me es totalmente inservible. No estoy tratando de negociar con ustedes, mi oferta es final —dijo Ale en tono serio.

El hombre del traje azul hizo un sonido como si hubiera escuchado algo gracioso:

—De pronto no eres tan brillante como pensé. El dinero compra mucho más que objetos: compra poder, privilegios, favores. No olvides que tu máquina es inservible si así lo queremos nosotros: duplica así sea una manzana y te demandaremos por derechos de autor, por robo y haremos que cualquier juez nos de la licencia de tu máquina, incluso que nos permita apoderárnosla. Tengo entendido que solo tú, Fox y unas cuantas personas más saben de esta reunión. El hombre del traje azul hizo señas a los dos hombres de casi dos metros que previamente habían abierto las puertas. Con músculos de superhéroe, comenzaron a acercarse de Ale.

—Creo que fui yo quien subestimó su inteligencia —dijo mientras se quitaba la corbata. Se desabotonó unos cuantos botones y mostró una pequeña cicatriz que llevaba en el pecho:

—Me inserté un chip en el corazón hace unos meses. Si mi corazón deja de latir, el chip mandará una señal a los Polaris y cada uno de ellos quedará obsoleto. ¿Cómo creen que reaccionará la gente al ver eso? Y, créanme, si cualquier cosa me pasa... no saben lo que organicé para tal evento. Confíen en mí, no querrán saberlo ni vivirlo. Ya saben mis condiciones y mi teléfono si quieren ganar billones —Ale se dio la vuelta, pasó entre los dos guardias, al llegar a la gran puerta de mármol se volteó a ver al hombre de traje azul, quien, después de unos segundos de mirarse a los ojos con Ale, dijo:

—Sergei, Caleb, ábranle la puerta a nuestro nuevo socio.

Los dos guardias lo hicieron.

Una vez afuera, John lo estaba esperando:

—¿Cómo te fue, Ale? —preguntó impaciente.

—Muy bien. Todo salió como planeado —respondió—. Había un hombre de cabello castaño claro, barba, de unos cuarenta años, 1 metro 80... lo he visto en varias fotos pero no sé bien quien es.

John, que en el momento de abrirse las puertas lo había visto, respondió:

—¿El de traje azul oscuro? Es Charles Bleckseth. Su padre, un aristócrata británico, fue criado en los Países Bajos con su madre, se apoderó del negocio de su padre y ahora es el CEO de Bleckseth Industries. Esa compañía tiene acciones en más de 1000 empresas diferentes: bancos, empresas de Nasdaq, Dow Jones, petroleras, prensa, etc. Se las arreglan constantemente para no salir en ninguna publicación y no llamar mucha atención. ¿Por qué esa pregunta, pasó algo?

—No, para nada, casi ni habló, pero me dio la sensación de que puede traernos problemas —dijo Ale.

—Espero que no, querido amigo, no quieres tener de enemigo a alguien como él. Bueno, ya cumplimos con nuestra misión acá. De vuelta a Manhattan, que todavía hay cosas por hacer —respondió John, quien, sabiamente, cambió de tema.

—Es cierto. Estoy bastante emocionado por regresar, hoy no solo me mudo a mi nuevo apartamento, sino que llegan mis papás. Van a quedarse unos cuantos meses en el apartamento que les conseguí —dijo Ale feliz.

John sonrió:

—Se nota que somos de culturas diferentes. Yo no estaría tan feliz de saber que mis padres vienen a quedarse por más de 5 días, pero si disfrutas estar con ellos, el tiempo se pasará volando.

Ale sonrió:

—Pues a mí me hace muy feliz.

IV

Un Mundo Feliz

Faltaban pocas semanas para cumplirse un año de la llegada de Ale al MIAST y el mundo era, sin duda, muy diferente. Cada país había aprobado darle un Polaris a cada persona en situación de pobreza para asegurar que nunca nadie más sintiera hambre y la mayoría de locales de comercio consistían de un operador, un catálogo y un Polaris. La gente iba, mostraba qué quería del catálogo y el Polaris lo hacía aparecer. Las empresas cumplieron lo pactado con Ale y, a pesar de que cientos de millones de trabajos desaparecieron, los sueldos de todos ellos fueron doblados. Los agricultores, quienes al principio protestaron la aprobación de una ley para permitir duplicar comida para todos, vivían tranquilos en sus granjas después de que a cada uno le fuera entregado un Polaris equipado para duplicar objetos de un monto del doble de lo que hubieran ganado. Después de un apasionante discurso ante el Congreso de los Estados Unidos, seguido por varios en frente de la Unión Europea y la ONU, la aprobación de leyes prohibiendo el aumento de precios se expandió por el mundo. Ale se negó a permitir que su máquina duplicara petróleo, citando que no apoyaría el calentamiento del planeta. La OPEP y empresarios como Bleckseth aplaudieron esta decisión pues les permitía dejar el barril de petróleo a un precio relativamente alto a pesar de que el uso de este se limitaba cada vez más solo para combustible de vehículos y barcos turísticos alrededor del mundo.

Los trabajadores de sectores de servicio, quienes en los primeros meses de la Revolución Polaris, como se le decía en los medios, sentían que perdían calidad de vida con respecto a personas de otros sectores, recibieron con alegría la noticia de que, con la condición de no dejar su trabajo, aparte de su sueldo recibirían un Polaris capaz de duplicar objetos del valor de su sueldo más un poco más, dependiendo del caso: si el empleo era considerado exhaustivo o de poco placer, pero necesario, los polaris entregados venían con más capacidad. Profesores, doctores, bomberos y otros trabajos con fines de ayuda al ser humano recibieron Polaris con triple o más saldo que el de su sueldo original. El dinero líquido ya casi no existía, todas las transacciones se hacían vía Polaris. Para evitar problemas con el sector bancario y, sobre todo, con Bleckseth y sus hombres, Ale programó que todos esos Polaris entregados a gente con cuenta bancaria solo pudieran ser utilizados con la tarjeta de crédito del banco actual de la persona. Las encuestas mostraban que nunca el mundo había sido tan feliz. La gente que ya no tenía trabajo podía dedicarse a lo que quisiera en su tiempo libre e incluso reconvertirse a un trabajo en el sector de servicios. Los que todavía tenían que trabajar estaban tan felices por su aumento de sueldo que la mayoría se daba el lujo de trabajar solo medio tiempo.

Los peces gordos habían aumentado, sin duda, su riqueza y pasaban cada vez más tiempo en sus yates o de vacaciones. El sector del turismo fue, por mucho, el más beneficiado: los vuelos a todos los destinos aumentaron, al igual que los aviones, todos con la tecnología más avanzada. Sin embargo, la capacidad hotelera se vio saturada y diferentes personas vieron esa oportunidad para recibir, por unos días, en sus casas, a turistas de todos lados del mundo. Cada vez había más carros, por lo cual, con el fin de minimizar la contaminación y los atascos, la gente comenzó a compartir carro con mayor frecuencia. Aplicaciones web fueron creadas con ese fin, con gran éxito.

La corrupción disminuyó dramáticamente en todo el mundo pues el dinero ya no era tan llamativo como antes. Un estudio del Wall Street Journal apuntó que el riesgo de crisis económicas había disminuido a casi cero y que una nueva época dorada comenzaba. Las guerras y conflictos comenzaron a disminuir en todo el mundo. Las pandillas comenzaron a reducirse, cada vez había menos miembros queriendo unirse y las desertiones aumentaban constantemente. ¿Para qué arriesgar la vida cuando todo lo que quieres está al alcance de un botón? De la misma manera, gran parte de las drogas desaparecieron. Los hombres del medio, no queriendo arriesgar sus vidas o por temor a irse a la cárcel, comenzaron a cooperar con las autoridades y a delatar a sus jefes a cambio de perdón y de Polaris bien dotados. Salvo drogas fáciles de cultivar y sin necesidad de procesos químicos, la mayoría de las drogas dejaron de ser producidas a gran escala. Un estudio de la OCDE declaró que, a ese ritmo, dentro de diez años, en ningún país habría grandes brechas en términos de calidad de vida. Edificios modernos eran duplicados todos los días en todas partes del mundo para garantizar viviendas dignas para todos. Los precios variaban según la ubicación y el tamaño del apartamento, pero era tal la facilidad de construir nuevas viviendas que los precios eran tan bajos que filántropos pudieron comprar vivienda a todo aquel que no podía hacerlo por sí mismo.

El MIAST tuvo su mejor año de la historia. Ale parecía saber sobre cualquier tema posible. En robótica él y el doctor Nakazagawa habían dado pasos fundamentales en la creación de robots con inteligencia artificial para reemplazar trabajos humanos necesarios pero no apetecibles y tener un mundo en el que nadie hiciera un trabajo que no quisiera y donde, además, esos trabajos fueran hechos con precisión robótica. Tales avances fueron fuertemente criticados por grupos de personas defendiendo el derecho al trabajo. En un comunicado de prensa, Leo anunciaba que todo el mundo sería libre de hacer cualquier trabajo que quisiera, solo que ya no sería un trabajo, sino un hobby. “Si quieren abrir un restaurante o les gusta trapear pisos de oficinas, podrán hacerlo, pero no tendrán que hacerlo para sobrevivir”, leía.

En nanotecnología, Ale y Michel habían logrado desarrollar nanobots lo suficientemente resistentes como para lograr el sueño de Michel: un ascensor espacial. El concepto es

simple, tan simple que desde la antigüedad existe el principio para hacerlo: tener un satélite en el espacio que siempre esté conectado con la tierra por un cable y usar ese cable para subir naves espaciales hasta la estratosfera, ahorrando así los billones de toneladas de gasolina usados por los cohetes. Viajar al espacio podría volverse una práctica más que común. Hasta ahora el problema era que, al ser tantos kilómetros, ningún material resistía la tensión, pero los nanobots prometían y serían probados en tres meses. Drachen propuso unir esos dos avances en uno solo, usar nanobots y añadir inteligencia artificial para combatir enfermedades dentro del cuerpo humano o luchar contra la contaminación de los océanos y del aire.

Christine Doyle, la esposa de John, había creado un nuevo lema para el MIAST: “No a la contaminación, no a las enfermedades. Sí a la libertad, sí al progreso”. El MIAST se había vuelto un actor importante de la política nacional y mundial. Ale y compañía pasaban tanto tiempo trabajando en proyectos científicos como dando discursos y asesorando Comités en la ONU, el Congreso de los Estados Unidos, el Banco Mundial y casi todos los organismos internacionales. Una encuesta realizada por Gallop estimaba que si John, el único norteamericano de los 5 científicos, se lanzaba a la presidencia de ese año, ganaría sin problemas. Ninguno de los candidatos demócratas o republicanos parecía ser capaz de llevar mejor el mando de un país cada vez más tecnológico que el jefe de la organización que llevaba a cabo tal avance. Después de una intensa campaña en redes sociales y en prensa, John anunció que daría su veredicto sobre si se lanzaba a la presidencia como independiente el 2 de mayo.

El primero de mayo de 2008, en el Condado de Napa, en una de las Villas de la familia de John, acompañados por no más de dos docenas de personas, Drachen y Audrey contraían matrimonio. Por primera vez en varios meses, los cinco científicos se encontraban en el mismo sitio. Michel, que cuando no se encontraba en el MIAST trabajando en sus nanobots se la pasaba en África y Latinoamérica buscando nuevos científicos para el MIAST o inaugurando academias de ciencias, después de sacar una licencia en línea, fue quien los casó. Como Michel fue quien no solo insistió a Drachen de ir a la gala del Met con él años antes, sino, además, le insistió que fuera a hablar con la linda violinista hermana de uno de sus amigos que observaba la estatua de Perseo y Medusa, Drachen no tuvo ninguna objeción cuando Audrey le propuso a Michel que los casara. Leo fue el padrino de bodas y asistió a la boda con su novia de toda la vida, Kate Smulders. Kate, médico pediatra, había partido por casi dos años con Médicos sin Fronteras, pero los progresos en calidad de vida en todas las regiones del planeta y, sobre todo, la baja contundente de mortalidad infantil, habían hecho que la canadiense se reubicara en Nueva York. Leo, encantado con esa noticia, había cedido parte de sus responsabilidades científicas al Doctor Nakazagawa y se

ocupaba más bien de la relación del MIAST con diferentes organizaciones, al igual que de los comunicados de prensa. Más responsabilidad burocrática pero más tiempo que podía pasar con su novia.

En el banco de los invitados, Ale estaba acompañado de su actriz favorita. En el último año, a pesar de todos sus avances tecnológicos, Ale encontraba tiempo para organizar fiestas en su lujoso apartamento y salir con actrices y modelos. Ninguna de sus conquistas duraba más de una o dos semanas. Incluso, a veces, la prensa reportaba que se le había visto con dos mujeres diferentes en la misma semana en dos países distintos. Tal estilo de vida preocuparía a más de uno, pero ni la prensa ni sus colegas lo estaban por él, pues Ale no tomaba ni fumaba, decía que no podía arriesgarse a perder ninguna sola neurona de su cerebro. En las fiestas de Ale, Leo disfrutaba más de verlo que de la misma fiesta. Siempre organizaba las mejores fiestas de Nueva York: actores, músicos y modelos estaban ahí. Mientras todos bailaban y tomaban, Ale buscaba a personas conversando y se sentaba a oírlas. De vez en cuando hablaba y agregaba algún comentario, pero, por lo general, permanecía callado escuchando atentamente todo lo que le decían.

Leo y Michel tenían un juego en las fiestas o reuniones de cualquier tipo en las que estuviera Ale. Se trataba de descubrir si Ale estaba feliz o no y cuándo estaba interesado o no. Cuando oía buenas anécdotas, sus ojos pardos se veían más verdes que de costumbre. En cambio, en las reuniones importantes con altos ejecutivos y diplomáticos, sus ojos eran más bien color pantano. Una vez, en una discusión entre el francés y el italiano mientras viajaban a Mumbai, Michel hizo notar que, al llegar al MIAST por primera vez, los ojos de Ale estaban verdísimos y que, al proponer su plan en la oficina de Leo, ya no lo estaban. “Si mal no recuerdo, apenas se bajó lo comenzaste a bombardear con anécdotas parisinas. Supongo que una buena historia es mejor que hacer del mundo un lugar mejor”, le había respondido Leo.

Ese día, Ale tenía los ojos color esmeralda.

—Mira, esa española sí que lo hace feliz —le susurraba Michel a Leo mientras Drachen leía sus votos.

Leo solo le hacía caras de que se callara para evitar que Drachen se diera cuenta.

—A lo mejor se queda con esta —respondía Michel a tales gestos.

Una patadita de Audrey en la pantorrilla del francés bastó para que los susurros pararan.

Segundos después pararía de hablar Drachen y Michel hablaría. Esta vez, en voz alta, diría:

—Drachen, ¿tomas a Audrey como esposa?

Después de la respuesta positiva del alemán, Michel continuaría:

—Audrey, ¿tomas a Drachen como esposo?

Una vez la violinista, entre lágrimas, decía que sí, Michel terminaba con:

—Por el poder otorgado a mí por el Gran Estado de California, los declaro marido y mujer.

Un beso apasionado, rodeado por los aplausos de los invitados, marcaba la culminación del evento.

Como no podía ser de otra manera, Michel tenía un amigo chef en la zona y este había hecho un banquete de comida japonesa, la favorita de Audrey. El momento de los discursos llegó. Leo fue breve y conciso, recordó la primera vez se encontró con Drachen y cómo, después de una noche de copas, amanecieron en el zoológico del Bronx, llegaron cinco horas tarde a trabajar y pensaron que John los iba a despedir. Acabó diciendo que la única vez que había visto a Drachen tan asustado había sido justo antes de su primera cita con Audrey. Todo el mundo aplaudió y rio a la vez. Siguió el discurso de la madrina de bodas, la hermana de Audrey, quien contó anécdotas de su niñez y cómo Audrey siempre había querido casarse con un príncipe alemán. Finalizado ese discurso, Michel era el encargado de cerrar la ronda. Leo, quien estaba sentado al lado de Ale, le dijo:

—Te apuesto mi postre a que va mencionar su serie de televisión favorita de alguna forma.

—Hecho —respondió Ale.

Michel chocó su cuchillo contra la copa de vino y, una vez el silencio se apoderó de la atmósfera, comenzó:

—En “El arte de ser yo”...

Una risa interrumpió el discurso. Todos voltearon y Leo levantó la mano pidiendo perdón mientras cogía el brownie con helado de Ale.

Michel continuó:

—En “El arte de ser yo”, el excéntrico personaje principal, Mr. Gorizu, explica que, en su filosofía particular de vida, solo tiene derecho a no ser feliz por tres cosas, ya que la vida es muy corta para dejarse amargar por bobadas. Así que cada uno debería no tomarse nada en serio, salvo las tres cosas que más le importen. Por mucho tiempo pensé que Drachen solo tendría dos: su trabajo y su amor por la música clásica —deberían haberlo visto la vez que dije que la música de los Strauss está sobrevalorada. Me alegra saber que encontró, por fin, su tercera.

Levantó su copa y todo el mundo brindó. Todos aplaudieron menos Leo, quien gritó:

—¡Cuuuur-siiii!

Michel respondió tirándole un pan que había en la mesa.

Leo iba a responder y comenzar una guerra de comida, pero una mirada fulminante de Drachen la evitó.

La recepción siguió. Una banda de amigos de la universidad de John tocaron todo tipo de canciones clásicas con un toque moderno. Todos bailaban, incluso Ale con su pareja de esa noche.

John se le acercó y le pidió si podía hablar con él un momento. Ambos se alejaron un poco del ruido:

—Como sabes, Ale, mañana por la tarde he prometido anunciar si seré o no candidato presidencial. He hablado con todos por separado y sigo sin saber bien qué hacer. Chris y Drachen me aconsejan no lanzarme y concentrarme en el MIAST, Michel y Leo me dicen que me lance. ¿Qué opinas tú? —preguntó John.

Ale se quedó callado pensando qué decir:

—Que estuvieras en la Oficina Oval nos ayudaría bastante para seguir con los planes que Bleckseth y su gente están bloqueando. De alguna manera ya dirigimos no solo Estados Unidos, sino el mundo. De pronto es hora de hacerlo oficial.

—Eso es lo que yo también pensé. Creo que lo haré, Ale, el MIAST necesitará un nuevo jefe mientras estoy en campaña y, visto que los records están para romperse, ¿quieres ser el Director más joven de la historia del MIAST? Creo que ya, de facto, lo eres y, como vienes de decir, es hora de hacerlo oficial —John acabó su frase y extendió su mano hacia Ale.

Ale apretó la mano de John y respondió:

—Con gusto, Señor Presidente.

Ambos volvieron a la fiesta donde John anunció a sus colegas lo que acababa de decidir. La fiesta siguió hasta la madrugada.

Al día siguiente, los recién casados partían a Tahití. Para tristeza de Drachen, que pensaba ya haber soportado más de la cuenta su cuota de franceses, Michel convenció a Audrey de que la polinesia francesa era más linda que Hawái.

Los demás volvieron a Nueva York en uno de los lujosos aviones que el MIAST ahora poseía.

En el transcurso del vuelo, Michel exclamó:

—¡Deberías encontrar una forma de que estos aparatos vayan más rápido!

Leo respondió:

—¡Solo dices eso porque eres el único sin pareja en este vuelo! ¡Hubieras traído a alguna de tus novias de Nueva York en vez de conseguirme una pareja californiana tres días antes de la boda!

—No es tan mala idea —dijo Ale.

John añadió:

—Estoy contigo, Leo, pero debes admitir que su capacidad de conquistar chicas es algo que la ciencia nunca responderá.

—No, no, me refiero a lo de los aviones. Nos vendría bien, ganaríamos tiempo, voy a consultarlo con la almohada —dijo Ale.

—*Merci* por todo lo dicho, *les amis*, me dormiré un rato a ver si el tiempo pasa más rápido —respondió Michel.

El avión llegaría unas horas más tarde a Nueva York. Por la noche, en el MIAST, John anunciaba oficialmente su candidatura a Presidencia como candidato independiente. Seis meses más tarde, tras una campaña feroz donde Bleckseth y sus hombres habían tratado, a toda costa, vía publicidades negativas llenas de mentiras, de desacreditarlo, John era elegido, casi unánimemente, Presidente número cuarenta y cuatro de los Estados Unidos de América. Salvo en unos cuantos Estados en el sur, John había barrido. La campaña de Bleckseth en contra de John había funcionado los primeros meses, pero la prueba exitosa del ascensor espacial, sumada al apoyo público de Ale hacia su amigo y los anuncios publicitarios creativos y energéticos orquestados por Christine, inclinaron claramente la balanza. Christine utilizó la cara de su marido en modo pop art acompañada, cada una, de un eslogan corto: “Progreso”, “Eficiencia” y, el favorito de todos: “Por un Mundo Feliz”. Así concluyó John su discurso de Inauguración:

—Por más de un año, hemos trabajado muy duro. Lo seguiremos haciendo con el fin de llevar nuestros valores de Libertad, Igualdad y el derecho a buscar la felicidad —por este último lucharé hasta el final- a cada lugar de este país y del mundo. Queremos que todos y cada uno de los habitantes de este mundo viva en un mundo feliz.

Y así pasó. Durante dos años, el mundo se había transformado por completo. Salto tecnológico tras salto tecnológico, parecía que cada mes el MIAST se las arreglaba para revolucionar. El comienzo de los treinta mejores meses que la humanidad vio fue el día después de que John anunciara su candidatura. Ale era nombrado oficialmente nuevo jefe del MIAST, su primera labor sería la de escoger un reemplazo temporal para Drachen, quien se iba a tomar un mes de luna de miel. El jefe de la División de Física Cuántica se ocupaba también de supervisar las secciones de Mecánica y Proyectos que vincularan diferentes secciones de la institución. Michel y Nakazagawa discutían sobre en qué orden debían ir los candidatos. En los últimos dos meses, cuatro seleccionados habían sido contratados por cada uno de los jefes de sección y solo faltaba definir cuál de ellos dirigiría la división por un mes; una vez Drachen volviera, sería considerado número dos de la sección Cuántica. Después de ganar en piedra, papel o tijera, visto que Leo estaba tarde para la reunión, Michel decidió que su candidato iría primero,. El candidato de Nakazagawa iría segundo, en tercer lugar iría el candidato de Leo y, en cuarto lugar, el seleccionado por Drachen.

Leo llegó corriendo:

—Ahí viene —dijo.

Ale entró y saludó a sus amigos, se sentó y les pidió que hicieran pasar al primer candidato.

Elie Eko, un físico ghanés de 36 años, fue el primero en entrar. Michel lo había conocido en uno de sus viajes a África. Eko se había encargado de administrar todas las sucursales del MIAST abiertas en África en el último año. Ale le hizo preguntas de ciencia y de logística. Eko respondió y, después de cinco minutos, salió de la habitación:

—Me gusta lo que oí, espero que los próximos sean igual de buenos a él —comentó Ale.

Michel, quien estaba sentado en el lado opuesto de la habitación con los otros dos científicos, sonrió y con su codo empujó a Leo. Los cuatro científicos habían apostado sobre el resultado de la entrevista; el ganador se quedaría con la oficina de John, ya que Ale había decidido permanecer en la suya. Greg McPeace, 33 años, de Escocia, actualmente en la sede de Estambul, entró en la habitación. Misma rutina que con Eko salvo que esta vez Ale le pidió que repitiera unas cuántas cosas que no había logrado entender por su acento escocés.

Al salir, Ale señaló:

—Voy a tener que verme con él todo un mes. No dudo de sus credenciales, pero no creo que sea lo mejor estar con alguien y pedir que repita lo que dijo cada cinco minutos.

Nakazagawa se cogió la cabeza entendiéndolo que esa oficina no sería suya.

La puerta se abrió y entró Sacha Romanov, el elegido de Leo -se conocían desde la escuela privada en Milán a la que ambos habían atendido cuando chicos. Sacha era descendiente de los familiares del Zar que vivían fuera de Rusia en el momento de la Revolución de Octubre. La entrevista transcurrió igual que las otras dos. Al salir de la sala, Leo, con una sonrisa diabólica, dijo:

—Imaginen las historias que tiene para contar.

Michel volteó rápidamente la cabeza para ver los ojos de Ale y notó que el comentario de Leo los había hecho parecer más brillantes. Michel se puso la mano en la boca, se acercó al oído de Leo y susurró:

—*Maledetto*.

Nakazagawa abrió la puerta e hizo señas de hacer pasar a la última persona:

—Aquí viene el último candidato para el puesto. Tiene 21 años, solo uno más que tú, Ale. Es de Noruega, se llama Stana Bergman.

—¿No es un poco joven? —preguntó Leo.

Nakazagawa respondió rápidamente:

—Drachen me contó su historial. Se graduó del colegio a los 17, *valedictorian* de su generación. Lleva tres años estudiando Física en la Universidad de Copenhague y le escribió a Drachen hace unos meses para corregir un error que él había hecho en uno de sus viejos artículos.

Ale puso cara de asombro.

La chica entró por la puerta y se sentó en la silla de interrogatorio. Leo miró a Ale y se le acercó a Michel:

—Me pido la oficina de John hasta que vuelva Drachen.

Ale comenzó sus preguntas:

—¿Oslo?

—No. Bergen —respondió la joven.

Ale prosiguió:

—Lindo lugar... he estado en Escandinavia y nunca conocí a nadie llamado “Stana”.

—Mi papá es noruego pero mi mamá es de Dalmacia. Nací allá, decidieron migrar a Noruega al llegar la guerra —dijo Stana.

Durante un rato, Ale leyó el resumen que Stana le entregó al entrar:

—Muy bien, eso es todo.

Stana, sorprendida, preguntó:

—¿No necesita preguntarme nada más?

—Ale se quedó pensando y, después de unos segundos, dijo:

—Sí. Mañana salimos para Suiza a ver el acelerador de partículas del CERN. ¿A dónde tengo que mandar la limusina para recogerte?

Stana sonrió:

—9 Gramercy Park North.

Una vez Stana salió de la habitación, Nakazagawa dijo:

—No sabía que tuviéramos preparada una visita al CERN.

Ale se paró y se dirigió a la puerta:

—No la teníamos. Si me disculpan, tengo que hacer unas cuantas llamadas a Suiza.

Michel rio y murmuró:

—Y a cierta actriz también.

Ale fue a buscarla en su propia limusina. Era un prototipo que había diseñado Nakazagawa, no llevaba conductor, se manejaba sola. Stana estaba sentada en uno de los bancos de Gramercy Park leyendo *Sobre héroes y tumbas*. Ale bajó de la limusina, se acercó a una de las entradas del parque, se sacó una llave del bolsillo y abrió la reja. Stana oyó el sonido de la puerta cerrándose y levantó la cabeza:

—¿De dónde sacaste una llave para entrar acá? Pensaba que solo los habitantes del barrio recibían una.

Ale alzó los hombros y dijo:

—Ser el personaje del año de la Revista Time abre unas cuantas puertas... ¡Ese es mi libro favorito! ¿Te ha gustado? —agregó.

Stana lo guardó en su bolso:

—Lo sé. Fue el primer objeto que duplicaste, así que decidí leerlo. Me ha encantado.

Ale sonrió:

—Muy bien, señorita Bergman. Hora de irnos, tendremos tiempo suficiente para discutir sobre literatura hasta llegar a Suiza.

Hablaron y hablaron durante las casi nueve horas que les tomó llegar a su hotel en Suiza. No hubo ningún tema que no fuera discutido: literatura, ciencia, cine, política, comida, familia, etc. Era casi media noche cuando llegaron a su hotel. Cenaron salchicha con *rösti*; de postre Ale pidió helado de vainilla, Stana no pidió nada. Mientras Ale disfrutaba su última cucharada de helado, Stana preguntó:

—¿Qué se siente salir con la ganadora de un Óscar?

Ale tomó un poco de agua y respondió:

—En realidad, ya no es el caso. Rompimos ayer.

—Lo lamento. No sabía —respondió Stana apenada.

—No te preocupes, ya me acostumbré. Tengo unas cuantas personas pisándome los talones, no puedo darles el lujo de darles razones para herirme. Mis papás están protegidos por el Servicio Secreto 24 horas al día. Cuando tengo una novia, me toca mantenerla en secreto. Por eso decidí salir con famosas, hacer todo lo posible para que los paparazzi nos vean y establecer así la reputación de alguien que no quiere nada serio —dijo Ale mientras ambos se paraban hacia el ascensor.

—No puedo creer que te estés quejando de salir con modelos y actrices —dijo Stana sorprendida.

Ale rio, apretó el botón número 6 -donde estaban su suite y la habitación de Stana- y prosiguió:

—No me estoy quejando. Créeme, la he pasado realmente bien, pero me gustaría estar con alguien con quien tuviera algo más en común. Pensé que con ella lo había encontrado, pero me di cuenta de que tenemos que viajar mucho, yo porque ahora soy el número uno del MIAST y ella porque tiene mucho trabajo con todas las películas nuevas que están sacando. Ahora la gente tiene más tiempo libre, y, claro, más ganas de ver películas. Eso y otras razones me llevaron a acabarlo.

Stana asintió mostrando que comprendía la situación.

Llegaron a sus habitaciones, estaban una frente a la otra. Se miraron, Ale sacó la llave de su habitación y dijo:

—Puedes dormir hasta tarde, nuestra reunión no es sino al medio día.

—¿Acaso soy yo? —dijo Stana.

—¿Qué? —respondió Ale desconcertado.

—¿Acaso soy yo una de las otras razones? —dijo Stana mirando fijamente a Ale.

Ale se acercó a Stana y susurró:

—De pronto.

Stana sonrió mientras Ale se le acercaba para darle un apasionado beso. El beso se prolongó mientras Stana le quitaba la llave a Ale y abría la puerta a sus espaldas. Ambos

entraron sin separarse un solo segundo. La puerta se cerró lentamente y no volvería a abrirse hasta el otro día.

Los rayos del sol que caían sobre el Lago Lemán de Ginebra los hicieron despertar. Se arreglaron, pidieron servicio a la habitación y en el balcón, mientras desayunaban, decidieron que lo mejor para ambos era mantener su relación en secreto, al menos por un rato. Horas más tarde, miembros del MIAST en Suiza los recogerían para llevarlos al CERN.

Observaron y hablaron con colegas suizos sobre los avances descubiertos, al igual que sobre nuevos proyectos que comenzarían. Después de que la visita concluyera con un almuerzo, fueron devueltos al hotel. Una vez ahí, aprovechando que su avión no saldría hasta la mañana siguiente, decidieron recorrer Ginebra. Mientras recorrían el jardín Mon Repos, Ale notó que Stana estaba pensativa y le preguntó si algo le inquietaba.

Ella suspiró y dijo:

—Imagina que constantemente pudiéramos usar la energía creada por el acelerador de partículas para tener un ciclo infinito de energía.

Ale paró abruptamente y dijo:

—¿Puedes desarrollar esa idea?

Stana quedó sorprendida con el interés de Ale y explicó:

—Como sabes, cuando las partículas chocan entre sí, crean partículas nuevas. En ese proceso liberan energía, pero el problema es que las nuevas partículas duran muy poco tiempo como para hacer una reacción en cadena.

Ale se agarró la barbilla:

—Como una reacción en cadena de fisión nuclear.

—¡Sí! ¡Exacto! —respondió Stana animada—. Sí. Imagina que esa cadena no se rompiera... Sería, básicamente, un motor infinito.

—¿Tienes una hoja y un esfero? —preguntó Ale.

Stana asintió, sacó un cuaderno de su cartera y un esfero Mont Blanc que había recibido el día de su graduación y se los pasó a Ale, quien se sentó en medio del pasto y comenzó a hacer diagramas. Estuvo unos minutos así mientras Stana lo observaba. Finalmente, dijo:

—Creo que con tu ayuda lo puedo hacer. Puedo usar mi Polaris. Revolucionaría totalmente nuestro sistema energético.

Stana lo paró:

—Una cosa es duplicar objetos -por cierto, sigues negándote a explicar cómo lo haces-, pero no puedes duplicar partículas sub-atómicas u ondas de energía. De eso estoy segura.

—No planeo duplicar las partículas u ondas, planeo duplicar el acelerador millones de veces y juntar esa energía en el mismo lugar. Habrá tanta energía condensada que creará la reacción en cadena que queremos.

Stana quedó tan sorprendida que decidió sentarse, ella también, en el pasto. Luego de pensar unos segundos, dijo:

—¿Dónde planeas poner millones de aceleradores si tan solo uno mide más de diez kilómetros?

Ale sonrió:

—Necesito tu ayuda. Quiero duplicarlo en tamaños mucho menores. Imagina tener toda esa energía en una caja igual de grande que un Polaris.

Stana estaba entre horrorizada y emocionada:

—Pero necesitarías hacer muchos cálculos. Un pequeño error y... ¡condensar tanta energía en un solo lugar podría generar hasta agujeros negros!

—Menos mal tenemos el mejor equipo —dijo Ale mientras sacaba su celular para avisar que salían ya mismo de vuelta a Nueva York.

—También eres bueno en física espacial, ¿verdad? —preguntó Stana.

—Sí. ¿Por qué? —respondió Ale.

Esta vez fue Stana la que sonrió:

—Se me ocurren unas cuantas ideas.

V

Utopía

Mientras John participaba en debates y viajaba por los Estados Unidos haciendo campaña, todos los miembros del MIAST trabajaban día y noche para tener todos sus proyectos listos para el día de la Investidura Presidencial, que, salvo alguna tragedia, sería para John. El ascensor espacial había sido probado en directo el día antes del primer debate presidencial cerca de los cuarteles de la NASA en Houston. Un largo y ancho cable compuesto por los nanobots de Michel comunicaba la tierra con un satélite y una plataforma capaz de resistir dos cohetes espaciales permitía, en unas cuantas horas, llegar a la estratosfera. Después de ese día, las encuestas mostraban claramente que John sería elegido Presidente. Días antes de las elecciones, se reportó la noticia de que los nanobots con inteligencia artificial creados por Nakazagawa, Drachen y Michel habían logrado curar a un paciente con una enfermedad terminal. La candidata demócrata decidió retirarse después de eso, el candidato republicano confiaba en algún milagro. El día de las elecciones, salvo Mississippi y Oklahoma, donde John perdió por menos de mil votos, los americanos votaron unánimemente por él. En los pocos meses que pasaron entre las elecciones y la investidura, nuevos robots fueron creados por el MIAST o alguno de los otros grupos que había adquirido para reemplazar a los pocos trabajadores que aún había.

En efecto, el MIAST, cuyas instalaciones hacía menos de tres años se limitaban a un edificio en Manhattan, ahora tenía sedes en la mayoría de ciudades del mundo. Todo instituto científico semi-respetable había decidido unirse a la propuesta de Ale de tener una única y gran red tecnológica en el mundo y no competir los unos contra los otros sino dividirse todo el trabajo que había por hacer. Máquinas automáticas de masajes creadas en la sede de Yakarta, drones que distribuían el correo gracias a un programa hecho en la sede de Bakú. Ninguna necesidad de Servicios al Cliente, ningún objeto con defectos. Las preguntas, resueltas por programas específicos de inteligencia artificial. Los aviones, los barcos se manejaban solos. Cada objeto, claro, tenía el toque de Ale por algún lado. Eran pocas las personas que no tenían un Polaris personal que les permitía tener lo que quisieran siempre y cuando aquello que desearan estuviera aprobado y al alcance del saldo que tuvieran.

Todo el mundo esperaba la Investidura de John como Presidente. Rumores se habían esparcido en las redes sociales de que un gran anuncio iba a darse el día después de que comenzara la Presidencia Fox. A la Investidura, aparte de jefes de Estado, solo se habían invitado periodistas, una de las pocas profesiones irremplazables no solo por la imposibilidad de que una máquina reemplace el estilo único que cada uno tiene para informar u opinar, sino porque la mayoría de periodistas, incluso con o sin Polaris bien

dotados, hubieran seguido ejerciendo su profesión. Junto a los profesores y los artistas, el periodismo era la profesión que más gente había decidido adoptar como hobby.

Llegó el gran día. Todos los jefes de Estado estaban presentes. Luego de su discurso y toma de posesión, John los reunió a todos en una junta a la que también asistió Ale para informarles cuál era el gran anuncio que iba a dar al día siguiente. Al salir de la reunión y a pesar los ataques de la prensa, ninguno dejó escapar el mínimo detalle. Al día siguiente, a primera hora de la mañana, desde el monumento a Lincoln y con todos los jefes de Estado, al igual que con los jefes de las instituciones internacionales más importantes, John anunciaría:

—Hoy, frente a la estatua de uno de los más grandes hombres de la Historia, anuncio que los Estados Unidos de América, al igual que el resto de países del mundo, hemos acordado que el dinero ya no será parte de nuestras vidas. He hablado con Ale, quien me ha informado que a partir del mediodía hora del este, cada Polaris será habilitado para duplicar sin límite alguno. Las fuerzas públicas garantizarán que el orden prevalezca y que la propiedad privada sea respetada.

Una avalancha de festejos se desató alrededor del mundo. Algunos no lo tomaron tan bien. En una lujosa casa a las afueras de Londres, Charles Bleckseth y unos cuántos de sus amigos veían el anuncio por televisión. Los aplausos provenientes de la gran pantalla que recubría la pared fueron silenciados cuando una réplica miniatura del Pensador de Rodin chocó contra la pantalla y la rompió en mil pedazos.

—¡Ya mismo salimos para Washington! —gritó Bleckseth a Hadrian Cross, su asociado más cercano, su mano derecha en el mundo de los negocios.

Cross se abalanzó sobre su celular antes de salir al patio para cuadrar todo.

Bleckseth subió a su cuarto y le pidió a su esposa que le pasara su mejor traje. Comenzó a responder los cientos de mensajes que le llegaban de todo el mundo, de todos sus socios, amigos y personajes de poder. A todos les respondía lo mismo: les prometía que arreglaría la situación.

Mientras terminaba de arreglarse la corbata, Cross subió las escaleras, tocó la puerta de la habitación principal y dijo:

—Charles, tenemos problemas. Tu piloto dice que renuncia.

Un fuerte golpe se oyó del otro lado de la puerta. Bleckseth abrió. Llevaba su característico traje azul oscuro, la mano izquierda ensangrentada. Miró directamente a Cross y dijo:

—No importa, lo manejaré yo mismo.

Bleckseth no había olvidado su paso por la Royal Air Force y esa misma noche aterrizaría en Washington. Sus asociados, quienes lo habían acompañado, le sugirieron descansar en una de las propiedades que poseía en la capital americana, pero Bleckseth, a pesar de llevar más de 24 horas despierto y haber cruzado el Atlántico piloteando, se rehusó drásticamente:

—Puedes decir muchas cosas sobre ese chico, Charles, pero debes admitir que tener carros que se manejen solos es fantástico —dijo Cross.

Bleckseth, quien de todas maneras viajaba en la silla del conductor, volteó hacia atrás y lanzó una mirada fulminante:

—Agradece que está nevando. Si no, ya te hubiera echado a la carretera.

El silencio se apoderó del carro. Duraría hasta que el lujoso Rolls Royce en el que viajaban se estacionara en el 20 Avenida Pensilvania. Uno de los internos de la Casa Blanca abrió la puerta del automóvil y escoltó a Bleckseth hasta la entrada principal cubriéndolo de la fuerte nevada que caía.

Una vez adentro, una mujer se le acercó:

—¿Desea que lo guíe hasta la Sala Oval, Señor Bleckseth? El Presidente y el Señor Araújo lo esperan —dijo.

Bleckseth respondió:

—No necesito ayuda, he estado suficientes veces acá como para saber cómo llegar a cualquier sala.

Bleckseth entró al Salón Oval. Vio a John sentado en su escritorio y a Ale mirando, como un niño, la nieve caer por la ventana. Bleckseth se desabotonó el abrigo:

—Como sugirieron algunos, debí haberlos matado. Pero decidí confiar en ustedes... ¿así me pagan, volviendo el mundo un gran Estado comunista?

Ale se volteó para responder:

—No nos mataste porque al principio te resultamos rentables. Después todos tus mercenarios se retiraron, los que hacían el trabajo sucio dejaron de responder tus llamadas.

John añadió:

—¿En qué clase de comunismo todos tienen lo que quieren sin la necesidad de trabajar? Construimos una utopía, Bleckseth. Todavía estás a tiempo: ve y disfruta tus castillos, tus yates, tus aviones, tus mujeres.

Bleckseth se acercó al escritorio presidencial:

—Hace dos años, mientras yo decidía cuál guerra comenzaba y cuál terminaba y quién era elegido en qué país, tú estudiabas para exámenes de álgebra y tú hacías artículos para revistas que nadie leía. Ahora creen que lo saben todo, que de la nada el mundo va a ser perfecto, que podemos convivir felices todos como iguales. Creen que no pueden equivocarse, pero ¿saben algo? Tarde o temprano se equivocarán. Puede que mucho, puede que poco, pero en ese momento, cuando millones de voces pidan que den un paso al costado por una banalidad o por una monstruosidad, estoy seguro de que no lo harán. Y ahí, cuando la locura de la humanidad estalle, cuando los verdaderos colores no solo de ustedes, sino de nuestra raza, aparezcan, ahí estaré esperando y los haré lamentar el día que

pensaron que podían quitarme a mí y a mis socios lo que nuestras familias construyeron durante siglos.

Bleckseth y Ale encadenaron sus miradas por un momento.

Bleckseth dio media vuelta. Desde la ventana, Ale vería cómo su carro desaparecía entre la noche nevada de Washington.

Ale y John habían anticipado la visita de Bleckseth desde el momento en que se plantearon eliminar el dinero del mundo. Habían contactado, de manera secreta, gran parte de los socios de Bleckseth de los cuales sabían no le eran 100% leales o que le tenían cierto resentimiento. Habían garantizado a cada uno que sus propiedades serían protegidas, que sus privilegios no serían afectados y que cada uno sería dirigente permanente de alguna institución del MIAST. El detalle final fue convencer, justo el día anterior, a los líderes del mundo de seguir el ejemplo de los Estados Unidos. Muchos no necesitaron oír argumentos para estar de acuerdo, otros fueron convencidos cuando oyeron que serían parte de la historia para siempre, otros al asegurarse de que sus propiedades privadas serían protegidas. Los últimos con dudas cedieron cuando Ale les garantizó tener puestos de asesores del MIAST una vez terminados sus mandatos. Ale había entendido que lo único que jamás podría multiplicar con su Polaris era el poder. La búsqueda del poder le parecía ilógica. El poder tenía que ser contralado por alguien que no lo buscara, por eso, desde su primer encuentro con Bleckseth y su séquito, había decidido arrebatárselo. Como su poder yacía sobre su poder económico, una vez que el dinero no tuviera ningún valor, su poderío desaparecería. Ale estaba convencido de que, con el tiempo, el mundo dejaría de necesitar líderes, pero, mientras tanto, serían él y otros como él los que guiarían.

El tiempo fue pasando. Cada día le daba más razón a la visión de Ale de una utopía. Para inicios del 2010, el mundo no padecía hambre, no sufría pobreza, las enfermedades se controlaban fácilmente, la vida cotidiana se había convertido en un largo fin de semana. La gente era feliz. Carros, aviones y barcos que se manejaban solos o a distancia. Robots y máquinas que ofrecían servicios desde limpiar una casa hasta reparar un puente. Había educación de primer nivel para todos. Sorprendentemente, cuando el objetivo de la escuela dejó de ser tener buenas notas -y que eso equivaliera a tener un buen futuro- y se convirtió en un espacio para aprender y desarrollar conocimientos y talentos, la gran mayoría de estudiantes comenzó a disfrutarla mucho más. El mundo era más cultural que nunca: una explosión de películas, obras de teatro, libros, blogs, conciertos, bandas, invadió el mundo. Los viajes masivos habían causado más respeto por la cultura de cada uno. El mundo vivía en paz. Además, el MIAST se las seguía arreglando para sorprender constantemente a la población mundial.

Stana y Ale, con la ayuda de McPeace, Eko y Romanov y la supervisión de Drachen, habían logrado hacer los cálculos necesarios para crear un sistema de energía perpetua y

dejar para siempre a un lado el problema de las energías fósiles. A pesar de que Ale seguía negándose a compartir los secretos del Polaris, compartió detalles mínimos de cómo configurarlo a sus cuatro amigos y a Stana. Después de muchas horas de trabajo, habían logrado duplicar un objeto en un tamaño inferior o mayor al de su origen. Una caja no más grande que una matera podía generar energía suficiente para alimentar una ciudad. Por otro lado, Michel había hecho instalar miles de ascensores espaciales en todo el mundo y la NASA organizaba viajes espaciales muy seguidos. Gracias al nuevo modo de energía, la velocidad de las naves había aumentado considerablemente, tanto así que la NASA no descartaba una posible visita a Marte dentro de pocos años. Leo se había convertido en la mano derecha de Ale. Tantas horas viajando, exponiendo frente a organismos internacionales y creando proyectos alrededor del mundo los habían hecho forjar un fuerte vínculo. Leo y Kate eran los únicos que sabían de la relación entre Stana y Ale. De hecho, los cuatro solían hacer comidas juntos e incluso se escapaban de vez en cuando de mini vacaciones secretas.

A pesar de las grandes responsabilidades de cada uno de ellos, las pocas veces que al menos cuatro de los cinco amigos coincidían en un mismo lugar, se reunían a jugar *King*, un juego similar al *Bridge* que Michel les había enseñado desde su llegada al MIAST y al cual Ale también se había aficionado. A mediados de abril de 2010 se dio la situación para uno de esos juegos. John volvía después de un viaje a Medio Oriente donde había servido como intermediario para resolver el problema israelí-palestino; después de siete meses de negociaciones, se había logrado un acuerdo que satisfacía las dos partes. John había decidido tomarse el día siguiente a su llegada de descanso. Leo, como representante del MIAST, inauguraba una nueva exposición en el Museo Smithsonian, Michel tenía una serie de reuniones en la base central de la NASA y Drachen haría una inspección de rutina al dispositivo de energía CERN que alimentaba la ciudad. Ale había planeado asistir pero ese día por la mañana había mandado un mensaje a sus amigos indicándoles que algo necesitaba su atención y prometió contarles de qué se trataba una vez tuviera más información.

La emoción de jugar *King* de nuevo después de unos cuantos meses les hizo dejar completamente de lado el interés por esa noticia. Se habían puesto cita a las 7pm. Sorpresivamente, Michel y Leo llegaron a tiempo. Drachen solo llegó 10 minutos antes de la hora acordada. El salón donde usualmente se reunía el gabinete, que normalmente estaba repleto de folders, archivos y papeles, esta vez estaba adornado con hamburguesas, cervezas y barajas de cartas. Leo sacó su iPod y unos parlantes para ponerle ambiente al evento.

—Como en los viejos tiempos —dijo John.

Michel que ya tenía media hamburguesa en la boca. Comenzó a repartir las cartas:

—Primera ronda: no ganar bazas, -20 puntos por cada una —dijo mientras masticaba.

—No recuerdo cuándo fue la última vez que estuvimos los cuatro solos jugando esto — dijo Leo.

—Creo que debió ser en abril, hace tres años —respondió Drachen.

—¡*Bordel!* ¡Paren de hablar que me desconcentran! —exclamó Michel, quien se llevaba los primeros puntos negativos de la noche.

—Es increíble lo que pueden cambiar las cosas. Solíamos jugar esto acostados en el Central Park y ahora mírennos, jugando en la Casa Blanca. Una locura —dijo Leo.

El juego prosiguió mientras anécdotas de tiempos más simples se intercalaban con puntuaciones del juego:

—¿Se acuerdan de esa novia de Leo obsesionada con los delfines?

—Cuatro corazones, son -80 puntos para ti, John.

—Antes aspirábamos a un viaje a Chicago, ahora podemos estar en cinco países diferentes en una semana.

—Tercera Ronda: no ganar “Q”, menos 50 cada una.

—Sigo sin saber cómo no despediste a Michel después de que provocara ese incendio.

—Tengo una “J” y dos “K”. -90, ¿cierto?

—Lo iba a despedir pero me llevó a probar el mejor cuscús de la ciudad.

—Y Drachen se lleva la K de corazones. -160, amigo.

—Todos hemos cambiado. Menos Michel, que sigue dedicando su tiempo libre a ver esa tonta serie y a conquistar mujeres.

—Por esos comentarios es que también te llevas estas dos bazas y los 180 puntos que vienen con ellas.

Mientras John hacía los resultados parciales de la primera mitad del juego, Michel defendía sus hobbies:

—¡La serie es completamente brillante! Un joven abogado logra salvar a su primer gran cliente, un excéntrico millonario, de ir a la cárcel, pero el juez le da la condición de vivir con él mientras paga cuatro años en arresto domiciliario.

—Ok. Salvo Drachen, creo que todos tenemos chances de ganar esto —interrumpió John.

Michel rio:

—Otra guerra perdida para Alemania.

—Es una buena serie, Michel, pero no supera a Seinfeld —dijo Leo mientras John anunciaba el comienzo de las rondas con puntos positivos.

Drachen anunció que su triunfo estaría en los diamantes.

Michel, quien había notado que Drachen estaba más callado de lo normal, preguntó:

—¿Qué pasa, Drachen? ¿Decepcionado por ir tan mal?

Drachen comenzó a jugar:

—Estoy preocupado. Tengo miedo de que lo que estamos viviendo sea solo una burbuja. Es demasiado bueno como para ser verdad, no sé si como especie seamos capaces de absorber tanto en tan poco tiempo —dijo.

John sumaba los puntos del juego:

—Es interesante que menciones eso. Bleckseth dijo exactamente lo mismo la última vez que lo vimos. Por cierto, Leo, te doy dos bazas por tu triunfo.

Leo analizó la propuesta:

—Está bien, acepto. No te preocupes, Drachen, estamos construyendo una casa perfecta.

—Trébol —dijo John.

Drachen retomó:

—Exacto, amigo, pero yo de lo que tengo miedo es de cuando pase el temblor, de si nuestra pequeña cabaña de madera logrará resistir, de si no es toda una ilusión que las cosas van bien, de que en verdad nada sea estable, de que, al mínimo golpe, todo colapse.

John volvió a tomar la palabra:

—Mi turno, ¿cierto? Voy con diamantes esta vez.

—Cuando Ale entró a nuestra oficina, prometió resolver el hambre, la desigualdad, la pobreza y el calentamiento global. Parecía descabellado, pero lo logró. Además, en muy poco tiempo. Él es el arquitecto de esta casa, debemos confiar en él, es un genio calculador, estoy seguro de que tomó en cuenta los movimientos telúricos.

Michel rio:

—Amigos, amigos, lo están haciendo todo mal. No solo les voy a ganar con mi triunfo, que va a ser corazones, sino que les voy a explicar el verdadero problema. Drachen tiene parte de razón: el problema sí es qué ocurrirá cuando pase el temblor. Pero no “pase” de llegar, sino “pase” de haber pasado. Esta revolución que creó Ale no es la cabaña, es el temblor, un temblor que llegó de la nada, para el cual nuestra cabaña no estaba preparada. Solo cuando pase la última réplica, cuando el temblor haya pasado, veremos no solo si nuestra cabaña sigue en pie o está desparramada, también veremos cómo reaccionamos: si permanecemos unidos o comenzamos a matarnos entre nosotros. Ese es el punto de inflexión porque ahí todo puede girar para cualquier lado. Lo único que podemos esperar es que este temblor no se acabe nunca para no tener que averiguar jamás qué pasará cuando pase el temblor. Si mis cálculos son correctos, ganando esta última mano quedo primero.

La sala estuvo en silencio por algunos segundos hasta que John, en voz baja, dio los resultados finales:

—Michel, 90. Yo, 70. Leo, 40, Drachen, -200.

Michel sonrió, pegó un grito y saltó sobre la mesa. Comenzó a cantar la Marsellesa y los tres perdedores comenzaron a reír.

Drachen cogió una cerveza y dijo:

—¿Jugamos otra vez?

VI

Alejandría

Ale estaba en su oficina revisando los últimos detalles de un viaje que quería hacer a Egipto con el doctor Nakazagawa para trabajar en un proyecto especial. Comprobó lo que quería y se puso a buscar una baraja de cartas adornada con jugadores de Milan para el juego de esa noche.

Stana tocó la puerta. Con voz muy seria, dijo:

—Ale, tenemos que hablar.

Ale quedó sorprendido por la actitud de Stana. Por lo general, su novia siempre estaba sonriente y traía una cierta calma a cualquier lugar que entraba, pero ese día se veía tensa, seria, como si fuera a soltar una bomba.

Después de pensar unos segundos, Ale dijo:

—Ven, siéntate. Si es por las fotos de People con esa modelo, te prometo que es solo para tener una coartada.

Stana dejó escapar una risa:

—No seas tonto. Quiero hablar de cosas serias. ¿Te acuerdas de Ginebra, de cuando te pregunté sobre física aeroespacial?

—Sí, me acuerdo. Pensé que era un chiste, nunca volviste a tocar el tema —respondió Ale perplejo.

—Tuve una idea, pero no quería hablarla contigo hasta tener las matemáticas para respaldarla.

Ale se sentó de nuevo en su escritorio:

—Cuéntame.

Stana inhaló profundamente, puso unos papeles sobre el escritorio y comenzó a hablar:

—¿Cuál es el problema más grande que posee la humanidad ahora?

—¿A qué restaurante pedir su almuerzo? —respondió Ale entre risas.

Stana no rio:

—Ale, esto es serio. Las enfermedades y los accidentes son casi nulos, la gente come mejor y vive más sana... ¿no se te ocurre ningún problema?

—Bueno, puede que la demografía aumente un poco más rápido de lo esperado, pero hay comida y bienes para todos —respondió Ale.

Stana suspiró:

—Sí, Ale. Duplicaste edificios cómodos de talla decente para que la gente viviera decentemente, pero ¿hasta cuándo puedes seguir haciendo eso? Tarde o temprano la gente va a querer cambiarse a una más grande y se va a preguntar “¿por qué él, que era banquero, tiene tres casas gigantes y yo un pequeño apartamento?”. Pensará entonces que está

condenado a vivir menos bien que otro por lo que hacía en el pasado. Ya no hay trabajo, ¿cómo subir en la escala social si ya no hay forma de hacerlo? —dijo Stana.

Ale la interrumpió:

—Si me estas pidiendo que comencemos a expropiar gente, estás perdiendo tu tiempo. Sería un abuso de poder por nuestra parte, va en contra de todo lo que creo.

Stana sonrió:

—No seas tonto, no te pido que te vuelvas Lenin o Mao. Creo que encontré una forma de solucionar ese problema, mira lo que te acabo de dar.

Ale comenzó a ojear las hojas. Las analizó durante unos minutos y finalmente levantó la cabeza para mirar a Stana:

—¿Quieres mandar la mitad de la población a Marte?! Estás completamente loca.

—¡A Marte no! ¡A una réplica de la Tierra que va a estar ubicada donde Marte está ahora!
—respondió Stana.

Ale seguía sin poder creerlo:

—Te das cuenta de que lo que dices carece de sentido, ¿verdad?

Stana estaba al borde de perder la paciencia. Se acercó al pizarrón de la oficina y comenzó a dibujar mientras explicaba:

—Ok. Esta es la Tierra. Aquí esta Marte. Imagina que ponemos un Polaris en uno de esos cohetes que la NASA sube al espacio cada día. Tú lo programas para que duplique la Tierra. Obviamente, dejas por fuera todo ser vivo, no queremos los cuerpos muertos de billones de especies en nuestra réplica. Luego, de alguna forma, eliminamos Marte y en su lugar ponemos la réplica de la Tierra, que tendría el tamaño de Marte...

Ale volvió a interrumpir:

—Para que no ocurra ningún cambio astrofísico. Marte está situado en el único lugar del Sistema Solar, aparte de la Tierra, donde la vida puede subsistir.

Stana comenzó a aplaudir:

—Muy bien, ya vas captando. De esa manera podríamos tener dos planetas con densidades de población razonables y homogéneas en vez de un planeta totalmente lleno de gente y sin margen de maniobra.

Ale se cogía la cabeza con una mano mientras, con la otra, pasaba las páginas del folleto hecho por Stana:

—En teoría la idea es buena, pero ¿cómo planeas que haya vida vegetal si no hay insectos ni otros animales que polinicen, que creen ecosistemas? ¿Cómo planeas llevar 3mil millones de humanos a otro planeta?

Stana volvió a tomar aire:

—La gente es lo más fácil. Duplica los ascensores espaciales, pero hazlos más resistentes. Pon que... que resistan un millón de personas. Duplica los cohetes, pero hazlos más grandes, que cada uno pueda llevar tres mil personas. Y, ahí está: gracias a los motores CERN, tres meses de viaje y... ¡llegarán, literalmente, a la misma ciudad de la que partieron!. Para los animales tampoco es difícil, tengo entendido que el MIAST de Lima

está trabajando en abonos especiales que reemplazan completamente el trabajo de la madre naturaleza.

Ale se quedó mirando a su novia. Después de un rato, solo dijo:

—Wow.

Stana rio:

—Así nos sentimos todos cuando te oímos la primera vez, querido.

Ale se paró de su escritorio, le dio un beso a Stana y dijo:

—Tengo que meditar unas cuantas cosas sobre cómo lograr eso. Voy a mi apartamento.

Nos vemos mañana —antes de salir, Ale volteó una vez más y dijo:

—Hubieras podido esperar a que volviera de jugar cartas, ¿sabes?

Stana sonrió maliciosamente:

—Por fin estamos a mano. No te lo había dicho antes, pero el día que me llevaste a Suiza era la despedida de soltera de una de mis amigas... aunque debo admitir que nunca había estado tan feliz de que alguien arruinara mis planes.

—Supongo que yo tampoco —respondió Ale.

En los tiempos que Ale todavía no era el científico más grande de la Tierra, sino un estudiante de bachillerato, había tomado la costumbre de que, en momentos en que algo lo inquietaba, simplemente cogía un balón de fútbol y caminaba con él en sus pies por un rato mientras analizaba la situación en su cabeza. Mientras mandaba un mensaje de texto a sus amigos informándoles su ausencia en el juego de esa noche, Ale se pasó por la oficina de Leo para pedirle prestado uno de los balones de Milan que coleccionaba en su oficina. Como en los viejos tiempos, Ale caminó del MIAST hasta su casa con el balón en los pies. Cruzó la Quinta Avenida y el Central Park. La gente le tomaba fotos, pensaban que era un imitador. A pesar de la sensación que causó, no sintió los flashes que chocaban contra su cara o los gritos de la gente al verlo pasar haciendo trucos con el balón. Ale estaba perdido en el laberinto de su mente tratando de descifrar el próximo paso a seguir.

Llegó a su apartamento ubicado en el Edificio Cristal en el Central Park West. En el imponente edificio habían vivido actores, políticos, abogados, empresarios, mafiosos. Durante los últimos cincuenta años, el mayordomo puertorriqueño Ernest Mendoza había estado a cargo de atender a quien viviera en el pent-house. Ernest era más leal al edificio que a su esposa e incluso a su país. Muchas veces había puesto en peligro la seguridad nacional por mantenerse fiel a alguno de los inquilinos. Las últimas cinco décadas, Ernest había sido la persona mejor informada de Nueva York: sabía de antemano qué actor iba a hacer qué película, cuál acción iba a fracasar y cuál haría millonarios a muchos, sabía cuál político engañaba a su esposa y cuál hacía pactos con la mafia. Ernest nunca había aprovechado su conocimiento ni para hacer dinero ni para delatar a nadie y era fiel a cualquier inquilino del Edificio Cristal. Por eso, a pesar de no tener que hacerlo, Ernest

había decidido seguir viniendo a trabajar cada día al que había sido su hogar adoptivo desde los 15 años.

En el edificio se tenía la costumbre de nombrar “Emperador de Cristal” a quien viviera en el pent-house. En efecto, tal apodo no solo hacía referencia al nombre del edificio, sino a que, por lo general, sus inquilinos no duraban mucho ahí. Al principio, en los treinta, el pent-house había sido habitado por mafiosos que querían presumir de su poderío. Ninguno vivía ahí más de seis meses -eran asesinados o capturados. Luego hubo una etapa de políticos quienes, después de un tiempo, emigraban a Washington o a SingSing. Siguió una época en la cual el famoso pent-house fue una especie de oasis para artistas. Por más de una década, cantantes, escultores y pintores se hospedaron ahí. De ahí en adelante, cada nuevo magnate, corredor de bolsa, actor, empresario o criminal que lograra algo importante lo compraba para venderlo tiempo después a alguien más exitoso dispuesto a pagar un precio más alto. Ale había pedido ese apartamento en su negociación con el MIAST. Vivía ahí desde mediados de 2007 y se había convertido en el “Emperador de Cristal” más duradero de la historia.

Ernest le abrió la puerta a Ale, le entregó la National Geographic del mes y, tal como era costumbre, le hizo un resumen de treinta segundos de los eventos del día. El primer huésped del edificio, su constructor, era un hombre muy ocupado y por eso contrató un mayordomo cuyas funciones incluían cocinar, limpiar y esa de, a su llegada, contarle, en menos de un minuto, los eventos más importantes del día. Ernest terminó su resumen:

—La cita del señor salió esta mañana sin que nadie la viera ¿Algo más, Señor Ale?, se le ve pensativo. ¿Está molesto por la cancelación de su viaje?

Ale recibió la revista y dijo:

—Gracias, Ernie. Estuve meditando sobre algo mucho más importante que un juego de cartas y creo que ya sé que hacer. Aunque tenemos trabajo por delante, por favor trata que nadie nos perturbe hasta próximo aviso.

En 72 horas, Ale no salió de su palacio con vista al parque. Finalmente, la luz volvió a brillar en las letras “PH” en la parte alta del ascensor que bajó hasta brillar la letra “L”.

Las puertas se abrieron e inmediatamente.

Ernest dijo:

—Señor Araújo, las llaves del auto.

Ale las recibió, agradeció a su mayordomo y salió directamente hacia el MIAST.

Ale entró a su oficina para la reunión que había convocado la noche anterior. Leo había vuelto de su labor en la capital, Drachen y Michel habían tenido que adelantar su regreso, John había tenido que cancelar un viaje a Boston. A parte de ellos, Stana, Nakazagawa y Eko también estaban en la reunión. Ale resumió la idea de Stana al igual que el intercambio que habían tenido un par de días antes:

—Creo que se puede hacer. He hecho unos cálculos preliminares y la cosa pinta bien. Todos estaban callados tratando de procesar semejante noticia.

John tomó la palabra:

—¿En cuánto tiempo calculas que podríamos hacer eso? —preguntó.

Ale suspiró mientras hacía cálculos en su cabeza:

—Los cálculos astrofísicos no tomarán más de un par de semanas, configurar el Polaris que creé para duplicar la Tierra del tamaño de Marte, un poco más. De pronto dos meses. Lo más complicado será configurar otro para eliminar Marte.

—¿Crees que se pueda configurar una maquinita no más grande que un balón para borrar del universo un planeta entero? —preguntó Leo.

—¿Crees que debemos? —añadió Drachen.

—Es la única opción para que nuestra especie subsista más allá de nosotros —interrumpió Stana.

Drachen no demoró en responder:

—Doctora Bergman, de pronto no nos corresponde a nosotros tomar tal decisión. Creo que deberíamos convocar un referendo global.

—Es absurdo —dijo Leo.

—No podemos dejar una decisión así en manos de la democracia —añadió Stana.

Todos comenzaron a hablar al mismo tiempo citando argumentos para hacerlo, para no hacerlo... que si lo hacían, debía hacerse de tal manera o de tal otra.

Ale pidió calma:

—He pensado esto bastante. Creo que es lo que debemos hacer, pero la gente debe saberlo.

—Estoy de acuerdo. Convocaré una rueda de prensa, veremos cómo lo toma la gente —dijo John.

—Eso no es todo —dijo Ale. Crear la infraestructura para un viaje así toma tiempo y logística, pero, si hacemos bien las cosas, para finales de 2012 debería haber más de un planeta con vida inteligente en el Sistema Solar.

La sala comenzó a desocuparse.

John y Leo fueron a preparar los detalles de la rueda de prensa.

Drachen y Stana siguieron el debate por los pasillos del MIAST.

Michel no había podido desayunar tal como había querido y decidió invitar al resto de sus colegas a comer algo.

Ale dijo que quería discutir unas cosas con Nakazagawa y con Eko.

—Más crepes para mi —dijo Michel mientras se dirigía a la cafetería del MIAST.

Horas más tarde, desde la sede del MIAST, John, Leo, Stana y Ale presentaron su proyecto frente a cámaras de televisión de todas partes del mundo. La reacción, para sorpresa de todos, fue bastante positiva, salvo algunos grupos religiosos que consideraban que tratar de imitar a Dios creando planetas iba a traer el Apocalipsis. En general, el

anuncio del proyecto hizo recordar el día que el Presidente Kennedy anunció que mandarían un hombre a la luna. La mayoría de políticos salió inmediatamente a respaldar tal proyecto.

Esa noche, para celebrar, el MIAST decidió hacer una fiesta por toda Nueva York. Cada museo sería sede de una fiesta con música diferente: pop en el MOMA, metal en el MET, Jazz y Blues en el Whitney, electrónica en La Colección Frick, reggae en el Guggenheim... la música a todo volumen resonaba en edificios emblemáticos y la gente seguía la fiesta en las calles, los puentes, los parques. Nunca Nueva York había tenido tantas luces, tantos sonidos. La capital del mundo festejaba un salto tecnológico más, otra proeza de la raza humana.

Desde una de las ventanas del Museo de Historia Natural, Drachen observaba con angustia las miles de personas que bailaban en el Central Park. Leo y Kate competían con Audrey y Michel bajo los huesos de un tiranosaurio rex a ver quién tenía los mejores pasos de Rock. En la sección “Egipto”, Stana y Christine se hacían compañía. Ale había desaparecido desde que Stana le había propuesto ir a bailar a la pista y John tenía programado un viaje a Beijing y no podía darse el lujo de pasar la noche festejando. Como Christine no quería perderse la fiesta del siglo, había decidido quedarse en Manhattan. Mientras la primera dama explicaba a Stana los diferentes trucos que los publicistas usan para vender sus productos, Ale deambulaba por el museo. Daba unos cuantos pasos, conversaba con un actor o actriz durante unos minutos y luego daba otros cuantos pasos y discutía con algún político o alguno de sus colegas científicos.

En la lejanía vio a Drachen, solo, en una esquina, con la mirada perdida hacia afuera. Ale se le acercó:

—Sé valiente, Drachen, y lo demás vendrá —dijo Ale.

Drachen volteó la cabeza:

—¿De qué hablas, Ale? —preguntó.

Ale puso su mano sobre el hombro de su amigo alemán y comenzó a hablar:

—Pareces un poco impactado por la situación.

Drachen dejó escapar un largo suspiro.

—Hace menos de diez años esta ciudad sufría el más grande atentado de su historia, hoy millones bailan por las calles porque es posible que haya una Nueva York idéntica a esta a millones de kilómetros de acá.

Ale retomó:

—Cuando Nehru trataba de liberar a la India del dominio británico de forma pacífica, pasó mucho tiempo en la cárcel. Uno de esos días coincidió con el cumpleaños de su hija, la futura presidenta Indira Gandhi. Sin saber cuánto tiempo estaría preso lejos de su familia, Nehru le escribió una carta que terminaba así: “Sé valiente y lo demás vendrá”. Sé que las cosas están yendo muy rápido, que no sabemos bien si nuestras decisiones son o no las correctas, pero la única manera de averiguarlo es siendo valientes, asumiendo nuestra

decisión. Ya veremos qué vendrá. Esperemos que sea lo mejor —pegó unas cuantas palmadas en la espalda al bávaro y volvió a su caminata por el museo.

—¡Abre los ojos, abre los ojos! —escuchó Ale.

Al abrirlos se encontró con la cara de Michel. Después de una larga noche de festejos, el grupo de científicos había subido al pent-house de Ale, que no quedaba lejos del Museo de Historia Natural. Como las calles estaban saturadas, sus amigos habían pasado la noche en el lujoso apartamento.

—Tenemos problemas —dijo Michel.

Ale, todavía entredormido, respondió:

—Tengo un Polaris en la sala. Escoge lo que quieras desayunar; si rompiste algo, solo dile a Ernest y él se encargará.

—Es Bleckseth —dijo Michel.

Ale saltó de su cama sorprendido.

Bleckseth había aprovechado el hecho de que toda Nueva York tenía resaca para hacer su propia rueda de prensa desde Londres. Mientras toda Nueva York vivía la fiesta más grande de su historia, el sol salía en la capital británica acompañado de las fuertes declaraciones del aristócrata británico:

—¿Dejaremos el poder de crear y destruir mundos enteros a una sola persona?! Es cierto que el señor Araújo ha probado mantener su palabra, pero ningún humano, por más honesto que sea, debe tener tanto poder. Exigimos que, visto las posibles nuevas capacidades de los Polaris, se explique de una vez por todas su funcionamiento. Además, que el control de estos deje de estar en las manos de un individuo y pase a manos de la ONU.

Hizo las declaraciones justo en el momento que despegaba el avión de John. Durante unas cuantas horas, ninguna respuesta oficial a sus comentarios fue emitida por parte del Gobierno Americano o del MIAST. Utilizando sus influencias, Bleckseth había logrado propagar su mensaje por Europa. Los franceses salieron a marchar en contra de que una sola persona tuviera tanto poder, los alemanes invocaron su pasado haciendo referencia al mal que puede ocasionar un hombre con poder ilimitado.

Por primera vez, Ale se tomaba la cabeza:

—Esto no es bueno —repetía a Stana.

Drachen tenía sentimientos encontrados. Por un lado, apreciaba que hubiera gente con sus mismas inquietudes; por otro, sabía que, viniendo de Bleckseth, ahí no había buenas intenciones. Christine dictaba por teléfono a John el discurso que daría en respuesta, Leo trataba de contener el problema respondiendo llamadas de medios de comunicación de todo el mundo, el 70% de los miembros del MIAST seguían dormidos en todos los rincones de

Nueva York. Kate y Audrey tuvieron que ayudar a Leo respondiendo preguntas con el fin de no dejar que la situación se desbordara.

El único que no parecía preocupado era Michel, quien comía su brunch de huevos benedictinos con salmón:

—*Il est vraiment un vrai fils de pute ce Bleckseth, un très intelligent fils de pute* —dijo riendo—. Me pregunto qué estará tramando —agregó.

En ese momento, Ernest entró al pent-house:

—Señor Ale, su presencia es requerida al teléfono.

Ale atendió la llamada.

—¿A quién debo agradecer la creación de la máquina limpiadora de desorden que salió hace un par de años? Me ha ahorrado un trabajo inmenso. ¿Acaso fue usted, Señor Felinari?

Leo respondió:

—Aunque fue la sección Robótica de El Cairo la que creó esa máquina, tengo entendido que fue Michel quien seleccionó el equipo que lo logró.

—En ese caso, muchas gracias, Señor Gugu.

—Ernest, ven un momento, por favor —se oyó.

Ya voy, señor Araújo —dijo Ernest mientras se le acercaba.

Kate rio:

—Vaya extraño y divertido personaje —dijo.

Stana complementó:

—Por fin entiendo por qué al único que llamamos por el apellido es a Drachen.

Mientras las risas servían para relajar un poco la situación, Ale volvió a entrar en la sala principal:

—He llamado a Bleckseth. Tendremos una reunión en tres días en campo neutral, salimos mañana hacia Viena.

Michel sonrió y dijo:

—Conozco un lugar con un muy buen gulasch.

—En efecto, ¡está delicioso! Me alegra tanto que la gran mayoría de chefs, a pesar de no tener que trabajar, lo sigan haciendo... y sin recibir nada a cambio —dijo Leo.

—Es una lástima que Ale se lo perdiera —dijo Michel.

—Como nos dijo esta mañana, tiene un gran partido por delante —respondió Leo.

—Se le notaba en los ojos —dijo Michel riendo.

Leo también rio y, de paso, añadió:

—¿Sabes qué he notado? Que la única forma de sacarle una sonrisa cuando está así es hablándole de tu serie favorita.

—Es que es brillante. Ayer en el hotel estaban pasando mi capítulo favorito —dijo Michel. Leo puso cara de sorprendido:

—¿Cuál? Mi favorito es en el que Mr. Gorizu anuncia que va a hacer la mejor fiesta del siglo en su lujoso apartamento, donde está recluido. Hay pósters y publicidades por todos lados, pero se niega a invitar a Sam, su abogado, quien desea llevar a la chica que le gusta. Finalmente acepta. Sam llega con su cita y encuentra que, en efecto, la música es increíble y hay show de luces y todo, pero que no hay ningún invitado, solo juguetes por todos lados y Mr. Gorizu jugando a ser Dj.

—Ese es bueno. Al final Sam tuvo la mejor primera cita de su vida —dijo Michel—. Pero no, mi favorito es el capítulo donde Sam tiene una reunión muy importante a primera hora de la mañana y le pide a Mr. Gorizu que lo despierte en caso de que él no oiga su despertador. Mr. Gorizu trae a la Sinfónica de Nueva York para que lo despierte tocando “O Fortuna”, solo que lo despiertan cuatro horas antes de lo que toca, argumentando que estaban practicando para hacerlo perfecto cuando en verdad fuera la hora. Sam, iracundo y completamente asustado al ser despertado así, le pide que lo dejen dormir y que no lo despierten así. Luego Sam se despierta y descubre al elenco del Rey León de Broadway cantando una de sus clásicas baladas. Sam está completamente maravillado de ser despertado así pero luego mira su reloj y se da cuenta de que lo han despertado tres horas más tarde de lo que tocaba. Mr. Gorizu explica que los ensayos duraron más de lo previsto, así que le puso audífonos anti-sonidos a Sam mientras practicaban. Solo que también evitó que oyera su alarma —añadió.

Mientras Leo y Michel seguían recordando cómo se las arreglaba Mr. Gorizu para que su pobre abogado sufriera las situaciones más absurdamente chistosas, Ale comenzaba su reunión con Bleckseth. Se habían puesto cita en el belvedere.

Bleckseth, como siempre, estaba impecablemente vestido. Había llegado antes de lo pactado, observaba las pinturas de Klimt.

Ale llegó:

—Bleckseth —dijo.

Bleckseth se dio vuelta:

—Señor Araújo, después de todo este tiempo creo que podría llamarme Charles, incluso Lord Bleckseth.

Ale hizo caso omiso de su comentario:

—Voy a ser claro. No cederé mis conocimientos a ningún organismo, menos a uno en el que sus dirigentes han sido vasallos tuyos y de tus amigos durante décadas.

Bleckseth rio:

—No importa para quién trabajen, el caso es que gran parte del mundo concuerda en que un solo hombre no merece tanto poder. Estos tres días, ¿cuántos han salido? ¿Doscientos, trecientos millones en todo el mundo? La gente ama volcarse contra sus héroes.

—No creo que sepan que se lo van a quitar a uno para dárselo a otro. De todas maneras, por cada millón que está contigo, hay diez millones conmigo —respondió Ale. Voy a tratar de ser diplomático y negociar esto, pero tal y como lo dije la primera vez que me amenazaste: no sabes de lo que soy capaz ni lo querrás saber.

Bleckseth volvió a reír:

—Así me gusta, Alexandre, ya muestras rasgos del que no quiere perder su poder. Pero tienes toda la razón, creo que podemos llegar a un acuerdo.

—¿Cuál? —preguntó Ale.

Bleckseth, por fin, puso cara seria:

—Este nuevo mundo que va a aparecer... supongo que necesitará líderes, presidentes, gobernadores, funcionarios... básicamente, lo que tú y tu equipo se apoderaron acá.

—A dónde vas con eso, ¿Bleckseth? —preguntó Ale comenzando a perder la paciencia.

—Es simple: mi gente y yo queremos estar en una situación de poder, queremos ser los dirigentes del nuevo mundo que va a haber. De todas formas, somos los más capacitados. No queremos nada más, solo tener ese pequeño privilegio extra. De resto todo será igual que acá —dijo Bleckseth mientras miraba a Ale a los ojos.

Ale reflexionó por unos segundos:

—Está bien —dijo. Pero los Polaris van a seguir bajo mi control y, una vez esté instalada la gente, iré yo mismo a asegurarme de que hayas cumplido tu promesa —añadió.

Bleckseth volvió a sonreír:

—No esperaré menos.

Los dos hombres se dieron la mano y sellaron el pacto.

Ale telefoneó a Leo para informarle la situación. Bleckseth y Leo darían una rueda de prensa conjunta por la tarde desde el Parlamento austriaco. Bajo la mirada de la estatua de Atenea, Bleckseth daba la noticia:

—El señor Araújo ha mostrado, una vez más, su infinita sabiduría. Con el fin de garantizar tranquilidad y transparencia, me ha propuesto que yo, al igual que mis asociados y otros funcionarios de la ONU, seamos los encargados, en un primer momento, de organizar esta nueva Tierra. También ha prometido que, si algún día hay pruebas suficientes de que ya no está capacitado para tener tanto poder en sus manos, él mismo dará un paso al costado.

Ale, quien junto a Michel miraba la conferencia desde lejos, se le acercó a Cross, amigo y socio de Bleckseth desde que ambos se graduaron de Oxford y comenzó a gritarle:

—¡Nunca dije eso, está diciendo mentiras!

Cross respondió:

—Solo dice eso para calmar a los millones que salieron a protestar. Es una maniobra política, nada más. La gente olvidará los detalles, solo recordará que eres bueno y que Bleckseth también. A menos, claro, de que planees hacer algo indebido... en ese caso, puede que tengas problemas.

Ale no estaba para nada contento con esa respuesta:

—¿Así que está diciendo mentiras para calmar a los millones de personas que engañó con el fin de ganar poder? —preguntó.

—Yo lo llamé política —dijo Michel.

—Tranquilo, Araújo, con el tiempo aprenderás a hacer esas maniobras tú también —dijo Cross entre risas.

Pero el que tendría la última carcajada ese día sería Ale.

Uno de los reporteros presentes preguntó:

—¿Cómo debemos referirnos a esta nueva tierra que va remplazar Marte? ¿Tierra 2, Nueva Tierra, Marte?

—Leo se abalanzó sobre el micrófono:

—Bueno... Lord Bleckseth ha propuesto que, en honor a Ale, quien ha hecho todo esto posible y retomando la tradición impuesta por Alejandro Magno hace siglos, llamemos ese nuevo planeta “Alejandría”. ¿Cierto, Charles?

—Bleckseth fingió sonreír y asintió con la cabeza.

Ale comenzó a reír mientras Cross ponía cara de fastidio.

Michel, entre risas, dijo:

—Parece que al menos uno de nosotros ya sabe cómo hacer las maniobras que mencionabas antes.

Leo, mientras tanto, seguía respondiendo preguntas junto a Bleckseth. Llegó la última pregunta:

—Hay reportes de que el señor Araújo y Lord Bleckseth han tenido problemas desde el comienzo... los comerciales anti-MIAST durante las campañas presidenciales, las indirectas en los discursos del señor Araújo... ¿debemos creernos que ahora, de la nada, son mejores amigos?

Bleckseth pensaba qué mentira decir para eludir esa pregunta. Cientos de millones de personas veían en vivo la conferencia, un error podía resultar crucial.

Leo cogió el micrófono al instante:

—El grupo representado por Bleckseth y el grupo del MIAST tenemos diferencias en muchas cosas, pero ambos estamos convencidos de que el proyecto Alejandría es vital para el futuro de nuestra especie. Dejaremos de un lado nuestras diferencias y trabajaremos sin parar para conseguirlo. Sé que hay muchas dudas al respecto, pero solo tengo una cosa que decir a aquellos que todavía dudan del MIAST: nos los ganaremos en el camino.

VII

Tocando las puertas del cielo

Tal como lo anunciaron en Viena, el MIAST y el grupo Bleckseth unieron fuerzas para llevar a cabo el proyecto Alejandría. El nombre propuesto por Leo había gustado bastante al público, quien lo escogió como nombre oficial del futuro planeta en una votación online. El MIAST se encargó de la construcción de las naves y ascensores espaciales necesarios para la operación, Bleckseth y sus hombres se reunían una vez por semana con Ale y Stana para planificar la duplicación de la tierra de la mejor forma. Alejandría tendría que ser del mismo tamaño de Marte para no afectar las fuerzas gravitacionales de la galaxia -al cambiar la talla de la Tierra, no se podría replicar exactamente. La solución a la cual llegaron fue duplicar la Tierra y, una vez Alejandría existiera, duplicar la infraestructura necesaria. Algunos, como Cross, propusieron solo duplicar ciudades europeas y americanas en Alejandría: “Imaginen una Londres en cada país”, había dicho. La idea fue rechazada rotundamente.

Como el tamaño de Marte era la mitad del de la Tierra, las discusiones no fueron fáciles. Miles de personas trabajaron en el diseño de Alejandría: científicos climáticos encargados de analizar las futuras consecuencias del relieve reducido de la tierra, planeadores urbanos para encontrar los defectos de las ciudades actuales y no repetirlos en Alejandría, sociólogos, sicólogos, demógrafos y, claro, astrofísicos, también fueron llamados. Alejandría se había convertido en el pequeño proyecto de la humanidad, en el símbolo de sus logros. Se trataba de hacer aparecer un planeta y, además, diseñarlo para que fuera perfecto.

En los acuerdos de Viena, Ale había cedido a Bleckseth y sus hombres el deber de seleccionar los habitantes del futuro planeta. Se estimaba que, al principio, Alejandría recibiría dos billones y medio de personas y que, después de eso, unos cincuenta millones de personas viajarían cada año de la Tierra hacia allá. Como Alejandría era prácticamente el juguete último modelo que cualquier niño querría, tres cuartos de los terrícolas mostraron interés en vivir en él. En primer lugar, para garantizarse el poder en el nuevo mundo, Bleckseth escogió a todos sus socios, al igual que a la vieja guardia que regía de algún modo u otro antes de la llegada de Ale. Le dio un lugar a cada uno de las cientos de millones de personas que habían salido a protestar contra Ale y el MIAST antes de los eventos de Viena y, como muestra de gratitud, también les dio el poder de escoger hasta tres personas más para ir con ellos, además de sus hijos. También dio cuotas a cada uno de sus socios y aliados para que las distribuyeran en cada ciudad -eso con el fin de mostrar una jerarquía de poder incluso antes de que Alejandría existiera.

Bleckseth y compañía también serían los encargados de decidir quién viviría en qué ciudad y en qué casa. La mayor parte de seleccionados decidió aplicar a la misma ciudad que vivía en la Tierra. Todos tenían asegurado un apartamento grande con todos los lujos, pero había algunos que hubieran hecho lo que fuera no solo por vivir en su ciudad y en un buen apartamento, sino por -¿por qué no?- vivir en una casa con vista al mar. Los cupos y la selección de viviendas se convirtieron en un bien preciado para una parte de la humanidad. Bleckseth y sus hombres utilizaron sus beneficios para volver a tener privilegios perdidos: Bleckseth consiguió chofer y chef personal prometiendo, de nuevo, cupos para Alejandría. Apartamentos con vista al Hyde Park de la nueva Londres fueron intercambiados con ex millonarios por promesas de apoyo incondicional. En la mesa de negociación, además, Ale había aceptado la propuesta de Bleckseth de, en los primeros cinco años de Alejandría, poder relocalizar gente de un hogar a otro en la misma ciudad si así lo pensaba necesario.

John, y sobre todo Drachen, cuestionaron en numerosas ocasiones a Ale sobre por qué había cedido tanto a Bleckseth. Ale siempre respondía que, a fin de cuentas, la estabilidad del planeta dependería de sus Polaris. Si Bleckseth abusara de sus privilegios, Ale bloquearía los Polaris de Alejandría y la gente, entonces, se rebotaría contra Bleckseth y sus hombres. Ale se había negado completamente a que cualquier tipo de arma viajara en las naves que partirían hacia Alejandría. Siempre añadía que, de todas formas, Bleckseth y sus hombres podrían ser viles, pero que eran suficientemente eficaces como para organizar y gestionar. Además, Nakazagawa se había ofrecido para dirigir el MIAST de Alejandría y Eko, McPeace y Romanov también habían sido seleccionados para ser los Drachen, Michel y Leo del nuevo planeta.

El MIAST era el encargado de mantener la flora de Alejandría mientras no hubiera animales. Ese detalle y otros fueron resueltos con el tiempo. En un primer momento, Alejandría no tendría animales, salvo que fueran mascotas de alguno de los habitantes. Habían planeado que, una vez la población estuviera instalada, llevarían parte de los animales de la tierra hacia allá. “Un mundo sin el sonido de los pájaros no es un mundo en el que quiera vivir”, solía decir Michel. Leo, por su parte, aconsejaba a la FIFA, NBA, NFL, MLB y COI sobre cómo gestionar los campeonatos y series mundiales ahora que habría dos mundos. “¡Un mundial en cada planeta, de tal forma que haya un mundial cada dos años. Lo mismo para los Olímpicos!”, pensaba Leo con emoción.

Pero el proyecto Alejandría no era lo único que pasaba por la mente de los principales integrantes del MIAST. Desde el punto de vista laboral, Ale pasaba la mitad de su tiempo entre Manhattan y Londres, reuniéndose para hablar sobre proyectos relacionados con el planeta Alejandría. Con bastante frecuencia, la prensa lo reportaba en otra Alejandría, la de

Egipto, junto al doctor Nakazagawa y Eko. Al ser preguntado sobre por qué pasaba tanto tiempo allí, Ale contestaba que trabajaba en unos cuantos proyectos secretos.

Drachen había recibido la noticia de que sería padre poco después de la conferencia de Viena. Su hija, Rebecca Drachen, había nacido en febrero. Michel había sido nombrado su padrino. Cada vez más, Michel viajaba por el mundo verificando que los ascensores espaciales estuvieran listos. Leo había vuelto a tomar labores científicas para darle una mano a Michel, quien no podía encargarse de tantos proyectos en tantos lados. Sin embargo, no había abandonado su labor como portavoz del MIAST. Para compensar tanto trabajo, convenció a Kate de que lo acompañara en cada uno de sus viajes alrededor del mundo. La eficacia científica y tecnológica era tal que las visitas se convirtieron solo en una excusa para viajar para Kate y Leo. Michel también aprovechaba para hacer amigos y para conocer nuevos platos. John se preparaba para las elecciones de 2012, las cuales ganaría con casi toda seguridad.

En octubre de 2011, Ale se despertó con la noticia de que había logrado algo sin precedentes: ganó, junto con John, el Premio Nobel de Paz por sus labores para mejorar la vida de las personas, el Nobel de química por la creación del Polaris (así nadie salvo él supiera cómo funcionaba), el de física, junto a Stana, por su trabajo en los motores CERN que generaban la totalidad de la energía para la humanidad y el de medicina, junto a Drachen y Michel, por su trabajo en nanotecnología, pues había permitido combatir la mayoría de enfermedades. Además, ganó el de economía por haber creado un sistema económico totalmente nuevo, un sistema sin trabajo ni dinero. Solo le faltó el de literatura, pero, a modo de chiste, dijo que planeaba escribir un libro próximamente.

En la gala del Nobel de Paz en Oslo, Ale finalmente anunció la fecha oficial de la creación de Alejandría:

—El 24 de diciembre de 2012 la humanidad celebrará la navidad en dos planetas distintos: las naves saldrán el 27 de octubre, con los propulsores CERN especiales que el MIAST ha diseñado no se necesitarán más de dos meses para viajar entre los dos planetas.

Las preparaciones finales comenzaron desde ese día. El año nuevo entre 2011 y 2012 fue festejado con locura, sería la última vez que muchos festejarían en la Tierra la llegada de un nuevo año. Fueron meses agridulces. Por un lado, la emoción crecía cada día que se acercaba el despegue de los cohetes, por otro, había muchas despedidas, amigos que partirían a otro planeta, otros que se quedarían pero migrarían a otros lugares del mundo. La tierra cambiaría también. Un largo proceso de remodelación urbana iba a transcurrir una vez la tierra fuera dos mil millones de personas más ligera: apartamentos serían demolidos o ampliados para que no solo en Alejandría disfrutaran casas grandes. Como el MIAST se

ocuparía de todo aquello, la victoria de John estaba en el bolsillo. Poder continuar proyectos estaba garantizado. La mayoría de miembros del MIAST se quedarían en la Tierra, aunque muchos tendrían que reubicarse para reemplazar a los que partirían.

A finales de agosto, el MIAST tuvo su última gran reunión. Por primera y, de pronto, última vez, Ale, John, Drachen, Michel, Leo, Stana, Nakazagawa, Eko, McPeace y Romanov estaban todos juntos en la Sala de Conferencias del Edificio Breuer. Recapitaron el plan de acción de los meses siguientes, Ale anunció que unos miembros más del equipo tendrían que partir a Alejandría: Stana había pedido partir en la nave que saldría desde el ascensor espacial en Albany; argumentó que ella había sido la que había originado todo el proyecto y que le gustaría estar ahí para ver el fruto de su largo trabajo.

Ale anunció que él también partiría. Antes de que cualquiera pudiera decirle algo, añadió que no partiría inmediatamente:

—Me quedaré aquí un año para asegurarme de que todo esté bien. Luego creo que es justo que vaya a Alejandría y garantizar que Bleckseth cumpla todas sus promesas.

La noticia fue bien recibida, el hecho de que Ale se quedara un año más era suficiente motivo para festejar.

Michel añadió:

—He tomado cruceros de más de dos meses, así que ten por seguro que no tendré problema en ir a visitarte.

Al final de la reunión, Romanov, quien sería el portavoz del MIAST en Alejandría, los invitó a todos, con sus respectivas parejas, a su lujosa mansión a las afueras de Nueva York. Había preparado una cena tradicional rusa.

Michel explicaba a las esposas de McPeace y Nakazagawa las diferencias entre el *borsch* ruso y el *borsch* ucraniano y les contaba anécdotas sobre Moscú y San Petersburgo. Drachen y Stana practicaban el ruso que sabían con la novia de Romanov, Audrey tocaba “Ochi Chernye” en su violín y Leo la cantaba en italiano, para la felicidad de Kate. En un rincón, Ale hablaba con Eko y Nakazagawa mientras escribía cálculos en una hoja. Christine y la esposa de Eko veían la increíble colección de literatura rusa que poseía la familia Romanov.

John hablaba con McPeace y Romanov:

—Tienen que tener cuidado con Bleckseth, siempre está tramando algo.

McPeace tranquilizaba al Presidente:

—No creo que sea peor que con los que me ha tocado estos años.

A McPeace le habían sido designados la Península Arábiga y Golfo Pérsico, una de las zonas donde los proyectos del MIAST tuvieron más dificultad en adoptarse, pero el escocés lo había logrado con arduo trabajo y buenas técnicas de negociación. Años antes, John se sorprendió cuando se enteró de la decisión de Ale de escoger a Stana en vez de a McPeace, ya que lo consideraba el mejor. El tiempo, sin embargo, le había dado la razón a Ale.

Romanov también tranquilizó a John:

—A mí también me han tocado unos cuantos personajes estos años en los Balcanes y en Rusia.

Romanov, jefe del MIAST en los países ex soviéticos y de la ex Yugoslavia, había convertido el MIAST de los Balcanes en uno de los más eficaces y dinámicos. Sumado a ello, su influencia en Rusia facilitó increíblemente el trabajo del MIAST.

La tarde transcurrió y poco a poco. Los invitados fueron partiendo, los científicos se despidieron de los colegas que partirían a diferentes lados del mundo a supervisar los últimos detalles para el gran día.

En un abrir y cerrar de ojos, la fecha había llegado. Dos mil quinientos millones de personas se preparaban para decirle adiós a su planeta de origen con el fin de emprender la conquista del espacio. Un millón de naves -cruceros espaciales que podían contener miles de personas- estaban listos alrededor del mundo. Habitaciones no muy grandes, cine a bordo... no había restaurante, pero cada viajero tenía un Polaris capaz de duplicar cualquier cosa. A cada persona se le permitía llevar un morral con objetos de valor personal, lo demás vendría gracias a los Polaris.

En Albany, Ale se despedía de Stana y de toda su familia. Su familia había decidido viajar a Alejandría al enterarse de que Ale viviría allá en el futuro. Su papá estaba emocionado de hacer parte de una migración hacia un nuevo destino tal como la que había hecho su abuelo unas generaciones cuando emigró de Portugal a Brasil, su mamá, quien había viajado a cada rincón del mundo, amaba la posibilidad de tener todo un nuevo planeta por descubrir. Sus primos, sus tíos, sus abuelos, también decidieron partir. Ale les había conseguido lugares verdaderamente increíbles para vivir en todos los rincones de la futura Alejandría. Tratando de contener las lágrimas, Ale se despidió de todos ellos. Desde el día que había dado la rueda de prensa acompañado por su primo, se las había arreglado para hablar con sus papás sin importar en qué parte del mundo estuviera.

—No llores, Alejito, el tiempo pasa volando; solo es 1 año, vas a ver lo lindo que vamos a tener el apartamento en la nueva Brasilia —le decía su mamá para reconfortarlo.

Stana se acercó. Nunca lo había visto llorar. Le secó las lágrimas con la manga del saco:

—No querrás que las cámaras te cojan con los ojos negros.

Ale rio, le dio un beso de despedida, le susurró algo al oído que la hizo llorar y sonreír a la vez.

De nuevo le dio un abrazo de despedida a cada uno de sus familiares y finalmente dio media vuelta y volvió al auto que lo había transportado hacia allí.

Las mismas imágenes se repetían alrededor del mundo: llantos de los que veían familiares y amigos partir, nervios por el salto a lo desconocido, emoción de hacer parte de algo tan grande. Nakazagawa salía en una de las naves de Tokio, Eko de una de las de Lagos, McPeace y Romanov salían de una de las de Londres -la misma en que viajaban Bleckseth y Cross. Desde el Edificio Breuer, Michel dio la orden. Los ascensores espaciales comenzaron a operar. Simultáneamente, un millón de naves de todos los rincones del mundo se alzaban hacia el espacio. La tierra mandaba un tercio de su población hacia un planeta que todavía no existía. Desde una cámara en la estación espacial se veía la impresionante imagen de todas esas naves color blanco en medio de la oscuridad del universo. Sorprendentemente, tal imagen sería nada comparada con el espectáculo que ocurriría menos de dos meses después.

El MIAST comenzó su proyecto de planeación urbana al día siguiente. El ambiente era raro, las calles de las grandes ciudades eran más silenciosas, los atascos eran menos. La primera semana fue bastante chocante para los habitantes de la Tierra. Hubo uno que otro altercado de gente tratando de entrar a apartamentos vacíos, pero fueron controlados fácilmente por los organismos de seguridad. El tiempo fue pasando, personas fueron reacomodadas, la rutina fue volviendo, las fiestas, los eventos. En las naves, la gente disfrutaba. Practicamente, eran vacaciones de dos meses al borde de naves que tenían todo para entretener a sus ocupantes. También para ellos el tiempo pasó rápido.

Finalmente, llegó el día. 24 de diciembre de 2012. Desde el millón de aparatos espaciales se veía el gran planeta rojo. A las 7am, hora de Nueva York, comenzó la operación final. El MIAST de Zagreb había diseñado aparatos de comunicación especiales para tener comunicación instantánea entre las naves y la Tierra. Ale estaba en su oficina con un tablero de control para manejar uno de los Polaris especiales que había diseñado: se encargaría de manejar el Polaris que iba en una de las naves que había salido de su Buenos Aires natal. Michel, Leo y Drachen estaban en Bogotá. El primer paso de la operación era apuntar uno de los Polaris hacía la Tierra con el fin de duplicarla y, para ese objetivo, habían instalado tres Polaris en un ascensor espacial situado a las afueras de la capital colombiana. Michel, Leo y Drachen los operarían. El lugar había sido escogido por su cercanía al ecuador, de tal

forma que la presión atmosférica fuera menor. Además, Michel quería visitar un nuevo restaurante de comida típica que había hecho uno de sus amigos. Subieron a la cabina ubicada en el ascensor, Michel la selló para garantizar que no hubiera ningún tipo de despresurización. La cabina comenzó a subir. Michel había diseñado esas máquinas y las había utilizado, pero siempre en un cohete o nave. Esta vez, solo una pequeña pared y unos vidrios lo separaban de la inmensidad de la Tierra. Drachen prefirió cerrar los ojos mientras el ascensor espacial subía hacia el espacio. Leo y Michel no podían cerrarlos: veían cómo el paisaje de la sabana de Bogotá era reemplazado por nubes blancas, luego se podían observar las montañas, los ríos.

—¡Drachen, tienes que ver esto! ¡Estamos tocando las puertas del cielo! —dijo Leo.

Drachen tomó valor y se acercó a la ventana que habían instalado.

Llegaron a la altura necesaria, le avisaron a Ale que comenzarían la operación. Ale dio el visto bueno. Un Polaris había sido diseñado para duplicar la Tierra nada más, nada que hubiera sido fabricado por el hombre. Los otros dos habían sido programados para duplicar la infraestructura de las ciudades, al igual que carreteras, puentes, presas y demás. Michel comenzó a apretar los botones, una luz azul índigo cubrió el planeta por unos segundos. Le siguieron Leo y Drachen, esta vez fueron luces color verde esmeralda las que cubrieron la Tierra.

—Vaya que me gustaría saber cómo funciona esta máquina —dijo Leo.

—Una vez rompí una para ver si lograba descubrir el secreto, pero apenas la logré abrir. Lo que estaba en el interior se hizo polvo —dijo Michel decepcionado.

La voz de Ale se oyó desde el intercomunicador:

—Listo. Todo salió como planeado, disfruten la bajada.

—Genial, Ale, nos vemos mañana —dijo Drachen antes de cortar comunicaciones.

—¡No puedo creer que siga sin decirnos cómo demonios funciona esta máquina! ¡Acabamos de copiar un planeta, un planeta entero! —dijo Leo desesperado.

Michel y Drachen se miraron. Estaban sorprendidos, nunca Leo había dicho algo malo de Ale.

Leo siguió:

—¡Es absurdo! ¡Estamos en una cabina sujeta a nanobots, acabamos de duplicar la Tierra para que reemplace otro planeta a millones de kilómetros de acá y que billones de personas puedan vivir en apartamentos más grandes y no tenemos ni la más mínima idea de cómo funciona el cubo rubik que nos permitió hacer todo eso!

Michel puso la mano sobre el hombro de su amigo:

—*Mec, c'est la vie.*

Leo suspiró:

—Yo sé, yo sé. Solo me gustaría saber.

Disfrutemos la vista, amigos —dijo Drachen mientras veían los rayos del sol chocar contra las nubes.

—Ok. Greg, Sacha, Akito, Eko, Stana, es nuestro turno ahora —dijo Ale.

Ale operaría el Polaris que destruiría Marte, Stana operaría el que haría aparecer la copia de la Tierra que venía de duplicar Michel. Ale y Stana comenzaron a apretar los botones correspondientes en los Polaris que Ale había diseñado para que, una vez completadas las instrucciones, entraran en funcionamiento al mismo tiempo para garantizar que no hubiera ningún desequilibrio gravitacional. Ale terminó. A los pocos segundos, Stana, a millones de kilómetros de él, también terminaba su parte. Unos segundos pasaron, un rayo rojo salió de una nave. Al mismo tiempo, un rayo color índigo salió de la de Stana. Las luces taparon la vista de Marte por unos segundos. Cuando el color morado se disipó, Marte ya no estaba ahí. En su lugar había un planeta idéntico a la Tierra, pero en versión pequeña.

Alejandría era una realidad. Nakazagawa mandó sondas especiales que habían diseñado para comprobar que los niveles de oxígeno, al igual que la atmósfera, fuera adecuado.

¡Todo igual a la tierra! —exclamó.

Ale sonrió antes de añadir:

—Greg, Sacha, Eko, hagan lo suyo.

McPeace, Eko y Romanov comenzaron a operar sus Polaris, que Ale había programado para duplicar solo una parte de lo que habían duplicado Drachen y Leo. Además, la duplicación de los edificios sería tal como la habían planeado los diferentes urbanistas. Eko, McPeace y Romanov dieron la orden a las diferentes máquinas. Cientos de miles de rayos salieron de los polaris en frente de cada nave espacial, rayos de todo tipo de colores salían disparados hacia la superficie de Alejandría. Durante unos minutos, la humanidad presenció, desde sus pantallas de televisión, celular e internet -los que estaban en las naves espaciales, desde las ventanas-, el show de luces más impresionantes de la historia. Los diferentes colores de las máquinas se mezclaban los unos con los otros creando aún más colores. Los rayos pararon. Ale dio el visto bueno. Las naves empezaron a acercarse a satélites recién aparecidos conectados a la Tierra por largos cables de nanobots.

Horas más tarde, las últimas naves aterrizaban en Alejandría. Carros que se manejan solos llevaban a la gente a sus nuevos hogares. A media noche, hora de Alejandría, dos billones y medio de personas de todas las nacionalidades, de todas las religiones, festejaban la navidad desde sus nuevas casas, desde un nuevo planeta.

VIII

Coup

—Se siente raro, ¿verdad? —dijo Michel.

—Bastante —respondió Drachen.

Ambos observaban la puerta de la oficina de Ale mientras Leo reemplazaba la placa sobre la puerta.

—¿Quién, en su sano juicio, escoge un italiano para dirigir el organismo más grande del mundo? —repetía Michel en tono incrédulo.

—El mismo loco que se gana cinco Nobel en un año —oyó decir a sus espaldas.

Ale estaba ahí, había venido a despedirse.

El día había llegado, esa noche Ale se embarcaba a Alejandría. Había escogido partir el 6 de junio, el aniversario número 69 del desembarco de los aliados en las costas de Normandía, uno de los eventos históricos que más admiraba. “En esas cuántas horas se decidió la guerra y el futuro de la humanidad, el bien contra el mal, el elemento sorpresa”, le había dicho con entusiasmo a sus amigos una noche en Tokio que, con jet lag, se habían puesto a discutir sobre cuál era el evento más importante de la historia.

Ese día, Drachen había escogido el día que Gutenberg tuvo la idea de la impresora, Michel se quedó con el inicio de la Revolución Francesa, Leo con el día que los griegos vencieron finalmente a los persas:

—La democracia ganándole a la tiranía, la libertad guiando el camino de nuestra civilización —dijo.

Michel, como siempre, no estaba de acuerdo:

—No estoy de acuerdo —dijo. La historia ha demonizado a los persas. Es cierto que eran un imperio, pero en su imperio no había esclavitud, había libertad de religiones, había una cierta prosperidad social... los griegos... cierto, había democracia, pero solo para los hombres libres, no para las mujeres ni para todos los esclavos.

—No puedes escoger la Revolución Francesa y luego decir que el Imperio Persa era una utopía —respondió Leo.

—Aquí vamos otra vez —dijo Drachen.

—El imperio persa no era una utopía, pero en esa época yo hubiera preferido vivir ahí, en un pueblo más justo e igualitario e incluso con más fraternidad que Grecia. Ellos, años después de ganarle a Persia, comenzaron a hacerse la guerra entre sí —resaltó Michel.

—Es ilógico que escojas igualdad y fraternidad sobre libertad, es la libertad lo que es primordial —dijo Leo con rabia.

Michel preguntó:

—¿La libertad de destruirse a sí mismos, como pasó en Atenas cuando su pueblo votó a favor de ejecutar a todos sus generales por no haber enterrado a sus muertos luego de una batalla naval? ¿La libertad de autocondenarnos a la extinción cuando por décadas decidimos no hacer nada frente al cambio climático, por ejemplo?

—Así es —dijo Leo—. La libertad conlleva eso: que somos dueños de nuestro destino, para bien o para mal. Es eso lo que nos lleva a ser mejores, la libertad, saber que podemos ser lo que queramos, cuando queramos, que todo es posible... es la libertad la que nos lleva al progreso. La libertad puede condenarnos, pero, a la vez, salvarnos... ¿no son tus nanobots los que ahora mismo limpian nuestro aire? El espíritu humano reside en la libertad y es por eso que, al final, siempre nos las arreglamos para salvarnos.

—Una apuesta muy arriesgada para mi gusto —dijo Michel.

—¿Cuál creen que es el peor? —preguntó Ale.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Drachen segundos antes de que Leo y Michel comenzaran otra larga discusión sobre si el título se lo llevaba la peste negra o el comunismo.

Ale recordaba esas anécdotas con sus amigos mientras se despedía calurosamente de cada uno. Las cosas en Alejandría habían salido realmente bien, Bleckseth no había incumplido absolutamente nada e incluso, sorprendentemente, había cedido su poder -casi absoluto- a la “ONU de Alejandría”. La gente se había adaptado bastante bien y bastante rápido a su nuevo planeta, que, para ser justos, era casi idéntico al que habían dejado. Los habitantes de la Tierra también disfrutaban de la calma que la migración había causado. El MIAST, tanto en la Tierra como en Alejandría, continuaba llevando a cabo sus labores a paso frenético. En Alejandría, el proceso de hacer la tierra fértil de manera duradera había llegado a su fin; en la Tierra, Ale había liderado la construcción de una base en la luna. Todo eso llevó a Ale a adelantar su viaje con el fin de reencontrarse con su familia y, sobre todo, con Stana. Ale decidió ceder a Leo su cargo de jefe del MIAST en la Tierra mientras John terminaba su segundo mandato presidencial.

—¿Qué va a pasar con tu apartamento y tu adorable mayordomo? —preguntó Michel con la esperanza de que Ale le cediera su lujoso apartamento.

—Ernest lo cuidará mientras no esté, así tendré siempre un lugar para cuando venga de visita —respondió.

—Bueno. Supongo que llegó la hora, espero verlos pronto —dijo Ale mientras contenía las lágrimas.

Sus amigos dijeron sus palabras de despedida.

Leo le dio un abrazo:

—Espero que sigas con la costumbre de escribirme los días que juega el Milan, más ahora que hay un equipo en cada planeta.

Drachen le regaló una copia de “Cien años de soledad”, su libro favorito:

—Tengo entendido que no lo has leído, amigo. Te cambiará la vida.

John rio:

—Yo soy un poco más moderno —dijo mientras le entregaba a Ale una edición especial de la película “Casablanca” —. Siempre tendremos la Tierra para los dos.

Por último, Michel se le acercó, lo miró a los ojos y solo dijo:

—*Bonne chance, mon ami.*

Ale sonrió. Tenía un nudo en la garganta. Asintió mientras se daba la vuelta hacia el coche, despidiéndose así del lugar que fuera su hogar por más de seis años.

En Albany lo esperaban reporteros y cámaras de todo el mundo, querían ver cómo el joven que lo había cambiado todo partía al planeta que llevaba su nombre. Julio, su primo, lo había convencido, desde Alejandría, de que un grupo de Mondo viajara con él con el fin de entrevistarlos cotidianamente durante los tres meses que les tomaría llegar a su destino final. Al enterarse, las cadenas de información más importantes habían decidido mandar corresponsales entre los casi 3000 pasajeros que viajarían ese día. Ale llegó, respondió unas cuantas preguntas de la prensa y subió a la nave. Horas después, el ascensor espacial subía la nave hacia el espacio exterior, dando así comienzo al largo viaje.

Ale, al igual que el resto de pasajeros, había tenido derecho a llevar solo un morral. En él llevaba cosas de valor sentimental: su juguete favorito de niño, los regalos que le habían dado sus amigos, un almanaque mundial, su laptop, una playera de Milan autografiada por Kaká, su jugador favorito, y el Polaris original, ese que había cambiado su vida. El primer día pasó rápido. Se levantó tarde por primera vez en mucho tiempo, fue a la piscina un rato, hizo sus entrevistas, conversó con otros viajeros, fue al cine de la nave, desayunó, almorzó y comió como rey. “Van a ser tres meses relajantes”, le escribió a amigos y familiares. El segundo día fue despertado por un mensaje de Michel, la foto de una broma que le había hecho a Leo: había llenado de papel higiénico su oficina. A parte de ese detalle, repitió la misma rutina del día anterior. Por la noche se aseguró de poner su celular en silencio. El tercer día Ale se despertó casi al medio día. Tenía 150 mensajes nuevos. Lo primero que pensó fue que había hecho bien poniéndolo en silencio, pero al comenzar a leerlos se dio cuenta de que había sido un error.

Stana, desesperada, le había escrito: “están forzando mi puerta, no sé qué pasa”, un mensaje de John decía “Han detenido a Nakazagawa y Eko”, “Prende la televisión”, decía uno de Leo. En ese momento, la puerta de su cuarto se abrió. Ale no lo podía creer:

—¿¿Diana Turner?!¿¿Qué estás haciendo acá?!

—Parece que esta vez soy yo la que te sorprende, señor Araújo... Ahora estamos a mano por lo de Rio, por favor, sígueme —respondió la agente.

Ale se cambió la pijama por algo más presentable y fue escoltado por la agente Turner hasta el piso principal de la nave. Todos los pasajeros lo miraban sorprendidos. Ale seguía sin tener idea de qué estaba pasando, no había podido leer los mensajes en detalle. Llegaron a una especie de sala, la agente Turner le hizo señas de que se sentara, prendió la televisión gigante que se encontraba ahí y puso el primer canal de noticias que encontró. Mientras tanto, las cámaras de los distintos medios comenzaban a acercarse a la sala.

“Noticia de última hora”, se leía en la pantalla. La ONU de Alejandría había organizado una asamblea extraordinaria de seguridad. Ale no podía creer lo que oía: Greg McPeace había declarado que el doctor Nakazagawa estaba preparando, junto a Ale y Stana, un plan para tomar el control de Alejandría. “Los documentos que encontré muestran que, en caso de que Ale no recibiera el control total, planeaban cambiar la configuración de los Polaris para que no pudieran más duplicar comida... planeaban tomar el control amenazándonos con una hambruna”, decía McPeace ante la ONU de Alejandría.

—¡Es falso!!, gritaba Ale desde su asiento.

La ONU había emitido una orden de arresto preventiva contra Nakazagawa y Stana.

Según las reglas del MIAST, el título de jefe de la institución en Alejandría recaía ahora en el portavoz de la institución, o sea, Sacha Romanov. Segundos después de ser ascendido, Romanov tomó la decisión de ceder, temporalmente, como señal de buena fe, las labores y jurisdicciones del MIAST a la ONU. Pero las cosas no acaban ahí. En la Asamblea Extraordinaria, Charles Bleckseth había dicho: “Todo hombre es inocente hasta que se demuestre lo contrario, pero es evidente que el futuro de nuestra especie y de este planeta no puede depender de una sola persona. Urjo a la ONU que emita una resolución inmediata para que el uso y funcionamiento del Polaris, al menos en este planeta, sea universal y no un secreto”. La ONU acató tal propuesta casi de manera inmediata. En los tratos que Ale había hecho con Bleckseth en Viena habían quedado en que, mientras la decisión de quién viajaba en las naves recaería sobre Bleckseth, la responsabilidad de transportarlos, al igual que la jurisdicción de las naves, sería del MIAST de Alejandría. La decisión de Romanov cambiaba ese acuerdo.

Todas las cámaras apuntaban a Ale. Diana Turner apagó la televisión.

—¿Entiendes lo que está pasando? —preguntó.

—Sí —respondió Ale a regañadientes.

La agente Turner retomó:

—Señor Araújo: por las leyes de Alejandría, le ordeno que explique ahora mismo cómo funcionan sus Polaris y que se entregue voluntariamente mientras es juzgado por las acusaciones que le fueron efectuadas. De no hacerlo, tengo órdenes de esposarlo a la fuerza.

Ale volteó la cabeza. No solo había periodistas, también Cascos Azules comenzaban a aparecer de todos lados. Reconocía gente con la que había hablado el día anterior, ahora

toda era claro: desde el comienzo, era una trampa. Uno de los Cascos Azules se acercó, puso el Polaris que Ale traía enfrente de él. La agente Turner retomó la palabra:

—Sabemos que este Polaris controla todos los demás. Dinos ya mismo cómo funciona.

—Nunca —dijo Ale.

La agente Turner dio una señal con la cabeza.

Los Cascos Azules se acercaron a Ale:

—Tiene derecho a permanecer callado, todo lo que diga puede y será usado en su contra. Tiene derecho a un abogado; si no tiene un abogado, se le asignará uno —recitaban al unísono los cascos azules mientras lo esposaban ante los ojos de billones de personas que veían por televisión.

En el Edificio Breuer, Michel, Leo y Drachen observaban incrédulos.

—Sabía que esto pasaría con Leo a cargo —dijo Michel.

—¡Michel, ahora no! —gritó Drachen.

—¡Romanov no contesta, lo he llamado un millón de veces! ¡¿ Qué está pasando?! —decía Leo enloquecido.

—¡Oh, no! —dijo Drachen.

—¡¿Qué pasó ahora?! —preguntó Leo.

Drachen apuntó a la televisión.

Un reportero anunciaba: “Hemos recibido noticias de que se han oído disparos dentro de la Casa Blanca. Podemos confirmar que el Presidente Fox es rehén de algunos hombres del Servicio Secreto que se han revelado.

—*Merde, c'est un Coup d'Etat* —dijo Michel.

—Parece que somos los siguientes —dijo Leo—. Vean, gente armada está rodeando el edificio.

Drachen se quedó mirando a Michel:

—¿Acaso pasó el temblor? —le dijo con preocupación.

Leo activó el modo de emergencia de su nueva oficina. Placas de metal cayeron sobre las ventanas y puertas. El lugar se había convertido en un salón de pánico.

—Tenemos un Polaris, podemos quedarnos acá todo el tiempo que sea necesario —dijo Drachen.

Leo se sentó en el piso y comenzó a repetir una y otra vez:

—¿Cómo llegamos a esto?

El plan de Bleckseth había comenzado antes, el segundo año después de salir humillado de la Casa Blanca. En medio de la nieve, había entrado a su Rolls Royce: “Hadrian, necesito los historiales de todos los miembros importantes del MIAST.”. Durante las siguientes semanas, Cross logró recuperar la información a través de contactos informáticos fieles a Bleckseth. Bleckseth leyó detenidamente cada uno de los historiales, se aprendió de

memoria el más mínimo detalle. Finalmente, luego de días encerrado en una de sus casas, volvió a llamar a Cross: “Quiero una reunión secreta con Greg McPeace y con Sacha Romanov”.

No fue fácil, pero Cross se las arregló para lograrlo. En mitad de una noche fría, en pleno invierno, McPeace y Bleckseth se encontraban en Hagia Sofía:

—Eres responsable de la paz en Medio Oriente y deciden pagarte dándole el puesto a una chica bonita. Eso pasa cuando el que manda en el mundo es un veinteañero caprichoso que sabe que puede hacer lo que quiera. Conmigo tendrás el puesto que mereces.

Esas palabras de Bleckseth bastaron para convencer a McPeace de trabajar secretamente para él.

Semanas más tarde, Sacha Romanov almorzaba solo en el Café Pushkin de Moscú. De la nada, el restaurante se vació y entró Charles Bleckseth. Convencerlo tampoco fue tan difícil; Romanov, al igual que Bleckseth, venía de una familia de poder. Bleckseth le prometió eso y más de lo que jamás alcanzaría con el MIAST.

Luego de saber que contaba con los dos, esperó paciente a que el MIAST cometiera algún error. El día del anuncio de lo que sería el Plan Alejandría, hizo lo que hizo, llevó a Ale a la mesa de negociación y consiguió lo que quiso. Tendría el poder de Alejandría. Planeaba eliminar a Eko y Nakazagawa, hacerlo parecer un accidente y dándole así el poder del MIAST a sus dos cómplices -dándose poder absoluto sobre Alejandría. Pero entonces le informaron sobre Stana y sobre Ale, que llegaría con el tiempo. Comenzó a planear algo nuevo. Incrustar gente en el Servicio Secreto fue fácil (como si jamás lo hubiera hecho antes...). Lo que tenía era mercenarios y contactos. Organizó un complot, hacer pensar al MIAST que no tramaba nada. Contactó a su vieja amiga, Diana Turner, para que viajara en la misma nave que Ale y creó la ONU de Alejandría con gente que le debía favores. Pondría a la gente en contra de Ale a la gente, lo suficiente para que no protestaran cuando lo arrestaran: ¿Qué mejor que hacerlos pensar que estaba dispuesto a matarlos de hambre con tal de tener el poder?. Obligaría a Ale a romper la ley haciendo una ley que Ale jamás acataría. No lo podía matar porque los Polaris dejarían de funcionar, pero podía mantenerlo en prisión de por vida, lejos de su Polaris principal. Romanov le informó que de ahí se hacían todos los cambios y que solo Ale los podía hacer. En un momento pensó en torturarlo para hacerlo controlar el Polaris como él quisiera, pero pensó que Ale podría destruirlo. Mejor que nunca más lo tuviera en sus manos.

Sentado en la sala de su apartamento de la Nueva York de Alejandría, reunido con Cross y otros de sus socios, Bleckseth se regodeaba. Acababa de recibir la noticia de que el MIAST había sido tomado, de que los tres jefes estaban blindados en una oficina y no pensaban salir en el futuro cercano y de que John estaba preso por sus hombres, quienes planeaba

asesinarlo. Luego haría que mataran a los hombres que lo habían capturado. Culparía a Ale de eso también. Tenía al Vicepresidente en el bolsillo. Todo volvería a la normalidad: la Tierra, al igual que Alejandría, serían suyas. Carcajeaba viendo la televisión, viendo encadenado a ese joven que tanto despreciaba. El reportero anunciaba: “Alexandre Araújo será juzgado al segundo que pise Alejandría”. Bleckseth estaba en estado de gracia. No duraría le mucho.

—Charles, algo está pasando con la tele —dijo Cross. La televisión comenzó a tener corto circuito. La pantalla se dividió en dos: en un lado, la transmisión de Ale encadenado; en la otra, una voz familiar comenzaba a hablar. Bleckseth dejó caer el vaso de whiskey que tenía en la mano. Su teléfono comenzó a timbrar.

En el Edificio Breuer la señal de televisión comenzaba a entrecortarse. De pronto, comenzaron a oírse disparos de un lado y del otro:

—No se preocupen —dijo Leo—. Solo pueden entrar acá con un código que solo tenemos Ale y yo.

Los balazos siguieron durante unos segundos. Ese ruido fue reemplazado por sonidos de teclas. Las placas de metal comenzaron a subir, Leo, Drachen y Michel se quedaron petrificados. Finalmente, la oficina volvió a la normalidad. Leo se acercó a la puerta, había soldados muertos por doquier. Frente a él había tres figuras, cada una de dos metros de altura y cubierta de lo que parecía ser platino. Su cara era una máscara de metal oscuro, llevaban AK-47 en las manos y, en el dorsal de sus brazos, sables.

“Robots”, pensó Leo.

—¡¡Michel, Drachen vengan a ver esto!! —gritó Leo mientras los tres robots se quedaban inmóviles frente a él.

—Creo que eres tú el que debe venir, Leo —dijo Drachen.

Leo dio media vuelta, se acercó al televisor:

—¿Ale? —dijo con escepticismo.

Bleckseth estaba en shock. Contestó su teléfono de forma automática.

“Señor, nos atacan. Les disparamos, pero las balas rebotan. Han recuperado a Fox, han matado a casi todos, solo quedo yo, no sé cuánto tiempo más...” -la señal se cortó.

A Bleckseth no le importó para nada lo que acababa de oír. Le preocupaba más lo que veía en televisión: en media pantalla, Ale esposado; en la otra, Ale libre con un Polaris en la mano desde lo que parecía ser su apartamento en Nueva York.

“El presidente Fox acaba de ser liberado, los perpetradores, al igual que otros grupos armados alrededor del mundo, están siendo neutralizados mientras hablo”, dijo el Ale de la pantalla izquierda.

“¿Cómo?”, pensó Bleckseth.

El Ale de Nueva York volvió a hablar:

“Charles Bleckseth, me dirijo a ti. Tienes 10 minutos para dar la orden de volver a la Tierra a la nave que lleva a Ale. Hazlo o atente a las consecuencias”.

—¿Qué está pasando?! —le gritaba Diana Turner a Ale, quien permanecía callado.

El teléfono de Turner sonó.

“No sé, señor, no quiere hablar. Listo, no hay problema”.

La agente colgó su teléfono.

—¡Seguimos hacia Alejandría, todo como planeado! —gritó.

Mientras tanto, en Nueva York, los tres científicos a cargo del MIAST estaban igual de perplejos.

—Se duplicó a él mismo, es lo único lógico —dijo Drachen.

—Pero el alma no se puede duplicar —dijo Michel.

—Por favor, Michel, después de lo que ha pasado hoy, creo que es justo decir que no sabemos nada —dijo Drachen.

—Está en su apartamento. Vamos a averiguar —dijo Leo.

Sus dos amigos concordaron.

En ese momento sonó el teléfono de Drachen: era John, estaba sano y salvo:

“Unos robots con sables me rescataron pero no me dejan salir de donde estoy”, dijo.

Leo caminaba hacia las escaleras. Uno de los robots se puso frente a él y comenzó a hablar con voz gruesa:

—Tenemos órdenes de no dejarlos salir del edificio, por favor vuelva a su oficina.

Leo indagó sobre qué estaba pasando, pero se quedaron callados. Volvió con sus compañeros a la oficina y se puso a observar detenidamente la doble pantalla, comparando el Ale preso y esposado mirando directamente a la cámara con el Ale sentado en su sillón tomando jugo de manzana...

—¡Un momento! —exclamó.

—¿Qué?! —exclamaron al unísono sus dos colegas.

—Sus ojos —dijo Leo.

—No es momento para sus tontos juegos, Leo —dijo Drachen.

—No, no, tiene razón. Mira, el que está apesado tiene los ojos un poquitín más claros que el otro —dijo Michel.

—Puede ser solo una cosa de resolución —dijo Drachen.

Leo iba a decir algo, pero en ese momento el Ale de Nueva York comenzó a hablar:

“Veo que la Nave sigue su rumbo. Lamento mucho lo que va a pasar. Quiero que todos sepan que la responsabilidad recae en Charles Bleckseth”.

Ale comenzó a apretar botones en su Polaris. Drachen, Michel, Leo y el planeta Tierra entero vieron cómo una luz roja parecía salir de la luna. Los ocupantes de la nave donde iba el otro Ale vieron la luz pasar a su lado. Bleckseth se asomó por la ventana minutos más tarde y vio el cielo cubrirse de rojo; cerró los ojos con miedo y, al abrirlos, nada había pasado. Bleckseth rio.

“Estaba blufando”, pensó.

Segundos después, la pantalla de Ale preso fue reemplazada por una noticia de última hora: “Un rayo rojo ha caído sobre Londres, todo ha desaparecido”, decía con angustia la voz del periodista.

Bleckseth se puso pálido, estaba sin palabras.

Ale volvió a hablar:

“Una ciudad cada diez minutos hasta que la nave se dé vuelta y Ale sea liberado”.

Bleckseth tomó su teléfono, llamó a Diana Turner:

“Hagan lo que él diga”.

Colgó su teléfono y sin decir nada se acostó en el sofá a ver el rostro de su adversario en un lado y las imágenes del río Támesis sin rastro de su ciudad, su casa, sus hijos, su esposa o sus familiares, en el otro.

“Muy bien”, dijo Ale.

Segundos después la señal de televisión volvería a la normalidad.

Robots con sables comenzaron a aparecer por las calles de las grandes ciudades de la Tierra. Se instauró un toque de queda de facto. Las calles estaban vacías, solo se podían ver esos robots. Debido a las espadas que colgaban de sus brazos, la gente comenzó a referirse a ellos como “Sables”. Durante tres días, Michel, Leo y Drachen estuvieron en el Edificio Breuer. En Alejandría, la vida continuó; no había ningún Sable en las calles, pero la gente caminaba con miedo. Bleckseth liberó a Stana, Nakazagawa y Eko.

Segundos después de ser liberado, Ale fue directo a su habitación y se comunicó con quien lo había hecho un hombre libre de nuevo. Al finalizar su llamada, destrozó su celular. El 12 de junio de 2013, por órdenes de Ale, la nave aterrizaba alrededor de las 11 de la noche en el ascensor espacial cerca de Ciudad del Cabo. Lo esperaba un grupo de Sables. Fue llevado con un grupo, los periodistas fueron escoltados por Sables hacia el aeropuerto para ser devueltos a sus lugares de origen y el resto de pasajeros fueron encarcelados temporalmente mientras se determinaba su nivel de complicidad en el plan de Bleckseth. Ninguno de ellos volvería a ser visto.

A las 9 y 17 AM del día siguiente, el Ale de Nueva York volvió a tomar control de las señales de televisión. Toda la humanidad, estuviera en la Tierra o en Alejandría, lo observaba:

“Durante seis años intenté por las buenas, traté de convertir nuestro planeta en una utopía, al igual que respetar las libertades de cada uno de ustedes. Hoy me doy cuenta de que mientras haya humanos, habrá codicia. Y mientras haya codicia, una utopía es imposible. De ahora en adelante vamos a hacer las cosas a las malas. Aprecio el hecho de que millones de personas, el día 9 de junio, hayan salido a protestar aquí en la Tierra por lo que pasaba en Alejandría, me hace pensar que los buenos se quedaron en este planeta. Es evidente que aquellos de Alejandría que, ante el mal, decidieron quedarse callados, son o cobardes o traidores. Ninguno de ellos merece ser parte de la nueva etapa que empieza ahora para nuestra especie. Un 99% de los habitantes de Alejandría fue escogido por Bleckseth y sus hombres. Quiero que la gente de la Tierra tome esto como una lección: en la República del Presidente Araújo o están 100% conmigo o consideraré que están en mi contra.”

El Presidente Araújo tomó su –infame desde ese momento- Polaris verde, apretó unos botones y, a los pocos segundos, los habitantes de la Tierra vieron dos rayos, uno rojo y otro verde, salir de la luna.

“Desde este momento, el orden público será garantizado por los Sables. Por favor, continúen con su vida”.

Dichas estas palabras, la señal de los televisores volvió a su programación habitual. Aquellos que tenían sintonizado el canal espacial veían, a los pocos minutos, cómo los dos rayos de diferentes colores chocaban contra Alejandría. Los que sintonizaban el canal de Alejandría oían los gritos de pánico y miedo de las personas que veían los rayos acercarse. Aquellos que en la calurosa y lluviosa noche del 13 de junio de 2013 sacaron sus telescopios, veían ponerse, en el lugar que por unos cuántos meses hubo un planeta llamado Alejandría, un viejo conocido: un planeta rojo llamado Marte.

Drachen, Leo y Michel miraban la televisión, los tres callados sin decir nada.

Michel quebró el silencio:

—Al final fue solo un *putsch*.

—No, Michel, tenías razón: fue un golpe de estado. Solo que no de quien pensábamos...
—respondió Leo.

Drachen estaba perdido en sus pensamientos, ni siquiera escuchó lo que acababan de decir sus compañeros. Volteó la cabeza hacia Michel y dijo:

—¿Acaso pasó el temblor?

—Creo que apenas comienza la verdadera sacudida —dijo el francés.

En ese mismo momento, en una cabaña en el Cabo de Buena Esperanza, rodeado por Sables, Ale lloraba desconsolado. La historia recordaría ese día como el más triste de la humanidad.

IX

Libertad

Nadie se opuso realmente a la toma de poder del Presidente Araújo. En los últimos años, la mayoría de militares del mundo habían vuelto al mundo civil y gran parte de los generales, coroneles y demás estrategias militares habían partido a ocupar algún puesto de poder en Alejandría. Los gobiernos mundiales tuvieron poco margen de reacción: en cuestión de horas, los Parlamentos, Senados y Casas Presidenciales estuvieron rodeados de Sables. Algunos civiles salieron a protestar, pero rápidamente los Sables pusieron orden. El Ale de ojos más oscuros había tomado control total del planeta, tal como lo había indicado en su primer discurso. Se otorgó el título de Presidente y no se molestó en agregar de qué era presidente pues era obvio: era presidente de todo. Nadie se atrevió a contradecirlo; después de todo, acababa de destruir un planeta entero. Disolvió todo gobierno, monarquía o forma de poder político, reemplazó a los dirigentes por científicos del MIAST. El mundo iba a ser dirigido por científicos.

El día siguiente a la desaparición de Alejandría, el Presidente Araújo decidió visitar las instalaciones del Edificio Breuer. Arregló todo para que John también estuviera presente. Los cuatro dirigentes históricos del MIAST quedaron atónitos: el Presidente Araújo no los saludó, ni siquiera los dejó hablar y simplemente le informó a cada uno, de manera muy fría, que su cargo sería adjudicado a otra persona. Su única mención del otro Ale fue cuando dijo:

—Hice un trato con Ale y tienen derecho de seguir trabajando acá.

Finalizó informándoles que la sede principal del MIAST ya no sería en Manhattan, sino en París. Salió del edificio seguido por sus leales robots.

—Los nuevos dirigentes de la sede de Nueva York llegan la próxima semana. Cuando vuelva a autorizar los viajes en avión, por favor, desocupen sus oficinas —dijo con voz robótica y gruesa el último sable al salir.

Drachen, Michel y Leo habían pasado los últimos días tratando de determinar con quién habían tratado en cada ocasión durante los últimos seis años: si con el joven que se despidió entre lágrimas o con el joven que, sin ningún rasgo de piedad, asesinó a más de dos billones de personas. Gracias a la costumbre de Leo y Michel de siempre observar los ojos de Ale, habían podido hacerse una idea general:

—Confundimos seriedad con frialdad —dijo Leo.

Su frase no fue escuchada por ninguno de sus compañeros, cada uno trataba de procesar las cosas a su manera.

Drachen enumeró las preguntas sin respuesta:

—¿De dónde vinieron los Sables? ¿Acaso Ale se copió a sí mismo? Si sí, ¿cuál era el original y cuál la copia? ¿Sería Ale igual de inhumano que su contraparte? ¿Habrían los dos actuado ser buenas personas por seis años, o el Presidente era el único que había escondido sus verdaderos colores?...

Michel solo dijo:

—¿Cómo puede algo llamado Manhattan Institute tener su sede en París? ¿Le dirán PIAST ahora?

John estaba callado en un rincón, no había dicho nada desde que llegó.

—¿Dónde estará Ale? —preguntó Leo.

—¿Será que tiene algo que ver con esto? —preguntó, simultáneamente, Drachen.

—No veo por qué tenía que quitarnos nuestras oficinas —gruñía Michel.

John decidió romper su silencio:

—Ale es inocente. Hablé con Araújo mientras veníamos hacia acá.

Durante los minutos que siguieron, John resolvió algunas de las inquietudes de sus amigos:

—En el carro, viniendo hacia acá, Araújo dijo: “Ale causó este desastre al no hacerme caso, ahora debe atenerse a las consecuencias. Le dije que eliminaríamos a Bleckseth antes de que partiera a Alejandría, pero no quiso. Le dije que no viajara y tampoco hizo caso, quería volver a ver su familia y su novia, quería disfrutar del mundo que habíamos construido. Al final me tocó rescatarlo”. Está claro que Ale sí es la persona que creíamos.

Drachen reaccionó enseguida:

—Interesante —dijo—. “Su familia”... entonces... Araújo debe ser el duplicado y Ale, el original.

—Lastimosamente no dijo nada de su paradero —dijo John.

—¿Qué hay de los Sables? —preguntó Leo.

—No dijo mucho. Le pregunté al respecto, respondió que eran fruto del mejor trabajo de Nakazagawa y Eko. “Inteligencia artificial como nunca antes vista”, así se refirió a ellos... —dijo John.

—¡*Bien sûre!* —dijo Michel—. ¿Se acuerdan del proyecto de Ale en El Cairo? Se supone que Nakazagawa y Eko estaban mejorando los softwares de inteligencia artificial para todas las máquinas que reemplazaron los trabajos.

—No creo que Akito y Eko se prestaran para hacer armas —interrumpió Leo.

Drachen habló:

—No, no. Hablé con Nakazagawa sobre lo que hacía en El Cairo. Ale le había pedido que no dijera nada a nadie, pero en secreto me dijo que querían hacer del Sahara una zona habitable. “¿Qué haremos cuando la Tierra y Marte estén poblados totalmente? No hay más planetas habitables en este Sistema, la solución es volver habitables las zonas de nuestro

planeta que no lo son...”. Ale pensaba hacerlo, pero necesitaría trabajo humano en el terreno.

—¿Por qué mantenerlo en secreto si era un proyecto noble? —preguntó Michel.

—De pronto porque no lo era —dijo John.

Drachen le respondió:

—Es posible. También es posible que Ale no quisiera darle a Bleckseth la excusa de decir: “Están construyendo un ejército” para hacer otra manifestación.

— De todas formas, fue lo que ocurrió —dijo Leo.

Todos estaban callados, serios, sin ánimo. Por unos minutos se quedaron mirándose sin saber qué decir o hacer.

De la nada, Michel dijo:

—¿Qué vamos a hacer al respecto?

Sus amigos siguieron en silencio.

Finalmente, Leo dijo:

—Nada. No podemos hacer nada.

—¡¡Tenemos que hacer algo, hay que encontrar a Ale, un dictador genocida acaba de tomarse al mundo, no podemos quedarnos con las manos cruzadas!! —dijo Michel al borde de los gritos.

Michel miró a Drachen buscando apoyo.

Drachen, alzando los brazos, dijo:

—Lo siento, Michel, pero Leo tiene razón: no hay nada que podamos hacer salvo continuar con nuestras vidas y esperar lo mejor.

Michel suspiró, pero sabía que tenían razón:

—Lo mínimo que podemos hacer es renunciar, no trabajar para ese sicópata que mató a miles de nuestros colegas y amigos e ir a vivir a la playa, relajarnos, disfrutar de las ventajas que hemos ayudado a crear.

Drachen puso cara de horror al imaginarse un mundo donde no trabajaría. Leo pareció tomar bien las palabras del francés.

—Estás mal —dijo John—. Lo mejor que podemos hacer es quedarnos acá, mantener nuestras cabezas bajas, hacer lo posible por mantener lo que hemos logrado e incluso mejorarlo. De pronto, algún día, con un poco de suerte, habrá una ventanilla de oportunidad de hacer algo. Si llega ese día, será mejor que estemos dentro del MIAST y no en una isla del Caribe.

Los cuatro volvieron a anclar miradas. Las palabras de John tenían sentido, todos asintieron como si acabaran de hacer un pacto. Sin decir nada, los cuatro hombres salieron a las calles de Nueva York. Vieron Sables por todos lados, al menos uno en cada intersección.

Todavía en silencio, entraron al carro de Drachen.

Michel dijo:

—Qué opinan sobre el nombre: ¿MIAST o PIAST?

El tiempo se las arregló para devolver todo a la normalidad: la gente comenzó a salir a las calles, a hacer fiestas, a duplicar objetos, a hacer películas, escribir libros, ir a teatro, viajar... los meses fueron pasando y todos, perdidos en ese laberinto de comodidades y lujos que los Araújo habían creado con el MIAST, parecieron olvidar o ignorar los millones de almas que su líder había decidido erradicar. De vez en cuando algún valiente criticaba el régimen del MIAST o salía a protestar. Tales hechos, por lo general, significaban que esa persona no volvería a ser vista nunca más. Araújo en ningún momento le dijo a la prensa qué decir o previno a cualquiera sobre lo que pasaría si lo criticaba o incitaba a actuar en su contra. Araújo no decía, actuaba.

La sede global del MIAST, como previsto, se trasladó a París: la División Tecnológica y Científica del MIAST tomó como sede el Museo de Orsay, la División Política del MIAST tomó como sede el Grand Palais, la Central de Coordinación de los Sables fue instalada en el Museo Marmottan Monet. Desde esas tres sedes, Araújo dirigía todo el mundo. El MIAST Sección Científica mejoraba diariamente la vida de las personas de todas partes del mundo, los inventos y las máquinas siguieron apareciendo constantemente para facilitar la vida del hombre. La sección Política tampoco tuvo mayor problema en cumplir sus funciones -cuando todos tienen todo lo que quieren, gobernar se vuelve bastante fácil. Los Sables garantizaban el orden alrededor del mundo.

El Presidente Araújo viajaba alrededor del mundo, pero, principalmente, pasaba su tiempo en París. Decidió mudarse al edificio recién construido por la Fundación Louis Vuitton en el bosque de Boulogne en el *décimosexto arrondissement* parisino y adornó su casa con sus obras de arte preferidas. Con el paso del tiempo se le veía más en fiestas de farándula y eventos sociales que trabajando en invenciones, y no perdió la costumbre de salir con modelos y actrices -ahora no debía hacerlo en secreto para no perjudicar su coartada ni afectar la relación de Ale con Stana. Cuando volvía a Nueva York, nunca iba a la sede local del MIAST, sino que se la pasaba en su pent-house en el Edificio Cristal organizando fiestas y eventos. En su ausencia, el pent-house era cuidado con devoción por Ernest. La vida de Ernest se había facilitado bastante desde los eventos de Alejandría: ya no tenía que hacer el crucial trabajo que había hecho durante años para los Araújo, ya no tenía que garantizar que su secreto se mantuviera a salvo informándole diariamente a uno de las acciones del otro garantizando que nadie sospechara ni un solo segundo. Ahora podía relajarse 11 meses al año en el apartamento que tanto amaba.

Por su lado, Ale estaba bajo vigilancia constante de los Sables. Ale no pasaba más de cinco días en la misma ciudad, su destino era escogido aleatoriamente todas las semanas. Había meses que estaba en Roma, Tokio, Accra y Cartagena, otros en los que estaba en Trípoli, Bakú, Port Moresby y Granada. Llegaba a las mejores residencias, comía la mejor

comida, podía hacer lo quisiera: ver películas, hacer deporte, nadar, recorrer la ciudad... cualquier cosa salvo estar solo o comunicarse con algún amigo o conocido. Ese fue el castigo que le impuso Araújo. Ale había decidido no matar a Bleckseth, había decidido dejar la Tierra, recorrer Alejandría y relajarse; el castigo era, entonces, darle a Ale una versión retorcida de lo que había pedido: errar por la Tierra de hotel de lujo en hotel de lujo. Si su humanidad había salvado a Bleckseth, su castigo sería no tener contacto con ninguna persona a la cual estimara. En cada luna llena, Araújo lo dejaba andar libre por una noche. Era otra forma irónica de castigarlo: quería que viera en su plenitud la luna y, sobre todo, la pequeña base que resplandecía en ella: de ahí había salido el rayo que destruyó Alejandría. Generalmente, Ale ni siquiera salía en su noche libre, era muy improbable que le tocara luna llena en alguna ciudad donde tuviera amigos. A diferencia de Araújo, Ale se sentía apenado y culpable de lo ocurrido en Alejandría. La gente lo miraba por la calle rodeado de Sables. Nadie osaba reprocharle nada pero podía sentir las miradas de juicio de aquellos que habían perdido a alguien. Se dejó la barba y se dejó crecer el pelo para evitar ser reconocido.

Un día la luna llena le tocó en Estocolmo. Ale sabía que Ingrid, la mejor amiga de Stana, vivía en Södermalm, una de las islas de Estocolmo, y decidió arriesgarse. Los Sables lo acompañaron hasta la puerta del hotel. Caminó sin rumbo verificando que nadie lo siguiera. Cuando se supo solo, fue al apartamento de Ingrid, tocó la puerta y dijo: “Ingrid, necesito ayuda”. Su plan era simple: necesitaba un lugar dónde esconderse. Ingrid aceptó enseguida, era curadora del Waldemarsudde, lo escondería ahí por unos días con la esperanza de escabullirlo en un ferry a San Petersburgo, donde Ale tenía contactos.

La mañana llegó, los Sables dieron la señal a Araújo de que Ale no había vuelto. El presidente organizó una búsqueda por toda la ciudad, pero, después de dos días, los resultados eran negativos. No queriendo perder más tiempo, declaró ley marcial en toda Estocolmo, desactivó el uso de los Polaris en la ciudad y bloqueó cualquier entrada o salida. En el mundo del Polaris ya no había mercados, la comida venía de los Polaris, fuera preparada o, para los que gustaban de cocinar, ingredientes. Algunos pocos tenían cultivos caseros, pero no eran suficiente para alimentar a toda una ciudad. Después de 22 horas de ley marcial, Ale se entregó. Lección aprendida: si quería volver a ser libre, tendría que tener el plan perfecto, no podría hacerlo solo y tendría que, de alguna manera, neutralizar el poder del Presidente y del Ejército.

Ale tenía que esperar un milagro, igual que Michel, Leo, Drachen y John. Pronto, ese milagro llegó a través su nuevo jefe. Araújo había nombrado a Kahlil Watterson, físico iraní-británico, como jefe del Centro de Manhattan. Fue una grata sorpresa, pues Kahlil había sido el encargado del MIAST en el subcontinente indio y su ayuda había sido

primordial en el diseño de Alejandría. Al principio pensaron que Araújo le habría dado órdenes de hacerles la vida imposible, pero no fue así: Kahlil les designaba proyectos interesantes por todas partes del mundo, proyectos de poca importancia pero divertidos. Por ejemplo: Leo fue el encargado de utilizar la tecnología del MIAST para restaurar, de la mejor manera, las maravillas del mundo antiguo, al igual que de recrear con exactitud las que habían desaparecido, Drachen fue el encargado de supervisar la creación de la biblioteca más grande del mundo en Xi'an, al igual que de determinar qué libros serían los escogidos, John había sido seleccionado jefe de la Comisión de Arte del MIAST y Michel recibió la dura tarea de viajar por el mundo catalogando comida de diferentes culturas para la sección Comidas del MIAST.

El Presidente Araújo, quien fácilmente habría podido esclavizar a la humanidad, había decidido seguir con el espíritu del MIAST de promover la cultura, la curiosidad y el progreso. El MIAST de Manhattan era el único que no hacía ningún proyecto científico, político o de seguridad: su tarea era inspirar a la gente, no dejar que la posibilidad de hacer cualquier cosa resultara en que la gente no hiciera nada. Araújo temía un mundo en que la gente se quedara en su casa todo el día comiendo, haciendo fiesta, olvidando lo que hacía humanos a los humanos: socializar, aprender, y progresar desde el punto de vista mental, físico y espiritual. El MIAST de Manhattan, con Kahlil a la cabeza, creó un sistema educativo mundial para que todos los alumnos del mundo estuvieran bien educados de acuerdo a sus capacidades. Bajo el nuevo régimen, la escuela se convirtió en un lugar donde no solo se enseñaba álgebra e historia sino donde también se incentivaba a los niños a hacer arte y deporte. No había notas, el único objetivo era inspirar curiosidad. Viajes escolares eran organizados constantemente, llevando a los niños a cada rincón del planeta con el fin de descubrir nuevas culturas.

Desde el Edificio Breuer se organizaban eventos culturales para toda la Tierra: festivales de cine, galerías de arte, ferias de comida, discusiones sobre hechos históricos... Había un solo presidente, Araújo quería hacer un solo gran mundo donde no importaran las nacionalidades o religiones, donde todos se sintieran parte del mismo grupo. El mundo era incluso mejor que antes de los eventos de Alejandría pues la tecnología era mejor, la calidad de vida era mejor, la fraternidad era mejor, todo parecía mejor. De vez en cuando había algún incidente como el de Estocolmo en el que Araújo recordaba al mundo su poder, pero, en general, el mundo era más que una utopía: era un paraíso.

Las semanas se convirtieron en meses y los meses en años. Los cuatro científicos trabajaban felices, disfrutaban con sus parejas, viajaban por el mundo, se reunían a jugar cartas, asistían todos a los conciertos de Audrey, a las películas de Christine -que se había convertido en cineasta para usar la imaginación que tenía pues las marcas ya no necesitaban hacer publicidad pero la hacían de todas maneras para ver quién hacía la mejor. También asistían a las comidas de Michel, a paseos en el barco de Leo y Kate (Kate se había vuelto profesora de medicina en la Universidad de Columbia). A pesar de que las enfermedades se

curaban fácilmente, de que cada mañana una máquina especial se encargaba de analizar cada persona para diagnosticar cualquier posible problema y de que Sables especiales se encargaran de atender emergencias y accidentes, la medicina se estudiaba, como un pasatiempo más: había concursos de diagnóstico de casos falsos y competencias donde los concursantes operaban muñecos que recreaban el cuerpo humano. Todas las profesiones habían seguido caminos similares, la gente hacía cosas por diversión y los Sables y demás inventos se ocupaban de suplir el trabajo de verdad.

En un abrir y cerrar de ojos, la humanidad estaba a unos cuantos meses de conmemorar el séptimo aniversario de los incidentes de Alejandría. Era el 22 de Abril del 2020. Ale se despertó en una lujosa casa en la ciudad vieja de Luxemburgo, era su cumpleaños número 31. En los últimos casi siete años había estado en todos los países, todas las regiones de la faz de la Tierra, había visto todo lo que el planeta tenía por ofrecer. Ale había visto y hecho todo, pocas cosas lo sorprendían. Había visto el amanecer desde la cima del Everest y el atardecer desde las faldas del Kilimanjaro, no había un solo hotel de lujo donde no hubiera dormido, ninguna playa donde no se hubiera bañado y dedicaba su tiempo a ver películas, a nadar, leer, ver fútbol. Desde los incidentes de Estocolmo había perdido sus privilegios de luna llena. El sistema que escogía su próximo destino se encargaba de que en el lugar escogido no estuviera ninguno de sus amigos haciendo alguna misión. Durante casi siete años, eran pocas las conversaciones que había tenido con algún otro ser humano. Araújo lo llamaba de vez en cuando, de vez en cuando le mandaba alguna sorpresa o le permitía romper las reglas, pero nunca lo dejaba comunicarse con sus amigos. Con el tiempo, se había acostumbrado a su situación y había adaptado un carácter estoico, el cual solo lograba quebrar una buena película, un buen libro o un buen partido de su equipo; solo esas tres cosas podían causarle una mínima emoción.

Ese día, el de su cumpleaños número 31, por primera vez en mucho tiempo, estaba nervioso. Era el partido de vuelta de la Liga de Campeones y, en Turín, su equipo, Milan, se enfrentaba a la Juventus buscando el cupo a la final. El partido de ida había quedado empatado sin goles, todo se definía esa noche. Pasó su día ansioso por el partido, caminó por la ciudad vieja, desayunó, almorzó y cenó excelente comida como siempre. Finalmente, llegó la hora. Fue su mejor cumpleaños en mucho tiempo: su equipo dominó el partido por completo, ganó 0-3, volvería a jugar una final; además, ese año la final había sido sorteada para ser jugada en Milán. Era un sueño hecho realidad: por fin, 13 años después, vería a su equipo en una final. Tenía que estar ahí, cualquier hinchas de Milan mataría por estar ahí. En ese momento todo se aclaró ante sus ojos, su milagro había llegado: “Leo”, murmuró. Sabía que Leo haría todo lo posible para estar ahí. Tenía que, de alguna manera, asegurarse de que lo estuviera, y aún más difícil: tenía que asegurarse de poder hablar con él. Araújo lo llamaba siempre en su cumpleaños, por lo general por la noche, así que no demoraba en llamar, tenía que pensar rápido.

Un Sable entró a su habitación, le pasó un celular. Era Araújo, quien llamaba a charlar un rato. Se felicitaron mutuamente por sus cumpleaños. Ale trataba de ganar tiempo, todavía no había podido resolver todos los detalles de su plan:

“¿Algo más?”, dijo Araújo.

Ale se lanzó sin todavía tener claro qué iba a decir:

“Milan acaba de avanzar a la final de la Champions por primera vez en 13 años. La final se juega en Milán, me gustaría poder estar ahí.”

“Está bien” —respondió Araújo—. “Nunca entenderé qué ve la gente en ese deporte, pero, en fin, te has portado bien. Haré las llamadas necesarias, tendrás el mejor sitio en el Palco Presidencial”.

En ese momento, una pequeña chispa iluminó su mente:

“No, no quiero que la atención caiga sobre mí. Mejor en la *curva sud*, iré cubierto, nadie me reconocerá” —dijo Ale.

“¡Ah!” —exclamó el presidente—. “¿Además quieres ir solo?”

“¿Qué voy a poder hacer? Solo quiero ver a mi equipo tranquilo, sin sentir tus robots de dos metros a mis espaldas” —atacó Ale.

Araújo permaneció callado unos segundos:

“Ok. Mismas condiciones que antes: tendrás esa noche libre, si no estás en el hotel a las nueve de la mañana por tarde, me encargaré de que nunca más ruede un balón en el mundo” —dijo autoritariamente.

“Trato” —respondió Ale.

Ya había garantizado estar ahí, todo dependía ahora de que Leo tratara de pedir un boleto, de que Beppe, el amigo de Leo, siguiera trabajando ahí y de que le informara que una boleta ya había sido pedida. Faltaba que Leo atara los cabos, que viajara a Milán sin que Araújo se diera cuenta. Su plan dependía de muchas contingencias, pero sentía que la victoria que acababa de ver era una señal del destino, del universo: todo había comenzado en un partido de fútbol y un partido de fútbol sería la fecha en que trataría de ganarse la libertad.

X

Toska

—¡¡Andiamo!! —gritó Leo a todo pulmón cuando el árbitro finalizó el partido. Se cogía la cabeza, abrazaba a Michel, escribía textos a todo el mundo. Estaba en estado de gracia. Comenzó a cantar canticos milanistas ante los ojos de Michel, Kate y Drachen.

—Hora de volver al trabajo —dijo Drachen.

—Hoy, menos que nunca, tengo ganas de trabajar. Seguro Kahlil entenderá —respondió Leo mientras buscaba las llaves de su carro—. Me voy a Little Italy a festejar, quien quiera acompañarme, será bienvenido.

Drachen tenía una conferencia virtual con John, quien andaba en una misión en Sídney, y Kate también rechazó el plan porque tenía cursos que preparar. Michel no dudó ni un segundo en unirse al plan.

Como la mayoría de personas en el mundo, Leo tenía un auto de lujo que se manejaba solo, pero en esta ocasión especial Leo decidió manejarlo él mismo. Salieron de Nueva York y, una vez en la carretera, probó su motor al máximo por unos minutos mientras cantaban barras milanistas. Después de un rato volvieron a la ciudad. El Lamborghini murciélago los dejó frente a un bar milanista que Leo conocía, programó el auto para que volviera a su apartamento y comenzó a festejar con Michel y otros milanistas que habían tenido el mismo acto reflejo de ir a Little Italy que él. Después de unas cuantas cervezas y cánticos, Leo se paró sobre una mesa y dijo: “¡Están todos invitados a mi casa el día de la final para ver el partido en pantalla gigante!”. El resto del bar levantó sus bebidas; continuaron sus cantos, esta vez reemplazando la palabra “Milan” por la palabra “Leo”.

Leo se bajó de la mesa.

Michel se le acercó con cara pensativa y preguntó:

—¿Sigues en contacto con tu amigo Beppe?

Leo, quien ya había pasado el límite de cervezas que podía soportar, respondió con una sonrisa:

—¡Claro! A él también lo puedo invitar!

Michel rio, prefirió disfrutar del momento, ya le comentaría a Leo el día siguiente. La tarde y noche transcurrieron con el mismo ambiente festivo.

Al día siguiente, Leo llegó a su oficina con una de las peores resacas de su vida:

—Tengo papeleo que hacer, voy a estar en mi oficina todo el día, no quiero ser interrumpido —dijo al llegar.

Michel decidió llamar a su oficina cada diez minutos mientras veía por la ventana de la oficina de Leo su agónica reacción. Drachen se sumó al plan de Michel dejando caer objetos ruidosos cada vez que pasaba frente a Leo. Después de horas de sufrimiento, Leo se encontraba mejor.

Michel decidió ir y terminar su conversación del día anterior:

—Leo, como te decía ayer... ¿sigues en contacto con Beppe?

—Sí, claro. Hace unos cuantos meses que no hablo con él, pero seguimos siendo buenos amigos —dijo Leo, que no veía a qué iba todo eso.

—Bueno... ¿no crees que pueda conseguirte una boleta en Palco Presidencial? —dijo Michel.

Leo abrió los ojos y entendió todo perfectamente:

—¡Claro! Es más, creo que puede conseguirme dos, así llevé a Kate y paseamos unos días por Milan y visito a mis padres. Hace bastante que no voy, mi apartamento debe estar polvoriento. Gran idea, Michel.

Leo había recuperado su sonrisa del día anterior. Miró su reloj y se dio cuenta de que ya era bastante tarde en Italia:

—Llamaré mañana temprano —dijo.

Michel aplaudió, Leo volvió a contorsionarse. Michel comenzó a reír, cerró fuerte la puerta y vio a Leo maldecirlo desde la ventana.

Una vez en el Edificio Breuer y totalmente recuperado de su festejo de días anteriores, Leo se puso al día con el trabajo que no había hecho. Cuando terminó, llamó a su amigo Beppe con la esperanza de conseguir boletas para la gran final.

Michel y Drachen almorzaban y discutían sobre televisión:

—Desde que “El arte de ser yo” dejó de hacer nuevos episodios, no he podido encontrar algo para ver los jueves por la noche —decía Michel con nostalgia.

Drachen planeaba recomendarle a Michel unos cuantos libros pero observó a Leo venir hacia ellos:

—Mira, Leo está pálido ¿Qué habrá pasado? —se preguntó Drachen.

Leo se acercó y se sentó junto a sus amigos sin decir nada.

—¿Cuáles nueve temporadas crees que fueron más grandiosas: las de *Seinfeld* o las de “El arte de ser yo?”, preguntó Michel a Leo con la esperanza de comenzar una larga discusión al respecto.

—He hablado con Beppe —dijo Leo.

—Ah, por eso la cara larga. ¿No te pudo conseguir los boletos? —preguntó Drachen.

Leo miró hacia los costados y se aseguró de que nadie los estuviera oyendo u observando:

—Me ha dicho que el MIAST...

—PIAST —interrumpió Michel.

Leo prosiguió:

—Me ha dicho que el MIAST ya pidió una boleta especial para el partido en la *curva sud*.

—*Curva sud*... vaya que es raro —dijo Michel.

—¿Crees que sea para ti? —preguntó Drachen.

Leo negó con la cabeza:

—He estado pensando... desde que colgué... creo que la boleta es para Ale —dijo en voz muy baja.

—Tiene sentido, no querrá llamar la atención —dijo Michel.

—¿No será alguien más que no quiere que sepan que está usando su jerarquía para conseguir una boleta? —dijo el siempre cauteloso Drachen.

—No. Beppe dijo que fue la mismísima oficina de París la que llamó. Pidieron que las cámaras no apuntaran mucho al sector donde estaría el invitado —dijo Leo.

Los tres se miraron en silencio, procesaban las diferentes posibles explicaciones.

—Kahlil —susurró Michel.

Kahlil Watterson acababa de entrar a la sala. Se acercó a ellos y comenzó a hablar:

—Veo que ya les informaron.

Los tres pusieron cara de asombro.

Kahlil puso unos papeles sobre la mesa y continuó:

—Tengo sus misiones para finales de mayo y junio. Va a ser un mes largo. He hablado con el Presidente, está muy conforme con su trabajo pero quiere que demos un salto más de calidad.

—Claro, no hay problema —dijo Drachen.

Kahlil se estaba preparando para dar media vuelta. Se acordó de algo más:

—Como pueden ver, cancelé sus viajes del fin de semana del 22 de mayo. Después de ver lo que hace una victoria en semifinales en el comportamiento de los tres, no quiero ni imaginarme qué pasará después de una final. Sin embargo, lunes 25 a primera hora tienen viajes, así que desde hoy les pido que limiten el festejo o el duelo. Buen fin de semana, muchachos —después de eso, Kahlil siguió su camino.

Los tres europeos esperaron a que la sala estuviera vacía otra vez.

—Tenemos que hablarlo con John —dijo Leo.

—Llega esta noche. Mañana reunión en mi casa —dijo Drachen.

Michel asintió, estaba ocupado leyendo los papeles que Kahlil había entregado:

—Los Ángeles, Yakarta, Panamá, Damasco y Cracovia... *pas mal du tout* —dijo el francés.

Drachen arrebató la hoja a Michel:

—Kinshasa, Casablanca Windhoek, Dodoma, Trípoli y Antananarivo... África en verano —suspiró.

Leo se levantó:

—Mañana a las 11. No hablen de esto con nadie, continúen sus rutinas como si nada —dijo antes de partir de vuelta a su oficina.

Michel y Drachen vieron a Leo alejarse:

—¿En qué estábamos? —dijo Michel.

Drachen sonrió:

—Hay unos cuantos libros de Nabokov que creo que te interesarán —dijo Drachen.

Michel se paró:

—Mañana a las 11 —dijo y se marchó.

Drachen se quedó solo comiendo el resto de gulasch que le quedaba, tenía la esperanza de que no se hubiera enfriado.

A las 11 en punto, los cuatro hombres estaban reunidos en la casa de Drachen en Brooklyn. Audrey tenía práctica todo el día y se había llevado sus dos hijas con ella para que disfrutaran de la música. Leo contó a John lo mismo que había contado a sus otros dos colegas el día anterior y John también llegó a la misma conclusión: debía ser Ale.

—Bueno, muchachos, ¿qué vamos a hacer? —preguntó Michel.

—¿Cómo así que qué vamos a hacer? Tenemos que ir a Milán, encontrarnos con él y tratar de ver cómo volvemos el mundo a la normalidad —dijo Leo enojado.

—Un momento —dijo John—. ¿Esperas que, de alguna manera, cambiemos algo? ¿Nosotros, cuatro científicos cuarentones? ¿Crees que tenemos un mínimo chance de derrocar a Araújo y su ejército infinito?

—Nosotros solos no, pero con Ale, sí. ¿No quieren saber si hay una mínima oportunidad de derrocar a ese genocida? —dijo Leo convencido de sus palabras.

Drachen tomó la palabra:

—No sé, Leo, no es tan fácil. ¿Esperas que arriesguemos nuestra vida para comunicarnos con alguien que no sabemos si va a estar ahí y después, de alguna manera, vencer a un ejército infinito de máquinas de dos metros?

John interrumpió:

—Es fácil decir eso para ti, Leo. Drachen tiene dos hijas, yo tengo un hijo, no entiendes lo que nos estás pidiendo.

—¿Acaso no vale la pena arriesgarse por dos billones de vidas? —dijo Leo.

John levantó la mano enojado:

—¿De qué hablas? Arriesgar nuestra vida no va a traer a nadie de vuelta.

—De pronto sí —dijo Leo.

El silencio se apoderó de la sala hasta que Leo volvió a abrir la boca:

—Hace seis años me tocó ir a París a reclutar egiptólogos para una de mis misiones. Aproveché y fui a conocer las nuevas instalaciones y, sin haberlo buscado, escuché la conversación de dos astrónomos que decían que Marte no envejecería un solo día entre que desapareciera y volviera a aparecer.

—O sea que puede que de alguna manera sigan vivos, atrapados en un momento cuántico donde el tiempo no pasa —dijo Drachen asombrado.

—Exacto —dijo Leo—. No había dicho nada porque no hubiéramos podido hacer nada al respecto, pero ahora sí, ahora hay una ventana de oportunidad.

—Sí, eso es cierto, John, creo que debemos al menos intentarlo —dijo Drachen mirando a John.

John tomó aire:

—¿Con qué fin? Es cierto, estamos en una dictadura, pero es una dictadura buena: la gente es feliz, nunca la humanidad había vivido tan bien.

Leo interrumpió:

—Hay casi tres billones de almas que fueron privadas de sus derechos, de su vida, de su futuro.

John retomó:

—¿No se dan cuenta? No solo eliminar a Araújo del poder es virtualmente imposible. Si lo lográramos, ¿quién garantiza que los Polaris sigan ahí al final, que nosotros estemos? ¿Están dispuestos a arriesgar el bienestar de cinco billones de personas por algo basado en una conversación de pasillo? ¿Creen que la gente apoyaría tal cosa?

—La gente entenderá —dijo Drachen—. Son felices ahora porque lo tienen todo, pero acuérdate, en los muros de Dubrovnik está escrito: “La libertad, ni por todo el oro del mundo”.

—¡Pero somos libres, maldita sea! ¡Podemos hacer lo que queramos y cuando queramos! —dijo John casi gritando.

—¡No, no somos libres, somos juguetes de un psicópata! —gritó Leo.

John no se dejó intimidar:

—Supón que, por algún milagro, lo logramos: Araújo se va, los Sables se van, Ale recrea los Polaris, la gente de Alejandría vuelve... ¿luego qué? ¿Cómo crees que tomarán que durante siete años nadie hiciera nada?, ¿que a la semana de la desaparición de Alejandría todos estaban como si nada, divirtiéndose?

—Eso, John, se llama libertad. Ellos serán libres de tomar sus decisiones. Nosotros no fuimos suficientemente valientes como para luchar por nuestra libertad y por la de ellos, por justicia, pero hoy tenemos una segunda oportunidad y debemos tomarla —dijo Leo.

—¿Estás dispuesto a arriesgar todo lo que hemos hecho, toda esta felicidad, por un concepto, un ideal que no nos asegura nada? —preguntó John.

—Sí. Es una apuesta peligrosa pero es nuestro deber moral tomarla —dijo Drachen.

—Yo también —dijo Leo—. Puede que salga bien, puede que no, pero no podemos dejar que una sola persona decida el destino de 5 billones. Solo por eso vale la pena arriesgarse. Si de paso podemos salvar a dos billones más, entonces mejor. Como dijo Zapata: “Prefiero morir de pie que vivir toda una vida arrodillado”.

—Pues yo no —dijo John—. La gente es feliz, Araújo hizo y hace este mundo mejor cada día. Sé que ya no soy Presidente, pero no arriesgaré el bienestar de billones por idealismo. Eso es de otros tiempos.

—Estamos a merced de un dictador —dijo Drachen.

—De un buen dictador —respondió John.

Hubo un silencio escalofriante por unos segundos hasta que Michel, quien había permanecido callado en toda la conversación, se levantó de la cómoda silla donde estaba y comenzó a hablar:

—Donde quiera que esté, en Nueva York, en París, en África, en Asia, en las montañas o en el desierto, salgo a caminar por las noches. Miro la luna y, si el cielo está despejado, veo las estrellas y, a veces, veo un planeta rojo en la lejanía. Siempre que lo veo, no puedo evitar que una gama de emociones se apodere de mí. Melancolía por los amigos que no están desde ese 13 de junio... recuerdo los chistes de Eko, las expresiones faciales de Nakazagawa, las charlas con Stana... Siento tristeza pensando que Ale lo perdió todo: su familia, sus amigos, su vida. También la siento por todos aquellos que querían llorar pero que por miedo les tocó reír, de los que vieron un rayo acercándose a ellos y abrazaron a sus seres queridos para protegerlos. Siento nostalgia de esa época en que regíamos el mundo, de cuando tocaba convencer a la gente con argumentos y no con armas de que aceptara nuestros planes. Siento como si una parte de mi alma ya no estuviera, pero no sé bien por qué. Siento ira hacia mí, hacia Araújo, hacia ustedes, hacia Bleckseth, hacia Romanov y McPeace, hacia Ale y Stana, porque cada acción que tomamos llevó a esto. Cuando miro esa pequeña luz roja entre estrellas titilando, quiero pegar un grito, pero no puedo. Sé que ustedes sienten lo mismo, sé que si no hacemos algo hoy, este sentimiento va a durar por siempre y que cada vez será mayor y no habrá nada ni nadie que nos haga sentir mejor o que nos borre esos sentimientos que ninguna palabra puede encapsular.

Lágrimas caían por las mejillas de John.

Leo sentía un nudo en la garganta.

—Toska —dijo Drachen—. Los rusos tienen una palabra para lo que acabas de describir: “*toska*”.

Ni Leo ni Drachen ni John tuvieron que decir una palabra más. Leo conseguiría los boletos, Drachen se ocuparía de la logística, John usaría sus contactos para conseguir boletos sin que nadie supiera quién los había comprado, Michel ya había hecho suficiente. Viajarían el viernes. Con suerte, hablarían con Ale el sábado, esperarían obtener respuesta y quizás un plan y volverían el domingo a Nueva York. Ni Kahlil ni nadie sospecharía.

John fue al Museo Whitney con Christine y su hijo de 5 años, Drachen pasó la mañana jugando con sus niñas mientras Audrey tocaba el violín, Leo tuvo una cena romántica con Kate y Michel fue a su restaurante favorito. Todos llegaron a tiempo para su vuelo de las siete de la noche. Un poco más de 24 horas después, los cuatro estaban reunidos con el hombre que habían ido a buscar. Un misterioso folleto naranja yacía sobre la mesa. Michel se acercó y leyó en voz alta: *Teoría de los sueños paralelos* por Albert Zola.

TEORÍA DE LOS SUEÑOS PARALELOS

POR ALBERT ZOLA

El reloj del televisor marcó las siete y quince. Segundos después, el celular de Nicolás comenzó a emitir el Himno de la Alegría de Beethoven. Nicolás lo había programado la noche anterior, sabía que el día más importante de su vida tenía que comenzar de la mejor manera. Nicolás, de treinta y seis años, iba a presentar, ese día, en el Lincoln Center, ante las mentes más brillantes del mundo, una nueva teoría que, según él, cambiaría para siempre el mundo de las ciencias y, por qué no, la humanidad. Ese día no podía comenzar de otra manera que con la obra cúlpe del que él consideraba el más grande genio de la historia.

La melodía se acopló perfectamente al sueño que estaba teniendo. Menos mal su esposa Anastasia se había despertado ya hacía veinte minutos, algo muy inusual en ella teniendo en cuenta que ningún pintor se ha levantado antes de las once un sábado en medio del verano, y menos si es francesa.

Anastasia escuchó toda la canción mientras observaba cómo Nicolás seguía inmóvil sobre la cama. Una vez terminó, sonrió levemente y susurró:

—¡Qué irónico!

Despertó a Nicolás.

Una vez fuera del limbo de recién levantado, le dijo riéndose:

—¿Qué soñabas que casi te hace perder tu cita con la historia?

—No lo sé, pero estaba feliz —respondió Nicolás.

—Supongo que es una buena señal, te prepararé el desayuno mientras te arreglas —dijo Anastasia mientras abría las cortinas.

—Solo te falta tener el pelo castaño para ser la mujer perfecta —replicó Nicolás entre risas antes de pararse definitivamente de la cama.

Nicolás se afeitó, ensayó su discurso dos veces en la ducha y decidió estrenar el traje Armani que su Mamá le había regalado para su cumpleaños unos días antes. Una vez en la mesa, devoró los *pancakes* que Anastasia le había preparado mientras seguía practicando mentalmente su discurso.

—¿A qué hora llega tu taxi? —preguntó Anastasia cansada del silencio que había en la cocina.

—Eh... no pedí taxi —murmuró—. Voy a coger el Crosstown de la 86 junto en frente y luego cojo la 1. Debería llegar con tiempo suficiente.

Anastasia lo miró como una profesora mira a un estudiante cuando ha dicho mal una respuesta simple. Se acercó al teléfono, marcó un número y dijo:

—Hola, necesitamos un taxi en el cruce de Park con 86 a las 9. Nick. Ok. Código 24-6. Gracias —puso el teléfono de vuelta en su sitio, tomó un poco de jugo de naranja—. Eres verdaderamente increíble, el día que aprendas a planificar bien tus cosas, ese día me tiño el pelo del color que quieras... ¡Cómo te vas a ir en traje en transporte público! Estamos a 37 grados y es época de turistas. Llevamos diez años viviendo en esta ciudad y nada que aprendes.

—Puede que en esta tengas razón, querida —dijo Nicolás sonriendo.

Una pequeña risa se le escapó a Anastasia. Cogió el maletín que Nicolás había alistado la noche anterior y lo puso sobre sus piernas. Le dio un beso en la mejilla y dijo:

—Buena suerte, Nico, te estaré esperando en la salida de la sala. Siento no poder estar ahí antes, iré a bañarme. Acuérdate: el código de confirmación del taxi es 24-6, llega en diez minutos.

Nicolás se despidió de ella, tomó un último sorbo de café, cogió su maletín y se dirigió a la puerta.

El taxi llegó unos minutos antes, ni siquiera le pidió el número de confirmación, en el camino oyó en la radio que había problemas en la línea roja y pensó que ojalá Anastasia no escuchara esa noticia porque se lo echaría en cara unos cuantos días. A las 9 y 17 Nicolás ya estaba entrando por las puertas del Lincoln Center, donde fue recibido por el resto de su equipo.

—Todo está listo, señor. Todos están acá, son unas trescientas personas —dijo uno de los miembros de su equipo mientras otros le pasaban notas de última hora sobre el evento.

Nicolás le agradeció a todos, sacó su walkman y puso su disco favorito. No se quitaría sus audífonos sino 1 minuto antes de saltar a la tarima.

Respiró hondo, cogió el micrófono, trató de buscar a Anastasia pensando que de pronto había podido llegar, no la vio, comenzó a hablar:

—Ser físicos es un honor, pero ser físicos cuánticos es un honor que conlleva la responsabilidad más grande: tenemos la obligación de explicar cosas que la gran mayoría de la gente no logrará entender así se lo expliquemos cien veces. Hay gente que sueña con, algún día, lograr entender los conceptos que estudiamos a diario. Hoy mi equipo y yo creemos haber encontrado una relación entre nuestro mundo cuántico y su mundo. Hemos utilizado las máquinas de detección cuántica más precisas que tenemos hoy en día y hemos monitoreado a un grupo de gente especial mientras sueña. Se estima que, en el transcurso de su vida, un hombre promedio toma diez decisiones que moldean su vida, 5 conscientes. El grupo de personas que estudiamos considera haber tomado al menos 9 decisiones de gran importancia en su vida... ¿A qué voy con esto? ¿Por qué nunca nos perturba cuando soñamos que estamos en otra ciudad con personas que nunca hemos visto y haciendo un trabajo diferente? ¿No deberíamos estar al menos un poco shockeados, tener una mínima

reacción? ¿Qué tal si nosotros tenemos la respuesta? ¿Qué tal si tomamos esas situaciones como realidad porque de alguna manera son reales?

Dos palabras: universos paralelos. La gran mayoría de los que estamos reunidos en esta sala creemos que existen y también creemos que se deben comunicar de alguna manera entre ellos. Pues hoy mi grupo y yo decimos que esa conexión se da a través de los sueños. Nuestro estudio muestra que cuando este grupo de gente soñó con algún evento relacionado de alguna manera con sus decisiones importantes, el movimiento cuántico aumentó. En esos momentos de grandes decisiones que pueden inclinar la balanza creamos una eventualidad cuántica donde las posibles decisiones son tomadas al mismo tiempo pero en universos diferentes. Y nuestra manera de conectarnos con esos diferentes lugares es a través de nosotros mismos, de los sueños que tenemos. Eso es lo que mi equipo y yo hemos descubierto. Muchas gracias por estar aquí.

Nicolás puso el micrófono de vuelta en su lugar, un silencio abrumador invadió el Lincoln Center por unos segundos hasta que, de la nada, alguien gritó:

—Parece más bien que hoy probamos que la reencarnación existe. Freud ha vuelto con más teorías.

Risas comenzaron a estallar en el auditorio.

Una mujer exclamó:

—¡Mi hijo soñó ayer que conducía un Ferrari rojo con spiderman de copiloto! ¿Acaso en otro universo mi hijo de 6 años es un superhéroe?!

Una voz con acento italiano se oyó más atrás:

—Yo tengo una de esas máquinas. Cuando mi gato maúlla aparece que el movimiento cuántico aumenta. ¿Es mi gato la clave del universo?

Nicolás agarró el micrófono con ira:

—Sé que no es fácil de asimilar, pero no es una locura. Todos hemos tomado una decisión en la cual fácilmente pudimos haber tomado otra opción. Hace 10 años decidí, a último minuto, que iba a dejar París para venir acá a acompañar a mi novia. A veces sueño que sigo allá. Como si nada, olvido totalmente todo el tiempo que he pasado aquí. No digo que cada sueño sea una ventana a otro universo, lo que digo es que es posible que la conexión entre estos pueda encontrarse en algo que siempre nos ha fascinado como especie: los sueños.

—¡Envidio el universo donde no tuve que madrugar para oír esta bobada! —se oyó gritar en el fondo.

Las risas volvieron y la gente comenzó a salir del auditorio. Nicolás salió enfurecido por la misma entrada por la cual había subido a la tarima, ignoró tanto a los miembros de su equipo que querían confortarlo como a los colegas que le lanzaban bromas al pasar. Salió del edificio y vio a Anastasia:

—Pensé que te ibas a demorar más. ¿Cómo te fue? —preguntó mientras sorbía un café.

—Mal —respondió Nicolás.

Anastasia entendió todo, le dio un beso en la mejilla acompañado de un fuerte abrazo y finalizó con un:

—Ven cogemos un taxi en la esquina, la línea 1 tiene problemas hoy.

Nicolás intentó sonreír, pero no pudo. Pararon un taxi que los llevó a casa. Una vez dentro, Nicolás fue directamente a su cuarto, dijo que necesitaba descansar un rato y se lanzó a la cama.

Nicolás despertó abruptamente, tenía taquicardia, la respiración acelerada, no sabía bien qué pasaba. Iba a perder el control cuando sintió que alguien le cogía la mano. Oyó:

—Tranquilo, querido, no te quedaste dormido, la alarma suena en 5 minutos.

Nicolás logró salir de ese limbo en el que uno está cuando se despierta de una pesadilla:

—Soñé que se reían de mí, que la reunión era un fracaso y que tú no estabas ahí.

—Supongo que es una buena señal, siempre sueñas cosas que nunca pasan... ya sabes que voy a llegar un poco tarde.

Después de ese momento, todo ocurrió como debía. Mientras esperaban el ascensor Nicolás comentó:

—Espero que haya taxis en la parada, no puedo llegar tarde hoy.

Inmediatamente después sintió que una mirada lo juzgaba:

—No seas tonto, coge el metro conmigo, estás a tres estaciones.

Nicolás asintió mientras las puertas del ascensor se abrían. No se dijeron más hasta la entrada del metro. Nicolás escuchó una risa:

—Lo bueno de que tu reunión sea en el Palais de Tokio es que en frente tienes el Museo de la Moda. A ver si aprendes algo para el futuro.

Nicolás sonrió y exclamó:

—¡Nunca he sabido cómo hacen las peli castañas para que cosas tan horribles suenen tan adorables!

Sophie dejó escapar unas carcajadas, sacó la cámara de su cartera y exclamó:

—¿Sabes qué?! Estoy 100% segura de que les va a encantar tu idea. ¡Ven tomo una foto de este momento histórico! Hazte ahí en la mitad, que salga el afiche de La Mulette y la Torre Eiffel. ¿Listo? Uno... dos.. tres... Di: ¡sueños!

XI

Perseo y Teseo

El 22 de abril de 1989, en el barrio de Belgrano en la ciudad de Buenos Aires, nacía Alexandre Araújo. Su madre, admiradora de la Grecia Antigua, había decidido nombrarlo en honor al rey más conocido de Macedonia con la esperanza de augurarle un futuro igual de grandioso. Poco sabía en ese momento la señora Araújo que el destino de su hijo se iba a definir tan solo pocos meses después. El 24 de mayo de ese mismo año, Albert Zola, estudiante de física cuántica de la Universidad de Cambridge, sufría una crisis espiritual. Desde su dormitorio, veía caer el rocío de la mañana mientras decidía qué hacer con su vida. Después de escribir una columna humorística en el periódico de su universidad durante unos cuantos años, había recibido una oferta para trabajar como guionista en una cadena de televisión de Londres. El entonces joven Zola, de 24 años, dudaba si seguir su hobby de escribir o seguir su carrera en Cambridge. Finalmente, luego de pasar todo el día pensando, decidió rechazar el puesto y seguir con su formación. Sin embargo, con el transcurso de los días, comenzó a dudar sobre si había hecho lo correcto: no podía dormir, soñaba constantemente que estaba en Londres escribiendo. Una de esas noches en las que evitaba tener sueños tormentosos, encontró un libro en la biblioteca que hablaba de universos paralelos. En ese momento, todo se le aclaró y publicó, en su habitual columna, un cuento titulado “Teoría de los sueños paralelos”. Algunos lo consideraron un buen cuento y aplaudieron su imaginación; Lord Mathias Bleckseth, CEO y dueño de Bleckseth Industries, le vio potencial desde un punto de vista científico.

Bleckseth decidió financiar incondicionalmente y de manera secreta los proyectos de Zola para comprobar su teoría. En junio de 1995, luego de seis años de investigación y cientos de millones de dólares, Zola y Bleckseth brindaron una conferencia de prensa para divulgar sus descubrimientos: Zola había podido comprobar, gracias a máquinas de detección cuántica de niveles de precisión inimaginables, una actividad cuántica en determinados sueños. Pero eso no era todo: Zola había creado una máquina a la que llamó Quantum que permitía coger materia, átomos, moléculas de otros universos y hacerlas aparecer en el universo actual en forma de cualquier objeto inanimado. Bleckseth, que ya era uno de los hombres más ricos del mundo, se volvió el más rico. Regaló Quantum a líderes, políticos y millonarios a cambio de favores. Las empresas de Bleckseth y asociados se devoraron el mercado -al no poder usar Quantum, toda su competencia entró en bancarrota. Bleckseth y sus amigos controlaban el mundo; sin trabajo, una gran parte de la población mundial entró en la miseria absoluta mientras los elegidos por Bleckseth vivían como reyes. La clase

media no notó grandes cambios. La mayoría de ciudades comenzaron a dividirse en tres: los ricos, que vivían con todos los lujos y eran atendidos por cientos de personas, aquellos que aún tenían la suerte de tener un trabajo decente y los que se aglomeraban en peligrosos y sucios barrios donde el crimen era el único camino para algunos.

Si Zola hubiera decidido dejar sus estudios en Cambridge, el joven Araújo hubiera tenido una vida totalmente diferente a la que tuvo: hubiera pasado su infancia en Buenos Aires - vacaciones en Rio de Janeiro recibiendo enormes cantidades de sol, a tal punto que sus ojos verdes se hubieran aclarado incluso más- y se hubiera mudado a Brasilia a finales de milenio para que su papá pudiera fundar su propia firma de abogados en la capital brasileña. No fue así. La decisión de Zola creó una reacción en cadena: sin su ayuda, la serie en la que iba a trabajar fue cancelada rápidamente, provocando que su creador, Max Stammler, volviera a su Berlín natal, donde fue nombrado director del Museo Pergamon. Necesitando una curadora para la sección romana, decidió llamar a Magdalena Araújo, una vieja amiga de su años universitarios en Barcelona. Sin dudarlo, la familia de Magdalena se mudó a Berlín en el otoño de 1991. Cuatro años más tarde, al ver por televisión la rueda de prensa de Zola y Bleckseth, Ricardo Lima, esposo de Magdalena y padre de Alexandre, convenció a su esposa de mandar al joven Araújo a la mejor escuela privada de todo el Reino Unido con el fin de que su hijo hiciera parte de la futura élite mundial. A los seis años, en medio de una oscura noche estrellada, el joven Araújo llegó a Cambridge. Se sentía traicionado, abandonado. Un encargado lo llevó a su cuarto. Completamente solo en su habitación, mientras lloraba lágrimas de tristeza que se mezclaban con lágrimas de ira, se puso a ver la estrella polar por su ventana. Nunca perdonaría a su papá por haberlo mandado allá ni a su mamá por no haberlo evitado.

El joven Araújo resultó ser un estudiante brillante. Aprovechando todas las comodidades e instalaciones de su escuela, a los 14 años escribió un *paper* tan brillante sobre relaciones cuánticas que el director de su escuela decidió mandárselo al mismísimo Albert Zola, quien todavía vivía en Cambridge y se dedicaba a perfeccionar la máquina Quantum, al igual que a trabajar en otros inventos de nanotecnología, robótica y física mecánica. Zola también quedó pasmado al leer el trabajo del joven Araújo. Fue tal su asombro que exigió que el joven prodigio viniera a trabajar junto a él en su laboratorio. Zola habló con Mathias Bleckseth, quien se las arregló para que Alexandre recibiera su título de bachillerato adelantado y trabajara a tiempo completo con Zola.

El latinoamericano y el francés se llevaban a la perfección. Araújo aprendía rápidamente a manejar el Quantum y profundizaba su conocimiento en todas las demás disciplinas que su maestro le enseñó. Pero eso no era todo: Zola le mostraba libros de literatura, de filosofía,

de economía, de informática... todo ese conocimiento fue moldeando la personalidad de Araújo. Siempre quería saber más, pero al mismo tiempo comenzaba a creer que eran pocos los que sabían más que él. Por esa razón que escribió un reporte de 100 páginas sobre cómo mejorar el mundo. Proponía darle Quantums a todos pero configurar la máquina para que solo pudieran aparecer ciertos objetos básicos, distribuir comida gratis a todo el que no pudiera costársela y reemplazar el petróleo por energía proveniente de los Quantum. Muy orgulloso de su proyecto, se lo dio a su mentor para que se lo mostrara a Bleckseth.

A los pocos días, dos personas irrumpieron en el laboratorio mientras Araújo escuchaba una de las divertidas historias de Zola. Era Mathias Bleckseth, acompañado de Diana Turner, ex agente de los Servicios Secretos Americanos famosa por su eficacia en el mundo del espionaje. Bleckseth había conseguido hacerla cambiar de bando. Araújo estaba emocionado, el mismísimo Mathias Bleckseth, aquel de quien la prensa hacía reportajes casi diariamente, filántropo, emprendedor, visionario, defensor de la libertad, estaba ahí. Araújo esperaba una felicitación, que le dijeran una vez más que era un genio, que cómo a nadie se le había ocurrido hacer algo tan simple pero eficaz.

—Diana, por favor, prende la televisión —dijo Bleckseth.

La agente Turner prendió una pequeña televisión que se encontraba en una esquina remota del laboratorio. En la pantalla se veía un grupo de personas protestando violentamente en un suburbio de alguna gran ciudad:

—¡No se le puede dar Quantums a ese tipo de gente! ¡Imagina qué barbaridades pueden hacer aparecer, pueden poner en riesgo nuestra próspera sociedad! —dijo Bleckseth con voz calmada.

—Por eso solo algunos ítems básicos como comida serían válidos. El Quantum es fácil de configurar —respondió Araújo.

Bleckseth rio, miró a la gente Turner y dijo:

—El idealismo de los jóvenes no los deja ver los detalles que arruinarán su visión —se giró hacia Araújo—. Si un joven de 16 años puede configurarlo para que solo se pueda usar para ropa, por ejemplo, otro podrá hacerlo para que solo haya armas. Si tienen cualquier cosa, ¿por qué molestarse en trabajar, cierto?

Ale recibió esas palabras como un baldado de agua fría:

—¿Qué tal si copiamos la comida nosotros y se la distribuimos?

Otra vez Bleckseth rio:

—La FDA todavía no ha determinado si la comida creada por Quantums es dañina a largo plazo. Además, así no lo fuera, esa operación costaría una fortuna —se tomó unos segundos—. Al igual que tu propuesta del petróleo... si hiciéramos eso, muchos perderían su trabajo. Buen intento chico, tu mente sin duda nos será de mucha ayuda en el futuro —dicho eso, Bleckseth invitó a Araújo a salir de la sala. Había venido hasta Cambridge para

hablar con Zola sobre su proyecto de nanobots para combatir enfermedades con el que tenía la esperanza de ganar millones.

Araújo se sentía humillado. Bleckseth ni siquiera había venido por él, su plan era una basura que nunca funcionaría. Tenía que, de alguna manera, reivindicarse frente a Bleckseth y Zola y trabajaría sin descanso hasta conseguirlo. Un día estaba relejendo “Teoría de los sueños paralelos” cuando, por fin, se le había ocurrido la idea que buscaba desde hacía semanas. Zola había probado la existencia de universos paralelos y, gracias a máquinas especiales cuánticas como el Quantum, había logrado extraer átomos de universos paralelos, átomos que venían del espacio exterior. Al público poco le importaba de dónde venían esos átomos, pero esa pregunta había sido la primera que Araújo había hecho a Zola en el momento de conocerlo. La respuesta lo había impactado: “Según mi investigación, cada persona tiene vínculo solo con un universo paralelo. El universo donde esté al momento de nacer es aquel con el cual haya tenido más cosas en común. El aleteo de una mariposa puede ser la diferencia entre que tu vínculo sea con un universo o con el otro”.

A lo largo de los años, Zola había necesitado casi cien mil voluntarios para que los Quantum extrajeran átomos de cien mil universos diferentes. Cada año, diez mil personas nuevas hacían parte de la investigación. “Hasta ahora, nunca he encontrado dos personas con vínculo al mismo universo, lo cual es lógico pues hay infinidad de universos”. Cada Quantum tenía un algoritmo para nunca repetir átomos del mismo universo hasta que el Quantum hubiera sido utilizado el número de veces que hubiera universos. “No queremos dejar un camino cuántico, no sabemos qué tecnología tienen del otro lado. Mejor prevenir que lamentar”, había explicado su mentor. Araújo recordó todas esas conversaciones y se dijo a sí mismo: “Deberíamos averiguarlo”.

Araújo, que venía de cumplir 17 años, fue a hablar con su mentor:

—¿Qué tal que en el universo paralelo al que estés conectado tengan la respuesta a todos nuestros problemas, o que nosotros la tengamos a los de ellos? La única forma de saberlo es ir y averiguarlo. Imagina que el Nicolás de París viajara y se encontrara al Nicolás de Nueva York. Hubiera probado el punto y no hubiera sido humillado.

—Lo que dices es cierto, Alexandre, pero en ese caso habría un problema: estando en el mismo universo, ¿cómo haría el Nicolás de París para volver a su universo? Tendría que buscar otra persona en el planeta que tuviera vínculo con su mismo universo y utilizar esa conexión cuántica para devolverse. El problema reside ahí: por ahora no tenemos esa tecnología ni tenemos dos personas que compartan universo. Sería una misión solo de ida —respondió Zola.

Araújo sonrió y dijo:

—Encontremos esas dos personas. Mientras las encontramos, hagamos posible el viaje. Zola soltó una carcajada y gritó en francés:

—¡Sé valiente y lo demás vendrá!

Araújo puso cara de no entender.
Rápidamente, Zola dijo:
—Tengo otra anécdota que contarte.

Zola y Araújo juntaron un equipo de científicos cuánticos de todas partes del mundo maravillados con poder trabajar con una máquina Quantum. Todos sabían de su funcionamiento y cómo usarla, pero, dado que era Bleckseth quien decidía quién tenía derecho de usarla, eran pocos los que habían tenido acceso a ella. El 90% de los fondos que poseía Zola para sus investigaciones fue destinado para el proyecto Géminis, como lo habían bautizado. La mejor noticia llegó después de que todos los miembros del equipo se hicieran la prueba para determinar el universo al cual estaban vinculados. Zola entró saltando y gritando de alegría. Un milagro había ocurrido: alguien había dado positivo al universo denominado G950624, su mismo universo. El proceso que había pensado que duraría años, incluso décadas, en verdad solo duró dos meses. Araújo había sido el que había dado positivo. Zola pensaba que tenía que ser el destino, el universo, dios, como quisieran llamarlo... sentía como si hubiera estado predeterminado.

—Entre tú y yo, Ale, está el primer hombre en ir a otro universo —dijo Zola.

Araújo le dio un abrazo fuerte a su mentor mientras le susurraba al oído:

—Recuerda que no me gusta que me digan Ale, pero si me dejas ser el primero en viajar, puedes decirme como quieras.

Zola organizó una gran fiesta con todos los presentes, pensaba que en cuestión de meses ajustaría los detalles que les faltaban. Durante unos días todo fue maravilla, hasta que un día Araújo llegó al laboratorio y no había nadie. Casi enseguida, Zola entró al laboratorio seguido por Bleckseth y su sombra, la agente Turner.

—¿Qué pasó? ¿Dónde están todos? —preguntó Araújo.

—Los despedí, no pueden gastarse 90% del presupuesto en ideas sin sentido cuando hay proyectos más importantes y lucrativos —respondió Bleckseth enfadado. Araújo iba a decir algo, Bleckseth lo cortó—. No hay nada que decir, ya Zola dijo todo lo que necesitaba oír. De ahora en adelante, todo su tiempo debe ser dedicado al proyecto de los nanobots médicos. Diana supervisará que no sigan con esa idea tonta de ir a otro universo ni siquiera en su tiempo libre. Nada bueno puede salir de ahí.

Bleckseth partió pero Diana Turner no.

Día tras día, semana tras semana, la agente Turner estaba en el laboratorio observándolos. El trabajo siempre era interesante pero Araújo lamentaba que su amado proyecto Géminis no hubiera resultado, sobre todo porque en verdad sentía que era cuestión de tiempo. Ahora, sin los equipos del laboratorio, era virtualmente imposible lograrlo.

Un día estaba almorzando con Zola y le comentó su decepción por no poder seguir investigando:

—Me pregunto cómo será conocer una versión de mí mismo... ¿Pensaré igual que yo? ¿Hasta qué punto nuestras vidas han sido iguales? ¿Qué opinas, Albert? Llevas casi 18 años investigando universos paralelos, alguna idea debes tener.

Zola pensó por unos segundos qué iba a responder:

—Me gusta pensar que la esencia del alma está ahí sin importar las circunstancias, que nuestro núcleo es el mismo, nuestro objetivo es el mismo... como héroes de dos historias diferentes luchando contra un malvado monstruo: Perseo contra Medusa en una, Teseo contra el Minotauro en la otra, pero el mismo fin: alcanzar la grandeza.

Araújo quedó sorprendido. Con esa simple frase, Zola había logrado responder algo que él consideraba muy profundo. Se limitó a decir:

—Brillante, profesor.

Zola rio:

—Recuerda que en un momento pensé ser escritor. ¿Quién quisieras ser tu, Alexandre, Perseo o Teseo?

Esta vez fue Araújo quien se tomó un tiempo para pensar:

—Supongo que me identifico más con Teseo —respondió.

Zola guardó silencio como si estuviera pensando qué decir:

—Eso dice bastante de ti, pero no todo. Por ejemplo, ¿sabes guardar un secreto?

Araújo, que no veía mucho a que venía todo eso, asintió.

—He estado trabajando en Géminis —dijo Zola.

Araújo puso cara de sorpresa.

Zola siguió:

—Utilicé un Quantum para crear los equipos, los tengo en uno de mis cuartos de huéspedes. Cuando mi esposa se va a dormir, voy y hago las pruebas. Creo que ya está, solo necesito probarlo con la computadora cuántica para ver si funciona; como creado es muy grande y no cabe en mi casa, tengo planeado escabullirme esta noche para hacerlo.

Araújo estaba en shock, comenzó a hablar sin parar:

—¿Cómo funciona? ¿Cómo resolviste el problema cuadrático? ¡Déjame venir esta noche, haré guardia!

Zola lo calmó:

—Tengo que mostrarte mis apuntes. Fue bastante complicado pero el procedimiento es simple: introduces la secuencia de Fibonacci, apuntas el Quantum hacía la persona que está enlazada al universo que quieres, le pones en la muñeca el dispositivo que creé a quien vaya a viajar. Con eso debería bastar para viajar al universo paralelo; ni siquiera es necesario que haya dos personas del mismo universo, con una basta.

Araújo estaba totalmente fascinado. Tenía más preguntas pero la agente Turner apareció para decirles que ya era hora de volver al trabajo.

Araújo llegó ansioso al otro día al trabajo, necesitaba saber si las pruebas cuánticas habían resultado positivas. Llegó a la puerta del edificio y se encontró con cintas de policía que impedían la entrada, mostraba sus credenciales pero la policía no lo dejaba pasar. A lo lejos, Turner dio la orden de que lo dejaran pasar.

Araújo corrió hacia ella:

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Atrapé a Zola aquí por la noche haciendo experimentos. Me pareció raro, así que pedí una orden de cateo. Como descubrimos que había creado ilegalmente máquinas cuánticas, lo han arrestado.

Araújo no lo podía creer:

—Hay que llamar a Bleckseth, él lo sacará de la cárcel —dijo.

La agente Turner le hizo señas con la cabeza de que lo siguiera, llegaron al laboratorio. Bleckseth estaba dentro buscando algo.

—¡Lord Bleckseth, tenemos que sacar a Zola de la cárcel! —exclamó Araújo.

—Ha cometido un delito grave y pagará por ello. No podemos dar la imagen al público de que hay gente por encima de la ley. Normalmente, la pena por robo de material clasificado es 7 años, me las arreglaré para que solo le den 6 meses... él aprenderá la lección: nadie está por encima de la ley —dijo Bleckseth con su típico tono condescendiente.

—¿Se te ocurre qué pudo estar haciendo aquí a esas horas? —preguntó la agente Turner.

Araújo dio un vistazo rápido al laboratorio, se percató de que los dispositivos estaban sobre el escritorio de Zola:

“Seguro no se han dado cuenta, pensarán que es alguna manilla especial que Zola había traído de algún viaje”, pensó al mismo tiempo que negaba con la cabeza a la pregunta de Turner.

—Iré a su casa otra vez, de pronto encuentro algo —dijo la agente antes de partir.

Bleckseth también iba a salir pero notó algo en el escritorio de Zola y se acercó. Cogió los dos dispositivos, los tocaba detenidamente. Le hizo señas a Araújo y le lanzó uno de los dispositivos:

—Mira esto —dijo.

Araújo tenía el corazón a punto de estallar.

—Es increíble: es el científico más brillante de la Tierra y compra baratijas de mercado de pulgas... mira todas estas chucherías en su escritorio —dijo Bleckseth.

Partió.

Araújo suspiró y se lanzó a la computadora. Usando las habilidades informáticas que había aprendido, Araújo, quien estaba a meses de cumplir 18 años, hackeó la base de información central del MI6. Siempre había querido hacerlo, sabía que podía, pero no quería romper la ley. Ese día solo quería ver dónde y cómo estaba Zola; serían unos cuantos segundos, luego cerraría la página y nadie se daría cuenta.

Para ese entonces, Londres se había vuelto la ciudad más importante del mundo, de la misma forma que el Reino Unido había vuelto a la gloria de sus épocas coloniales. Al

hackear la base de datos del MI6, Araújo prácticamente había accedido al conocimiento del planeta entero. Verificó que su mentor se encontrara bien. Iba a cerrar el servidor pero no pudo resistir las ganas de ver todos los secretos que había ahí. A los pocos segundos, quedó asombrado con lo que vió y entendió rápidamente que el concepto de libertad que tenía era totalmente equivocado: Bleckseth y sus hombres eran el mal hecho humano, espiaban absolutamente a todo el mundo y luego utilizaban la información para manipular y controlar. Lo que más le impresionó fue ver las estadísticas que había recolectado la página, los billones de euros que algunas personas poseían en comparación con lo casi nada que poseían los dos billones de personas que vivían en suburbios pobres del mundo. Encontró información sobre grupos paramilitares en países subdesarrollados a los cuales Bleckseth proveía armas ilimitadas con el fin de poner a titeres en el poder. Ahora entendía las revueltas y protestas que la prensa mostraba por televisión de vez en cuando y entendía también por qué esas mismas cadenas de televisión no mostraban lo que él estaba viendo en ese momento: policías disparando indiscriminadamente a manifestantes, represiones brutales a opositores, videos de tortura a presos políticos. Con razón Bleckseth le había dicho que su plan era imposible de lograr; le importaba el poder, nada más. También entendió por qué se había negado al proyecto Géminis: al entrar en contacto con otro universo, ponía en riesgo su manto de poder. ¿Qué tal que el universo paralelo descubriera sus atrocidades? Peor aún, ¿qué tal que ellos cometieran más? Había preguntas que era mejor no responder nunca.

Araújo jamás había estado más bravo en su vida, ni siquiera cuando sus papás le informaron que lo mandaban al internado. En la locura del momento, copió los videos y archivos más cínicos, violentos e indignantes y los mandó a todos con el asunto “Nadie está por encima de la ley”.

De un momento para otro, la pantalla de su computador se puso roja, las alarmas del edificio se activaron y oyó las sirenas de policía viniendo hacia él. Su ira se volvía preocupación al darse cuenta de lo que había hecho. El dispositivo de seguridad del laboratorio se activó, las ventanas se sellaron al igual que las puertas. Estaba completamente atrapado. Por lo que había hecho era posible que lo acusaran de traición. Vio el carro de la Agente Turner parquear y la vio entrar al edificio. Era su fin. Se sentó en el escritorio de Zola, cogió los dispositivos, se puso uno en la muñeca y se guardó otro en un bolsillo de la chaqueta. No sabía qué hacer. ¿Acaso su única salida era intentar escapar a otro universo? ¿Acaso valía la pena siquiera intentarlo? No había garantía de que funcionara, si Zola no había podido solucionar los problemas del dispositivo, nada pasaría. Además, si los hubiera solucionado, todo era teoría, nada le garantizaba que no explotara ahí mismo, que acabara quién sabe en qué rincón del universo. Incluso si todo saliera bien, llegaría a un universo desconocido, completamente solo, sin saber si llegaría a una utopía o a una distopía. Oía los pasos de Turner y de los policías venir hacia él. También recordaba los videos de tortura que venía de ver, recordaba que no tenía a nadie en el mundo. Había dejado de hablar con sus padres cuando comenzó a trabajar con Zola. Nunca fue una

persona de muchos amigos, tenía apenas unos cuantos conocidos, siempre había preferido estar solo a rodearse de gente que consideraba inferior. Se acercó a uno de los Quantums que había a su alrededor.

—Vamos a entrar. Manos arriba, si haces cualquier movimiento, dispararemos —advirtió la agente Turner.

Araújo inhaló profundo y comenzó a apretar los botones del Quantum. La puerta comenzó a abrirse. “Sé valiente y lo demás vendrá, sé valiente y lo demás vendrá”, se repetía una y otra vez. La agente Turner finalmente pudo entrar, tenía el dedo en el gatillo. Estaba lista para disparar pero un destello índigo la cegó. Cuando pudo abrir los ojos, el cuarto estaba vacío. Araújo se seguía repitiendo “sé valiente y lo demás vendrá” una y otra vez. Cuando dejó de percibir sonidos, abrió los ojos y se vio en un cuarto adornado con playeras de fútbol y afiches de películas. Frente a él, petrificado, observándolo, yacía en la cama un ser idéntico a él.

XII

Batalla en el Alma

Leo escuchaba con atención las palabras de Ale, John y Drachen y tomaba notas en un cuaderno viejo. Michel observaba con cuidado el folleto naranja que venía de leer en voz alta. Ale continuaba su explicación, trataba de hacerla lo más compacta posible porque sabía que el tiempo no era su aliado.

—Estaba totalmente en shock, pero comenzó a hablar: me contó de su mundo, su historia, dijo que tenía un máquina para hacer el mundo mejor —Ale pausó por unos segundos—. No saben lo que es hablarse a uno mismo... inmediatamente confié en él. ¿Cómo no hacerlo? Era yo. Se metió a mi computadora y en segundos tenía una cuenta bancaria con millones de dólares. Tuve suerte de que esa semana mis padres no estuvieran. Durante esos días, él leía sobre nuestro mundo al mismo tiempo que planeaba detalladamente cómo llevar a cabo su elaborado plan. Me enseñó a usar el Polaris y me dio detalles de su universo. Consiguió papeles falsos, se fue a un hotel justo a tiempo para la vuelta de mis padres. Todas las tardes después del colegio chateaba con él. Finalmente, después de unas semanas, todo estaba listo: me dejó su Polaris y partió a Manhattan, compró los últimos dos pisos del Edificio Cristal, me dijo que era la única forma de que nadie nos descubriera. Un día me mandó un mensaje: había hablado con mi primo para hacer una rueda de prensa, empezábamos a poner nuestro plan en acción. Lo demás ya lo saben, o deducen: él iba a las grandes reuniones, yo a las galas y trabajos simples del día al día. Ernest nos mantenía al tanto de quién hacía que. Ambos disfrutamos la vida de famosos, la prensa, las modelos, los viajes. Al mismo tiempo, gracias a ustedes, pudimos hacer la utopía perfecta... hasta el día que Stana planteó la idea de Alejandría. Desde ese día todo se vino abajo. No podía creer que se le hubiera pasado que alguien más podía tener ideas brillantes... y luego llegaron los acuerdos de Viena. Su plan era traicionar a Bleckseth, eliminarlo incluso antes de que su nave llegara a Alejandría, a él y a todos sus secuaces y aliados. Lo convencí de que no lo hiciera, de no repetir los errores de su universo en el nuestro, le recordé que buscábamos un mundo justo y libre. Evidentemente, las cosas no salieron como pensé y por eso estamos ahora aquí.

Todos seguían tratando de procesar toda la información que acababan de escuchar.

Durante varios segundos, nadie se atrevió a hablar.

Drachen rompió el silencio:

—Creemos que es posible que la gente de Alejandría esté viva, atrapada en un momento cuántico, congelada en el espacio-tiempo. ¿Es posible? —preguntó.

Ale pensó la respuesta. Al cabo de unos segundos, dijo:

—Sí, definitivamente.

Leo y Drachen festejaron con energía esas dos palabras.

Michel estaba todavía en un estado de trance observando el folleto naranja que Araújo había traído de otro universo en el bolsillo de su abrigo.

John, sin embargo, no estaba convencido:

—Me alegra que sea posible, pero ¿cómo esperan que lo hagamos?

— De alguna manera tenemos que entrar a Orsay, desde ahí se opera la base en la luna — dijo Leo.

John rio sarcásticamente:

—Solo entrar a uno de los edificios más resguardados del mundo es casi imposible... Y así logremos hacer aparecer Alejandría, ¿qué evita que Araújo vuelva a hacerla desaparecer? — preguntó.

—Que va a estar muerto —dijo Ale con una frialdad que nunca le habían visto sus compañeros. Fue tal la impresión que causaron esas palabras que el silencio volvió a invadir completamente el apartamento de Leo —. Es la única solución. Si eliminamos a Araújo también se van los Sables porque ellos siguen las ordenes de Araújo y solo de él; si su cerebro deja de emitir ondas, todos los sables del mundo serán, prácticamente, estatuas.

—Y cuando pare de latir su corazón, el mundo se quedará sin Polaris —dijo John.

—Ya tuvimos esta discusión. Es el precio que hay que pagar para ser libres —dijo Leo.

—Yo estoy comprometido con esta causa, solo quiero que todo esté claro, que no arriesguemos nuestras vidas si es imposible lograrlo —dijo John—. Por ejemplo, ¿cómo vamos a eliminar a Araújo? ¿quién lo va a hacer? ¿cuándo? —añadió.

—Yo, el próximo 24 de junio, en Buenos Aires —respondió Ale con ese mismo tono frío de hacía un momento—. Voy a verme con él esa noche en la Casa Rosada. Me lo ha dicho, quiere hablar cara a cara conmigo. Necesito su ayuda, de alguna forma tienen que generar una revuelta en Buenos Aires lo suficientemente grande como para que la mayoría de Sables de la ciudad acudan a contenerla y yo pueda estar completamente solo con él — añadió Ale.

John exclamó:

—¡Eso es en 1 mes, no podemos tener esto listo para entonces!

Drachen también tenía una o dos cosas que decir:

—Es cierto, es muy poco tiempo, aún hay detalles que nos faltan. Si Araújo muere antes de que hayamos devuelto Alejandría, luego nos será imposible hacerlo. Además, veo difícil generar la revolución que nos pides.

—Tenemos tres horas para descifrar todo esto. Esta oportunidad es única, no podemos desperdiciar el momentum que llevamos —dijo Ale.

Leo chasqueó los dedos:

—¡Ya sé! ¡Podemos transmitir en directo a todo el mundo, decirles los que sabemos sobre Alejandría!

John negó con la cabeza:

—Lamentablemente, no creo que sea suficiente. Algunos saldrán, pero la gran mayoría no. Incluso habrá quienes salgan a evitar que los primeros logren su objetivo.

—Exacto —dijo Leo—. Trataremos de convencer al mayor número de gente posible de salir a luchar en nombre de la libertad. Si el número es grande, los demás, preocupados por la posibilidad de perder sus comodidades, saldrán a evitarlo. Todos los Sables tendrán que salir, ya sea para contener a los que se revelan o simplemente para proteger a los seguidores de Araújo —añadió el italiano.

—Tienes toda la razón. Si no sale a proteger a los suyos, pondría en duda su discurso —dijo Drachen.

—¿Están dispuestos a armar una guerra civil sin siquiera saber si podremos devolver con vida a la gente de Alejandría?! —preguntó John con rabia.

Leo no respondió con rabia sino con determinación:

—Nos acusaste de que no podíamos decidir nosotros por el resto del mundo. Ese día, cuando hayamos tomado el Grand Palais y demos la noticia de lo que sabemos a todo el mundo, ese día la gente hará lo que quiera: escogerá si pelear por la libertad de todos o vivir en la dictadura para comodidad algunos.

—Estoy con Leo en que hay que hacerlo, pero lo que dice John también es válido: no sabemos si podremos volver a aparecer Alejandría a tiempo —dijo Drachen.

De la nada, Michel dijo:

—¿Las únicas dos personas que tienen vínculo con el universo de Araújo son él y Albert Zola?

—Que sepamos, sí —dijo Ale.

—Por favor, Michel, trata de acelerar el ritmo. Hablamos de eso hace mucho, ahora estamos en cosas más vitales —dijo Drachen fastidiado.

Michel cogió el folleto naranja, señaló la foto del autor que salía en última página del folleto y dijo:

—Yo conozco a este hombre, sé dónde está.

El silencio se apoderó una vez más de la sala, todos miraban al francés con curiosidad por lo que iba a decir después.

—Después de un largo día de reflexión, el entonces de 24 años Albert Zola había decidido abandonar Cambridge y aceptar el trabajo como guionista que le había ofrecido Max Stammler. El ingenioso humor de Zola, sumado a su vasta imaginación, hizo de “Monsieur President”, la serie de Stammler, la comedia más vista del Reino Unido durante 9 temporadas. En ella, un comediante se lanza a la presidencia de Francia y, para sorpresa de todos, resulta electo. La serie cuenta sus aventuras y *shenanigans*. Zola convenció a Stammler de contratar, para el rol del Presidente Verne, al desconocido actor Emil Johansson, quien acopló su humor perfectamente a los diálogos escritos por Zola. Cada capítulo comienza con una pequeña alocución del presidente Verne a sus conciudadanos: “*FRANÇAIS, FRANÇAISES*”, seguido de algún discurso totalmente absurdo —puede ser desde haber cambiado el nombre del país a “Vieja Caledonia” a anunciar que ha decidido declarar la guerra a alguna isla en el Pacífico simplemente porque está aburrido.

Tal fue el éxito de la serie que a principios de los años 2000 una gran cadena de televisión americana contrató a Zola para escribir una serie para ellos; fue así que nació “El arte de ser yo” con Emil Johansson interpretando el rol de Mr. Gorizu y Max Stammler dirigiendo. Otro éxito total, una de las comedias con más éxito de la historia.

—¿Estás seguro de que es él? —preguntó Drachen.

Michel asintió, lo había reconocido inmediatamente al ver la foto. Después de todo, Michel era uno de los fans más grandes de su trabajo. Había decidido tomarse su tiempo antes de contárselo a sus colegas, no quería ilusionarlos en vano.

—Tiene sentido —dijo Leo—. Es por eso que Araújo ama esa serie casi tanto como Michel —añadió.

Ale estaba sorprendido, Araújo nunca le había mencionado nada al respecto. Personalmente, jamás pasó por su cabeza indagar sobre la versión de Zola en la Tierra, había supuesto que Araújo lo había buscado y que los resultados no le habían impresionado. En realidad, una de las primeras cosas que había hecho Araújo cuando llegó a este universo había sido averiguar sobre la vida de quien fuera su mentor. Al ver que se había dedicado a un campo tan diferente de las ciencias, Araújo decidió no contactarlo. Sin embargo, poco a poco se enamoró de sus series televisivas.

Todos sonreían, excepto John:

—No me digan que están todos pensando el mismo plan —dijo.

Michel sonrió más de lo que ya lo hacía y dijo:

—Vamos a traer unos cuantos Polaris directo de la fábrica.

John suspiró y, desanimado, preguntó:

—¿Cómo planeas hacerlo?

Michel se puso al frente y comenzó a hablar. Sus ideas convencieron a todos; durante las horas siguientes, Michel y los demás ajustaron los detalles para triunfar en su objetivo. Por cada idea de Leo o Michel surgía una duda de John y una inquietud de Drachen. Aún así, al final, justo antes de que Ale tuviera que partir, llegaron a un consenso. Ale dio las últimas indicaciones, se despidió de cada uno de sus amigos y partió de vuelta al hotel para no levantar sospecha. Los cuatro científicos vieron a su amigo irse de nuevo a su vida de nómada, sabiendo que la única forma de volverlo a ver era triunfar. Repasaron el plan una y otra vez hasta que finalmente también a ellos les llegó la hora de volver a casa. Al igual que en el vuelo de ida, Michel se quedó dormido instantáneamente. John también. Leo, liberado de un remolino de pensamientos, también pudo dormir. Esta vez era Drachen el que no podía pegar el párpado: no paraba de pensar que estaba en las manos de científicos cuarentones salvar la vida de más de dos billones de personas y que para ello debían tomarse los dos edificios más seguros del mundo, causar una revolución global, asesinar al hombre más poderoso del planeta y destruir un ejército entero de robots. Todo en una misma noche. Para rematar, también estaba en los planes viajar a un universo aún más

distópico que el de ellos desde la casa de Araújo. Lo que más preocupaba a Drachen era que todo dependía de la capacidad de convencimiento de Michel.

El plan comenzó al día siguiente. Todos partían a misiones laborales alrededor del mundo. El avión de Michel, dirección Los Ángeles, fue el primero en salir. De todos los integrantes del MIAST, Michel era, sin duda alguna, el que tenía el trabajo más divertido: comer, viajar, conocer famosos, ir a sitios turísticos. Michel, como sus tres socios habituales, ya no tenía un cargo científico, sino uno político: se encargaba de promover la cultura en todas sus formas. Michel era sin duda una de las pocas personas que Araújo estimaba: en los casi 7 años que llevaba el régimen de Araújo, Michel era el único en haber vuelto a hablar con él después de los incidentes de Alejandría. Leo y John lo habían intentado pero Araújo los había ignorado completamente. En cambio, Araújo mismo había buscado a Michel en varias ocasiones para mandarlo a misiones especiales. Esa extraña simpatía que generaba el parisino en las personas era la piedra angular de toda la operación.

La suerte había estado de su lado: Michel estaba en Los Ángeles para dotar los estudios de Hollywood, al igual que el cine independiente de la ciudad, de mejor tecnología para sus películas. Michel conocía a la mayoría de actores famosos por las fiestas que había organizado el MIAST los últimos 13 años, sin embargo, nunca había tenido la fortuna de conocer a sus dos ídolos más grandes: Albert Zola y Emil Johansson. Antes de cada fiesta, Michel imploraba al departamento de Relaciones Públicas que los invitara, pero su truco nunca había funcionado. Esta vez era indispensable que Michel los contactara, las probabilidades de éxito disminuirían considerablemente si fallaba en convencerlos de ayudar. Michel comenzó a preguntar sobre su paradero a todo actor que se encontraba. El primer día nadie parecía saber dónde localizar a los dos comediantes. El segundo día Michel cambió de estrategia: pidió a su gente que contactara a Max Stammler. Acababa de decidir que Stammler sería el director galardonado ese año por el MIAST con el premio Hemingway en reconocimiento a la cultura en cualquiera de sus formas. El agente de Stammler no demoró en llamar de vuelta y una reunión fue pactada para esa misma tarde en un café cerca de Rodeo Drive.

Stammler ordenó un cuba libre, Michel un whiskey en las rocas. La verdad, Michel no estaba para nada impresionado de conocer al director de su serie favorita. Consideraba que el talento de Stammler era limitado y que había llegado lejos únicamente por haber tenido la suerte de rodearse de personas con talento casi infinito. Stammler pensaba lo mismo, por eso recibir la noticia fue una sorpresa feliz; tal vez era un premio inmerecido, pero era un premio, en todo caso. Michel no se apresuró, tomó las cosas con calma: durante casi media hora se concentró en hablar solo de Stammler y del premio que recibiría:

—El presidente Araújo adora “El arte de ser yo”, fue él mismo quien me pidió entregarte este galardón. La ceremonia será en diciembre en el MGM Grand de las Vegas ... o de pronto en el Ceasar’s Palace, nos gusta cambiar constantemente.

Pasaba el tiempo, el alemán contaba anécdotas poco interesantes para Michel:

—Poca gente sabe esto, pero fui compañero de la madre de Araújo en la Universidad. Perdí contacto con ella, es una lástima.

Michel aprovechó para tocar el tema que le importaba:

—Hablando de compañeros... por lo general, el premio es entregado por algún amigo famoso del receptor. Esta vez, nos encantaría que Albert y Emil lo hicieran —dijo Michel.

Stammler aplaudió:

—Me encanta la idea, se la comunicaré lo antes posible.

Michel dejó escapar una pequeña sonrisa:

—Nos encantaría poder contactarlos para cuadrar los detalles directamente.

La cara de Stammler dejó de ser pura sonrisa y emoción:

—Lamentablemente, no es posible: no tienen ni celular ni correo —dijo.

Michel no se dejaría vencer tan fácilmente:

—En ese caso, iré a verlos personalmente. ¿Puedes darme la dirección de alguno de los dos? —preguntó.

Stammler volvió a fruncir el ceño:

—Tampoco será posible, no sé sus direcciones.

Michel no resistió más. Abandonó su personaje:

—¿Cómo es posible que nadie en esta ciudad sepa dónde encontrar a los comediantes más laureados del mundo?! ¡Entiendo que el público no sepa quién escribe las series que ven, pero los actores deberían tener alguna idea de Zola! ¡Si su mejor amigo y socio principal no sabe nada, entonces... ¿quién diablos lo va a saber?! ¡Merde!

Stammler entendió todo, se terminó la bebida de un sorbo y antes de pararse apuntó a Michel con el índice izquierdo:

Ustedes pueden mandar en el mundo, incluso en el universo, pero en esta ciudad mandan ellos dos —dijo y se fue en su vehículo.

Michel no se podía mover. Al oír el Ferrari desapareciendo en el tráfico angelino, rio. “Creo que merezco un Oscar”, se dijo a sí mismo en voz alta. Mientras, seguía los movimientos del Ferrari en su celular.

Michel volvió al hotel. Esperó. Notó no solo que el transmisor que había colocado en el maletín de Stammler mostraba que se ubicaba en una gran mansión de Sunset Boulevard, sino también que allí estaban otros transmisores que había puesto a lo largo del día. Michel decidió ir e indagar. Unos minutos y un par de taxi después, Michel se encontraba frente a un gran pórtico entreabierto. Al otro lado, una mansión gigantesca, música que retumbaba en las paredes, ventanas que dejaban escapar luces de todos los colores. La calle estaba repleta de carros antiguos. Michel entró en la inmensa mansión y vio a varios de los actores

y actrices con los que había compartido los dos días anteriores, todos vestidos de smoking y traje de gala.

La música de Sinatra y Dean Martin se apoderaban de la mayor parte de los cuartos -de todos excepto uno, donde identificó la canción “Shall we dance”. Varias personas bailaban al ritmo de la balada más famosa de “ El rey y yo”, entre ellas Albert Zola junto a una pelirroja de traje escarlata. Emil Johansson bailaba con la última ganadora del Óscar. También vio a Stammler coqueteando con un par de rubias. Michel caminó por el largo pasillo que comunicaba los diferentes cuartos, el tiempo parecía ir más lento, se sentía en una película antigua, como si hubiera viajado en el tiempo. La canción de la famosa obra de Broadway se terminó.

Cada persona de la habitación, salvo Michel, tenía una botella de *champagne* en la mano; perdidos en su festejo, nadie había notado la presencia del parisino.

—Caballeros, creo que me he ganado el derecho de hablar con ustedes —dijo Michel. En ese momento todos los ojos se volvieron hacia él. Johansson y Zola cruzaron miradas. Zola miró a Michel, con una señal le hizo entender que lo que siguiera. Johansson y Stammler también lo siguieron.

Zola los había guiado a un bar del segundo piso. Johansson les sirvió whiskey.

—Tienes cinco minutos, no apreciamos a miembros del régimen en esta casa —dijo Zola.

A pesar de estar frente a sus dos más grandes héroes, Michel no se dejó amedrentar:

—Lo he notado por lo que constantemente se niegan a asistir a los eventos del MIAST, se rehúsan incluso antes de que nuestro líder se volviera un genocida.

Zola miró a Michel intimidante:

—Nuestras fiestas son mejores, por eso esta ciudad es nuestra. Si hay algo en lo que confío es en mis instintos... Hace más de una década tuve una pesadilla: estaba con un joven en una especie de laboratorio. No sé bien qué hacíamos, pero al final estábamos en la cárcel...

Johansson interrumpió:

—Se me ocurren unas cuantas cosas que podrías haber estado haciendo, sobre todo si tu sueño ocurría en el sur en los años cincuenta —dijo riendo.

—Ese chiste dejó de ser chistoso hace una década, Emil —respondió Stammler.

Zola retomó:

—...en el sueño terminé en la cárcel. Al salir, el mundo era una distopía total: policías armados, una sola bandera, un mundo totalmente oprimido. A las pocas semanas, el mismo joven de mis sueños apareció en la televisión. El tiempo me dio la razón. Quedan cuatro minutos para que llame a seguridad.

Michel sonrió:

—Solo necesito dos —dijo mientras extendía sobre la mesa un folleto naranja.

—Eso explica un par de cosas —dijo Emil Johansson.

Después de haber escuchado el atrevido plan que Michel y sus compañeros habían diseñado días antes, Zola, encantado con el folleto que le había dado Michel y con la conversación que acababan de tener, se sentía como un niño que va al mar por primera vez. Michel le había entregado una llave para abrir la puerta de la inmensidad a lo desconocido.

Zola miró rápidamente a Johansson y Stammler y dijo:

—Cuenta con nosotros.

Michel estaba feliz por su respuesta positiva. Sentía que no podía aprovecharse de ellos, así que trato de enfatizar los riesgos que corrían al aceptar:

—No va ser fácil, no tenemos derecho a fallar. Nuestras vidas van a correr peligro cada segundo que dure esta operación, literalmente. Así sobrevivamos, es posible que, al final del camino, sus vidas sean diferentes. Si fracasamos -e incluso si triunfamos- es posible que todos sus lujos, todas sus riquezas, por todo lo que han trabajado... puede que lo pierdan.

Stammler estaba pálido pero Zola y Johansson no.

—Cuando por mucho tiempo tienes todo lo que quieres, te das cuentas de que los antiguos tenían razón: la felicidad no se mide en oro o por las riquezas que tengas, la felicidad se batalla en el alma —dijo Johansson.

Zola agregó:

—Llevamos tres décadas viviendo como reyes. Después de un tiempo te acostumbras a tenerlo todo, por eso tratamos de recrear, diariamente, en nuestras casas, la época que más admiramos: el Hollywood clásico. Fiestas, música, mujeres, alcohol... lo hacemos porque queremos y podemos, pero sobre todo porque te hace olvidar el hecho de que tienes que tratar de reinventarte continuamente para no estancarte en el pozo del desinterés. Por eso hicimos las series que hicimos: para comenzar, para mejorar continuamente, para hacer crecer nuestra *endaimonia*. Pero ha llegado el momento en que no podemos vivir más en el pasado. Cuando el destino llama a tus puertas, estás obligado a seguirlo, más cuando es para ayudar a quien lo necesita, combatir al opresor y liberar al oprimido.

Michel estaba encantado, sus dos héroes eran tal como los había imaginado: bohemios filosóficos, citaban a Democritus y Aristóteles. Había conseguido las dos piezas que faltaban y, de paso, había conseguido a Stammler.

Al día siguiente, Michel llamó a su jefe Kahlil Watterson para informarle que había convencido al elenco de “El arte de ser yo” de reunirse especialmente para celebrar a Araújo. Le contó que actuarían en vivo para el Presidente, miembros del MIAST y para cualquier persona que Araújo quisiera invitar. Harían un episodio totalmente nuevo. La única condición que pedía el elenco era hacer la representación en la casa de Araújo en la Fundación Louis Vuitton -Michel explicó que Zola era fan de la arquitectura del edificio y moría por verla por dentro. Kahlil le comunicó la propuesta a Araújo, quien quedó encantado. Al enterarse de que Michel había sido el arquitecto de tal logro, autorizó a Kahlil para invitar al evento a los cuatros científicos originales del MIAST. La gala se

llevaría a cabo en unas semanas en en la casa de Araújo en el corazón del 16^{to} *arrondissement* parisino.

Coincidentalmente, la fecha pactada cayó 6 de junio. Leo pensó que era una señal del destino: un grupo de aliados luchando por la libertad desembarcarían en Francia, su llegada no sería sorpresa pero sus acciones una vez adentro serían, definitivamente, igual de impactantes. Así como hacía años había significado el fin del régimen nazi, Leo esperaba que la historia recordara esa fecha como el comienzo del fin del régimen de Araújo.

XIII

Dasein

El sol caía en París, la ciudad luz se preparaba para estar más iluminada que nunca. El pequeño evento que habían diseñado los cuatro científicos había tenido efecto de bola de nieve a medida que pasaban los días y la entrada de la Fundación Louis Vuitton se había convertido en una alfombra roja llena de camarógrafos y fanáticos viendo desfilar a actores, modelos, políticos y científicos que se habían reunido para celebrar el reencuentro de la adorada tropa de actores en honor al Presidente Araújo. Una vez la noticia había comenzado a rodar, cientos de personajes se habían comunicado con el MIAST para conseguir una invitación. El Presidente Araújo, quien hacía ya varios años gozaba de las fiestas y eventos privados, invitó a la *crème de la crème* de la sociedad.

Los invitados fueron llegando uno a uno, el público que rodeaba la entrada no podía parar de gritar, tomar fotos y pedir autógrafos al inmenso número de famosos que llegaban. La prensa entrevistaba altos miembros de la sección política del MIAST, entre ellos a Kahlil Watterson, quien, evidentemente, no iba a perderse el evento social de la década. Leo y Drachen, junto a Kate y Audrey, conversaban en el *jardin de l'acclimatisation* adonde llegaban todos los invitados una vez cruzaban la alfombra roja para esperar que las puertas se abrieran. El grupo había decidido que lo mejor para sus parejas era no involucrarlas en la operación, pero no traerlas podía haber levantado sospechas. Audrey reía y tomaba champaña mientras conversaba con el director de la Ópera Garnier sin saber lo cerca que su marido estaría de la muerte en tan solo en unas cuantas horas. Leo sonreía y coqueteaba con modelos a pesar de que por dentro estaba completamente asustado. Debajo de su traje *Dolce & Gabbana* llevaba una camisa de Milan, su camisa de la suerte, la que usaba en cada partido importante. Era un actor tremendo: nadie que lo hubiera visto en ese momento hubiera podido decir que sus ojos estaban contando con estupor el número de Sables que protegían el evento y no sobre las decenas de modelos que lo rodeaban. Drachen, en cambio, no tenía un solo gramo de miedo: sabía que todo podía salir mal de un momento para otro, pero por alguna extraña razón, esa posibilidad no le importaba en absoluto y charlaba tranquilo junto a Kate y el Gobernador del MIAST en China sobre las iniciativas de salud que llevaba el MIAST en la región.

La prensa entrevistaba a John, quien acababa de llegar junto a Christine, cuando, de repente, aumentó el volumen de los gritos. Un helicóptero sobrevolaba el área. De la nada, alguien saltó y, a los pocos segundos, todos observaron cómo un paracaídas color naranja y azul se abría para aterrizar armónicamente en medio de la alfombra roja. La lluvia de flashes caía sobre Emil Johansson, quien se quitaba el paracaídas para dejar ver un elegante

smoking blanco. El público enloqueció, la estrella había llegado. Sables adicionales tuvieron que llegar para contener el mundo de gente que quería acercarse a Johansson. Si sus papeles en televisión habían mostrado su talento para la comedia, su trabajo en la pantalla grande le había hecho merecedor de todos los galardones posibles, entre ellos el Óscar, tan solo tres años antes, por la película “1905”, en la cual había interpretado a un periodista que es despedido por simplificar temas complejos en sus artículos y que decide, entonces, escribir un libro sobre el gran año de Einstein, 1905, en el cual, a pesar de ser un desconocido al que nadie veía potencial, publicó cuatro teorías que cambiarían el mundo. En el camino, el periodista termina rompiendo sus propias barreras y logra mejorar su vida en diferentes frentes. Además, Johansson había sido escogido dos veces hombre más sexy del mundo por la revista People. Mientras todos perdían la cabeza por la excéntrica llegada de Johansson, digna de algo que haría su personaje de televisión, Zola y Stammler cerraban los detalles de la presentación.

Una vez todos los invitados se habían marchado de su casa, Zola y Johansson se habían puesto inmediatamente a escribir un guión. Stammler, por su parte, se había puesto a llamar al resto del elenco. La tarea fue bastante fácil: los enamorados Axel Forest y Natalie Nottingham, quienes interpretaban a Sam -el abogado de Mr. Gorizu que debe vivir con él por orden del juez- y a Natasha -reportera que cubre semana a semana las peripecias del billonario y su abogado-, habían aceptado. Lux Calvin, quien interpretaba al agente especial Flower Bloom y cuya tarea era intentar atrapar con las manos en la masa a su eterno rival, Mr. Gorizu, para mandarlo a una cárcel de verdad, también había aceptado inmediatamente. Habiendo aceptado los cuatro personajes principales, los personajes secundarios (las amistades del excéntrico billonario, los abogados de la firma de Sam y el desinteresado juez) no dudaron en aceptar. Después de días de arduo trabajo, Zola concluyó el guión para el episodio de poco más de una hora que representarían. La serie había acabado hacía ocho años. Luego de nueve temporadas, 95 millones de personas habían sintonizado “*Das Nichts*”, el último episodio, en el que Mr. Gorizu desaparecía entre la bruma, escapando de la ley para que Sam -quien por orden judicial había tenido que convivir con él nueve largos años en el lujoso apartamento del billonario- pudiera finalmente vivir tranquilo con Natasha. La serie acabó con Mr. Gorizu burlándose una última vez del nombre del detective que durante nueve años trató de encarcelarlo y el episodio que harían en vivo retomaría la serie siete años después de ese último evento. Sería así: todos los personajes están reunidos en el mismo cuarto, en el supuesto funeral de Mr. Gorizu, solo para sorprenderse con que todo es una farsa ideada por el fugitivo billonario para limpiar su nombre. Todos los actores, al igual que Stammler -quien, obviamente, dirigiría el episodio-, adoraron el guión que Zola había titulado “*Dasein*”. El verdadero motivo de la presentación no sería revelado por ninguno de los tres.

Las puertas de Casa Araújo -como Michel había comenzado a decirle- se abrieron y los casi 500 invitados comenzaron a entrar. Araújo se encontraba en el centro del salón. Era la primera vez que los cuatro científicos veían a Araújo desde los incidentes de Alejandría. Araújo se acercó a John, le estrechó la mano sin decir nada y sin romper contacto visual e hizo lo mismo con Leo y con Drachen. Con Michel, a quien tampoco había visto pero con quien sí había hablado en el transcurso de los últimos siete años, se permitió intercambiar unas cuantas palabras y agradecerle por haber hecho todo aquello posible. Michel lo llevó a que conociera a Zola y compañía. Araújo saludó primero al elenco y al director, se tomó unas cuantas fotos con ellos y comentó sus episodios favoritos de la serie. Michel interrumpió y dijo:

—Señor Presidente, le presento al escritor de esta serie: Albert Zola.

Araújo estrechó la mano de Zola. Durante algunos segundos se quedó mirándolo de pies a cabezas como si no pudiera creer lo que veía. No dijo mucho, lo felicitó por su trabajo, le deseó buena suerte y continuó camino a saludar más invitados.

La presentación comenzaría en poco más de una hora. Los invitados siguieron charlando, tomando cocteles y comiendo aperitivos servidos por Sables. Michel, Johansson y Zola discutían sobre lo irónico que era que los del temible ejército de Araújo estuvieran actuando de meseros. Drachen escuchaba con horror las conversaciones sobre filosofía que Michel tenía en ese momento con los dos artistas: era como si Michel se hubiera multiplicado por tres. Audrey trataba de contener la risa al ver la cara de su marido. Leo bailaba con Kate y Stammler bailaba con Christine. John estaba sentado tomando champaña, le costaba estar tan relajado como Michel o Drachen e incluso le costaba actuar relajado como lo hacía Leo a pesar de llevar dentro un mar de nervios. Respiraba hondo cuando nadie lo veía y no paraba de ajustarse el corbatín que le hacía de bola anti-estrés. John sabía que se acercaba el momento de ejecutar la primera parte del plan.

Stammler miró su reloj, era hora. Él y los demás actores se dirigieron a las afueras del edificio. Habían construido una tarima sobre la cascada artificial del edificio y habían rodeado la tarima de sillas para que todos los invitados pudieran ver perfectamente la presentación. Emil abrazó a Albert, luego miró a Leo, Drachen y John y les deseó buena suerte. Una voz invitaba a los presentes a acercarse a la zona del teatro. Uno a uno se fueron sentando: en la primera fila estaban Araújo -acompañado por una modelo ucraniana y una modelo libanesa, una a cada lado-, los jefes regionales del MIAST y los jefes científicos. Kahlil y Michel, como responsables del evento, también fueron otorgados puestos preferenciales. John, Drachen y Leo, junto a sus parejas, se encontraban en la última fila, algo que no pareció importar a ninguna de las tres mujeres, quienes compartían fila con ganadoras del Óscar, altos funcionarios del MIAST y otras personas de alto estatus social. Zola se puso en el centro del escenario colgante, cogió un micrófono y dijo:

—¡FRANÇAIS, FRANÇAISES! —el público rio—. Señor Presidente, distinguidos funcionarios, apreciados colegas: después de ocho años, les presentamos, en exclusiva, un nuevo capítulo de “El arte de ser yo”. Lo hemos titulado *Dasein*. ¡Disfruten!

El sol había caído completamente. Las luces del edificio se apagaron y, durante unos segundos, todo fue oscuridad. Se hizo de nuevo la luz y todos los Sables que minutos antes servían comida ahora rodeaban, apuntándolo con sus armas, el set que habían construido para la presentación. Los invitados se miraban con preocupación. Segundos después, el telón se abrió: Lux Calvin (en su papel de Flower Bloom) anunciaba a Sam (interpretado por Axel Forest):

—Teniendo en cuenta su estatus de fugitivo, hemos decidido rodear su funeral de Sables —la preocupación del público se volvió risas.

El show comenzaba. Leo fingió que se sentía mareado, así que Drachen y John se ofrecieron para acompañarlo a dar una vuelta, a tomar aire. Entraron al edificio principal, Zola los esperaba adentro. Stammler le había pedido a Araújo prestar todos los Sables del edificio para asistir la obra y Araújo no había visto ningún problema. Los Sables protegían cuidadosamente la entrada aunque en los años que Araújo llevaba viviendo en su palacio en el bosque de Boulogne nunca nadie había intentado siquiera acercarse a su propiedad sin invitación previa. Desde los tiempos del Edificio Cristal, Araújo había prohibido que cualquier cámara fuera instalada en su propiedad —pensaba que si él sabía hackear una cámara sin ser detectado, otros sabrían hacer lo mismo.

El escritor y los tres científicos se encontraban completamente solos en el edificio más seguro del mundo; tenían un poco más de una hora para lograr su cometido. Ale había estado ahí solo una vez y esa vez le había bastado para dar detalles precisos sobre a dónde tenían que ir. Subieron las escaleras sigilosamente hasta el último piso y Leo desactivó la alarma de la recámara del cuarto privado que Araújo había construido en la terraza con los códigos que Ale les había dado (fechas importantes de la vida de Araújo): cuando había llegado con seis años a Cambridge, la primera vez que se ganó la feria de ciencias, el día que conoció a Zola, el día que dijo adiós a su universo, etc...

Toda París alumbrada se veía desde ahí, desde La Defense hasta la Torre Eiffel. Zola tuvo un momento de extraña calma espiritual... la mirada perdida en la vista despampanante, el silencio total solo interrumpido de vez en cuando por las masivas risas que venían de unos cuantos pisos más abajo... la mente de Zola se llenó en segundos de recuerdos, de felicidades y de tristezas. Observando su ciudad, hermosa como siempre, todo lo que él había vivido ahí, todo lo que la ciudad misma había vivido, todo lo que viviría... Y, al

mismo tiempo, pensar que un día él ya no estaría ahí e igual las luces de la ciudad seguirían brillando y alguien más, de pronto, desde la punta de la Torre Eiffel o sentado en la explanada de La Defense, miraría la ciudad y sentiría lo mismo que él... Y que un día, por alguna razón o por otra, ya no hubiera nadie más, ni París, ni mundo y que toda esa historia, todas esas memorias de él y de su especie quedarían para siempre perdidas en la inmensidad del cosmos...

Leo introdujo la última clave. Suspiró largo. Drachen tocó el hombro de Zola, quien salió de su trance. John temblaba. Tal como había indicado Ale, la habitación era una réplica exacta de la que había tenido una vez en el Edificio Cristal. Leo sabía dónde buscar. Los dispositivos cuánticos se encontraban en una caja rompecabezas húngara que Drachen, quien había leído durante las últimas semanas cómo hacerlo, cuidadosamente, desarmaría. Tal como Ale lo había anunciado, el Quantum se encontraba en una pared con doble fondo. Drachen completó su misión, no había tiempo que perder. Ale le había indicado a Leo cómo manipular el Quantum, por eso sería él quien se quedaría con Zola. Drachen y John se pusieron un dispositivo en la muñeca. El plan era simple: en teoría, irían al universo de Araújo usando el enlace cuántico entre los dos Zola, una vez allá tratarían de conseguir respuestas sobre la posibilidad de traer a Alejandría de vuelta con todos sus habitantes y traerían un Polaris o Quantum que no estuviera conectado a Araújo. Esa última parte era vital.

En el plan original era John quien iba a tener la responsabilidad de quedarse junto a Zola y Leo y Drachen serían quienes irían al universo paralelo -esto porque John, quien había sido Presidente, consideró que era su deber ir a pesar del peligro que representaba. Se sentía humillado desde los eventos de Alejandría: el golpe mundial de Bleckseth y luego lo de Araújo habían pasado en su mandato. Sentía que era su responsabilidad, su fracaso. Lo que más le molestaba era que su vida era mejor con Araújo al mando que estando él al mando y no entendía cómo podía pensar eso, cómo no aborrecía completamente el régimen en el que vivía, cómo era tan feliz. Se sentía culpable de haberse opuesto en un primer momento al plan de Leo, por eso se había postulado para ir al universo paralelo en lugar de Leo, porque quería redimirse ante sus amigos, ante al planeta, ante sí mismo.

Leo comenzó a apretar los botones del Quantum de la forma que Ale le había indicado y lo apuntó hacia Zola, quien se había recostado sobre la cama:

—¿Listos? —preguntó Leo.

Drachen asintió.

—Buena suerte —dijo Leo antes de comenzar su cuenta regresiva—. Tres, dos...

—¡Espera! —gritó John.

—¿Qué pasa? —preguntó Drachen.

—¿Qué tal que el Zola del otro universo esté muerto?

Drachen hizo un ruido de enojo con la voz:

—Pues entonces no vamos a poder viajar y punto. ¡Rápido, Leo estamos perdiendo tiempo! —dijo enojado.

Leo volvió a apretar los botones del Quantum.

—¡Espera! —volvió a decir John.

—¿Ahora qué?! —preguntó Drachen.

—¿Que tal que Zola esté preso, que, simplemente, no tenga ningún Quantum a su disposición? Nos quedaríamos atrapados en su universo —dijo John.

—Demonios —dijo Leo—, no habíamos pensado en eso.

—No importa, tenemos que arriesgarnos. En ese caso, algo se nos ocurrirá —dijo Drachen.

—No estoy seguro de que pueda hacerlo. Leo, ¿te molesta cambiar de rol conmigo? —dijo John mientras se quitaba la manilla amarilla de la muñeca.

—John, no hay tiempo —dijo Drachen.

Leo cogió rápidamente el dispositivo y se lo puso en la muñeca, apretó los botones de nuevo, le pasó el Quantum a John:

—Apuntaló a Zola —dijo.

John hizo caso e introdujo los últimos números de la secuencia. Un rayo azul salió del Quantum, las manillas que llevaban puestas Drachen y Leo se alumbraron de color verde. De un momento a otro, la luz azul del Polaris se condensó en un solo punto: en la cabeza de Zola, quien tenía los ojos cerrados. John comenzó a ver borrosos a Drachen y a Leo. La luz verde de sus manillas se hacía cada vez más brillante, no lograba ya percibir a sus colegas, todo estaba blanco ante sus ojos, todo excepto el punto azul y los dos puntos verdes. Los dos puntos verdes comenzaron a temblar hasta chocar con el punto azul. La luz desapareció. Solo Zola yacía en la cama, no había rastro de sus amigos. Había funcionado.

XIV

London Stroke

El teléfono sonó en el Palacio de Buckingham, una secretaria contestó y salió corriendo en busca de Hadrian Cross para informarle lo que acababa de oír. Cross escuchó sin titubear la escalofriante noticia:

—El rey necesita oír esto de inmediato —dijo.

Cross subió y descendió escaleras y cruzó todo el Palacio de Buckingham hasta llegar al cuarto del trono. Los guardias lo dejaron pasar sin problema.

—Charles, han llegado —dijo.

Bleckseth, sentado en el trono, no se alarmó. Comenzó a acariciarse la barba mientras pensaba qué decir. Después de suspirar, dijo:

—Hadrian, comunícame inmediatamente con Turner y con el London Stroke, los quiero acá de inmediato.

Trece años antes, la desaparición de Araújo había generado caos en el mundo. Mathias Bleckseth era no solo la personas más rica del planeta, sino también la más poderosa. Sin embargo, cuando Diana Turner le informó sobre lo ocurrido en el Departamento de Ciencias de Cambridge —cómo, inexplicablemente, el joven que venía de divulgar públicamente todos los secretos sucios de su grupo había desaparecido en medio de una luz color índigo—, Lord Bleckseth pensó que lo perdería todo. En un primer momento no le pudo importar menos qué había pasado con el joven brasileño-argentino pues millones de personas, cansadas de vivir en la miseria y motivadas por las nuevas informaciones divulgadas (desde la tortura de personas inocentes hasta los pactos secretos entre élites) habían salido a la calle no solo a protestar, sino a revelarse alrededor del mundo. En cuestión de minutos, las calles de las ciudades más importantes del mundo eran zona de guerra. Lord Bleckseth controlaba a la gran mayoría de líderes mundiales y sin embargo le costó convencerlos de declarar ley marcial y, sobretudo, de mandar tropas a controlar la revolución que ocurría. Algunos accedieron, otros no. Seguiría lo que el mundo recordaría como los años sangrientos: ól 86% del planeta entró en conflicto, fuera guerra civil o guerra entre países. Los jefes de Estado de la Unión Europea, China, Rusia y los Estados Unidos siguieron incondicionalmente las órdenes de Bleckseth. En cuestión de semanas, el órden fue garantizado en sus países a costa de millones de vidas. Por otro lado, en países como India, Canadá, Australia, Egipto o Japón la victoria fue para los revolucionarios. Ambos bandos firmaron rápidamente pactos de no agresión entre ellos, pero comenzaron guerras indirectas alrededor del mundo. En África, Latinoamérica, Medio Oriente y el Sudeste Asiático, la guerra escaló exponencialmente. Brasil, Indonesia, México y Sudáfrica

sufrieron las guerras civiles más violentas. Colombia, seguidora de Bleckseth, le declaró la guerra a sus países limítrofes. Tailandia, donde la revolución fue la triunfante, comenzó a enfrentarse a Vietnam, Camboya, Laos y Myanmar. Nunca África había visto tanta sangre derramada. Era la tercera guerra mundial: de un lado, Bleckseth y sus hombres; del otro, una coalición de revolucionarios, marxistas, anarquistas, fascistas, nacionalistas, gente sin ideología política. La coalición comenzó a perder fuerza, pero de la nada aparecieron Ámsterdam Hobbes y Victoria Avellaneda.

Ámsterdam, político australiano, unió a las fuerzas revolucionarias y organizó la estrategia desde Sídney. Victoria, reportera española trabajando en El Cairo, se volvió la voz de la revolución: incitaba, diariamente, con apasionantes discursos, a la gente en todas partes del mundo a sublevarse contra el régimen oligárquico que dominaba la mitad del mundo. A pesar de poseer armas ilimitadas gracias a los Quantum dados por Bleckseth, Colombia, Argentina y Tailandia cayeron, pasando a control revolucionario. Les siguieron África y el Medio Oriente. Después de tres años de batallas, el mundo estaba dividido en dos: arriba del Trópico de Cáncer, la mayoría de países seguían bajo control de Bleckseth y sus hombres; debajo, los revolucionarios estaban en el poder. Países como Argelia, México, los Balcanes y Turquía seguían en guerra civil.

Ámsterdam y Lord Bleckseth firmaron un acuerdo de paz con el fin de evitar más muertes: cada bando se contentaba con lo que tenía y se comprometía a dejar de financiar aliados en otros conflictos. Bleckseth pensó que tal pacto le daría ventaja en los países que seguían en conflicto, pero no fue así. Turquía fue ganada por la coalición rebelde, una semana después, México se declaró anti-Bleckseth y, a los pocos días, Argelia y Marruecos hicieron lo mismo. Estados Unidos estaba solo en América. China y la coalición de ex-países soviéticos, liderada por Rusia, veían con temor su frontera sur. Comenzó a llegar la noticia de que los Balcanes caerían pronto, se reportaban cada vez más protestas a lo largo de Europa y Estados Unidos. Mathias Bleckseth, sabiendo que su poder pendía de un hilo, decidió tomar medidas extremas: el 11 de julio de 2010, prácticamente en el mismo instante, cinco bombas de hidrógeno cayeron sobre Sídney, Ciudad de México, Mumbai, El Cairo y Ankara, seguidas de un ultimátum a los países bajo dominio revolucionario: rendirse o la destrucción total. En cuestión de horas, Ottawa y Tokio capitulaban. Todos los demás países hicieron lo mismo en cuestión de días. El mundo volvía a ser de Mathias Bleckseth.

Una vez el Reino Unido controló la revolución, Bleckseth decidió concentrar su energía en averiguar qué había pasado con Araújo. Mientras gran parte del mundo ardía en llamas, Zola y todo otro científico que participó en el proyecto Géminis eran torturados en busca de respuestas. Todos confesaron algo pero ninguno mencionó a qué universo se había marchado el chico. Zola negó hasta el último momento de su aprisionamiento que él

hubiera creado el dispositivo con el cual Araújo escapó; la versión oficial dictó que el latinoamericano lo había creado solo.

Convencido, sin embargo, de que Araújo volvería tarde o temprano, Mathias Bleckseth liberó a Zola y a su equipo -quería estar preparado para una eventual visita, fuera de Araújo o de cualquier otro viajero inter-universal. Una vez acabada la guerra, Bleckseth creó institutos científicos alrededor del mundo dedicados únicamente a la física cuántica y a los viajes entre universos. Nunca llegaría a ver sus resultados, pues, a mediados de 2013, Lord Mathias Bleckseth falleció en un trágico accidente mientras cazaba con su hijo Charles.

Charles Bleckseth asumió rápidamente las labores de su padre. A lo largo de los años había hecho aliados importantes en cada país. A la muerte de Lord Bleckseth siguió la muerte de sus más grandes asociados, todas en misteriosas circunstancias. Entre esa serie de misterios estaba la muerte de toda la Familia Real inglesa. Con el fin de mantener la monarquía británica, Charles fue declarado rey del Reino Unido y desde esa posición nombró nuevos regentes en cada rincón del planeta para reemplazar a aquellos que habían perecido repentinamente. El régimen represivo de su padre no solo se mantuvo, más bien aumentó.

Charles decidió crear una policía especial en las principales ciudades para combatir a cualquiera que pensara diferente a él o atentara contra la estabilidad de su reino. Era una policía con métodos tan brutales y tan violentos que la gente comenzó a referirse a ella como *strokes*. La policía especial era dirigida desde los cuarteles de la división en Londres. El rey Bleckseth decidió nombrar como jefe de The London Stroke a una de las pocas personas del régimen de su padre que no habían muerto misteriosamente: la agente especial Diana Turner. La agente Turner logró convencer a Bleckseth de la importancia de seguir investigando la ciencia cuántica, convencida, al igual que Mathias Bleckseth, de que la próxima gran guerra no sería disputada entre países, sino entre universos. Durante años, mientras Bleckseth reinaba con puño de acero sobre la Tierra, la investigación cuántica, al igual que la industria militar, avanzó exponencialmente. Sin embargo, a pesar de los grandes avances y de las mil y una cosas que descubrieron, nunca pudieron recrear el dispositivo que supuestamente había creado Araújo.

Una vez liberado de su cautiverio, Zola fue “invitado” a unirse a la división cuántica creada por Mathias Bleckseth en Londres. Allí fue pionero de investigaciones innovadoras que secretamente garantizaban que nunca el nuevo rey tuviera en su poder los recursos para ir a otro universo y llevaba una buena vida -las cicatrices de las torturas sufridas habían quedado en el pasado y, teniendo en cuenta el cruel destino que tuvieron cientos de millones de personas en el transcurso de la guerra, se sentía, de alguna manera, aliviado. Vivía solo en una cómoda casa en Hyde Park Place en Londres. Todas las noches tenía la

costumbre de sentarse en su balcón y poner un poco de música clásica, tomar una taza de té y observar las estrellas y leer alguno de sus libros favoritos para olvidar, unos minutos cada noche, que, indirectamente, él era el responsable de todo el mal que había. En el aniversario número 76 del desembarco de las Tropas Aliadas en Normandía, Zola tomó té y, mientras, leyó su libro favorito: “L’étranger”, escrito por su tocayo Camus, el hombre según el cual sus padres lo habían nombrado Albert. Sonaba “*l’amour est un oiseau rebelle*” cuando una luz enceguedora apareció frente a sus ojos. Después de unos segundos de no poder ver nada, recuperó la visión. Dos hombres estaban frente a él en traje de gala:

—Venimos de otro universo, necesitamos tu ayuda —dijo uno de ellos.

Diana Turner entró al Salón del Trono. El rey Bleckseth, Cross y otros hombres ya estaban ahí. Uno de ellos comenzó a hablar:

—Hace próximamente media hora, nuestros sensores detectaron una interferencia cuántica desconocida. Como líder de la División Cuántica del London Stroke, me atrevo a decir que entre una y tres personas han llegado hoy a Londres desde otro universo —dijo Desmond Fix, ex agente de la Scotland Yard, ex-agente encubierto del MI6, Director de la Unidad Cuántica del London Stroke hacía seis años (sin duda alguna, una de las personas de la Tierra con más conocimiento sobre universos paralelos).

—¿Sabemos de qué universo vienen? —preguntó Turner.

—No todavía. Lo sabremos en unos cuantos días —respondió Fix.

La agente Turner no quedó satisfecha con esa respuesta:

—Puede que para entonces sea demasiado tarde. Tenemos que eliminarlos cuanto antes.

—El inspector Fix considera que tenemos que atraparlos vivos para interrogarlos. Ya saben mi posición sobre el tema: los quiero vivos o muertos, pero no pueden escapar —dijo Bleckseth.

—Toda mi unidad está lista para actuar, en minutos tendremos exactamente la ubicación de la llegada. El London Stroke será impecable como siempre —dijo Fix.

—Más te vale, Fix. Si son del universo RC61061 o de otro universo agonizante puede que estemos en graves problemas —dijo Cross.

—No. Eliminamos a todas las personas que tuvieran vínculos cuánticos con esos universos —respondió la agente Palmer.

Fix, preocupado, interrumpió:

—Es posible que haya tecnologías que permitan el viaje entre universos sin la necesidad de personas compartiendo vínculo cuántico.

—En ese caso, no pierdan tiempo: entre más rápido los tengamos, mejor —dijo Bleckseth.

—¡No puedo creer lo que dicen, no puede ser que él haya hecho lo que dicen! —dijo Zola, incrédulo, al oír brevemente la razón por qué Drachen y Leo habían acabado en su sala. Durante trece años, Zola se había preguntado por el destino de su discípulo. Nunca pensó volver a saber de él, nunca imaginó que la mente más brillante que había visto se hubiera convertido en un dictador.

—Sé que es duro de oír, para nosotros también fue un shock cuando vimos en lo que se había convertido —dijo Drachen.

—Necesitamos saber si es posible hacer lo que planeamos —agregó Leo.

—No lo sé, nunca se me hubiera ocurrido duplicar un planeta y mucho menos desaparecer uno repleto de gente... Sin embargo, si su Ale es tan inteligente como mi Araújo y dice que es posible, entonces deben confiar en él —respondió Zola.

Drachen y Leo sonrieron:

—Necesitamos un Quantum, es posible que al final del camino nuestros Polaris no funcionen más —dijo Leo, quien, en su explicación previa, había decidido omitir la parte del plan en la que se asesinaba a Araújo.

—También necesitamos uno para volver a casa —dijo Drachen.

—Puedo conseguirles uno, pero tenemos que apurarnos, el London Stroke no debe demorar en llegar —respondió Zola con preocupación—. Hay un par de cosas que necesitan saber —añadió Zola al notar la cara de desconcierto de los dos viajeros.

En pocos minutos, Zola resumió los eventos de la última década, desde la guerra hasta la creación del London Stroke, pasando por la paranoia de los Bleckseth con una posible invasión. Explicó los avances que habían logrado en el entendimiento de los universos paralelos y que cada persona de la Tierra se había tenido que someter a un examen para saber con qué universo estaba conectada. Cada uno de los casi ocho billones de universos ligados a los habitantes de su universo había sido catalogado con un nombre. Habían podido determinar, usando mediciones cuánticas, qué universos poseían o no máquinas cuánticas parecidas al Quantum o el Polaris. No solo habían logrado crear máquinas para detectar cualquier irregularidad cuántica como, por ejemplo, la llegada de alguien de otro universo, sino que habían creado formas de bloquear la señal cuántica que su universo producía de tal manera que nadie pudiera localizarlos. Al ser interrogado sobre por qué tanto deseo de esconderse, Zola respondió algo inquietante: habían notado que algunos universos estaban agonizando; por alguna razón, perdían materia constantemente. Zola explicó que eso era normal en universos donde todavía no habían desarrollado máquinas cuánticas y que, sin embargo, había unos cuantos que mostraban tener señal de tales máquinas y aún así perdían materia de manera alarmante. Bleckseth temía que uno de esos universos, temiendo desaparecer, los invadiera. Zola les informó que debían cruzar el Hyde Park hasta el Imperial College of London, donde se encontraba su oficina. Ya estaban saliendo de la casa cuando Zola contó los últimos detalles que creyó importantes sobre la

utilización del Quantum; sobre todo les informó que desde la huida de Araújo, una vez un Quantum saliera del universo de origen, solo podría ser utilizado una sola vez.

—No puedo creer que Bleckseth mande en este universo —dijo Leo consternado.

Drachen, sin embargo, estaba más preocupado por lo último que había dicho Zola: definitivamente, si su plan triunfaba, el mundo se quedaría sin Polaris.

Zola captó la molestia de Drachen, así que agregó:

—En mi oficina tengo varios libros explicando el funcionamiento de los Quantums, no hay ningún problema si se llevan uno.

Drachen iba a sonreír después de escuchar tan buena noticia, pero no pudo hacerlo. Oyó un disparo.

Zola gritó de dolor. La bala lo había impactado en el abdomen.

—¡No! —gritó Desmond Fix—. ¡Le acabas de dar a Zola! —reprochó a la agente Turner.

—Claro que tenía que ser Zola —dijo la agente antes de dar señal a sus hombres de disparar.

—¡¡Demonios!! —gritó Zola—. ¡¡Tenemos que llegar a mi oficina!!

Zola puso su mano sobre la herida sangrante y comenzó a correr.

Drachen y Leo hicieron lo mismo.

Se adentraron en Hyde Park. La agente Turner y sus hombres los siguieron. El Hyde Park estaba repleto a pesar de ser de noche. El London Stroke comenzó a disparar, no les importaba a quién le daban. Todas las personas en el parque comenzaron a gritar, algunos caían muertos, otros se tiraban al piso para evitar las balas, algunos se refugiaban detrás de los árboles... era un caos total. Leo sintió una bala rozar su oído, la gente alrededor seguía cayendo. Llegaron al puente para cruzar el lago, el ruido era ensordecedor, la mezcla entre pánico y ruidos de bala era espeluznante. Corrieron y corrieron como nunca lo habían hecho. De lejos vieron la salida del parque. El puente que venían de cruzar estaba congestionado por personas corriendo, eso bloqueó momentáneamente a Turner y sus hombres. Lograron salir del parque con vida, vieron la entrada al Imperial College of London.

Drachen agarró a Zola, que comenzaba a tener dificultades para caminar. Leo se volteó y vio que nadie los seguía; dejó escapar un respiro de tranquilidad. Oyó pasos de alguien corriendo: era Desmond Fix, quien no había cruzado el parque, sino que le había dado la vuelta. Fix venía corriendo a toda velocidad hacia ellos y no pudieron hacer gran cosa. Embistió a Drachen y a Zola:

—¡¿De dónde vienen?! ¡Alto! ¡¿Qué hacen aquí?! —gritaba Fix desesperado.

Aprovechando que estaba en el piso, Leo se le acercó y le dio una patada en la cara. Cogió la pistola del inspector y ayudó a sus compañeros a levantarse. Comenzaron a correr de nuevo hacia la puerta del Instituto. Los disparos volvieron a sonar, uno de ellos volvió a darle a Zola, esta vez en la parte superior izquierda de la espalda. Leo disparó dos veces, suficientes para poder entrar a la universidad.

—Segundo piso a la derecha —dijo Zola, quien luchaba por no cerrar los ojos.

Fix, Turner y compañía les pisaban los talones, los disparos no paraban. Leo hacía caer todo lo que fuera posible en el camino con la esperanza de retrasarlos. Por fin, llegaron a la oficina.

Zola, mordiéndose la lengua para no gritar de dolor, dijo entrecortado:

—En el estante.

Leo buscaba, vio el Quantum, lo agarró, sintió un piquetazo en el hombro. Fix le había disparado.

—¡Suelten las armas, están rodeados! —gritó Fix.

Leo había caído en el piso, las balas pasaban sobre sus cabezas. Cogió el Quantum, apretó unos cuantos botones y lo apuntó hacia el arma que había robado hacía minutos. Una luz verde salió, había otra pistola en el piso. Drachen abrió cada compartimiento posible buscando el libro que había mencionado Zola.

Al ver la luz, Diana Turner gritó:

—¡No, esta vez no! —comenzó a caminar hacia ellos disparando.

Leo cogió la pistola nueva y la vieja -una en cada mano-, se levantó y comenzó a disparar.

Una de las balas de Leo impactó a Turner directo entre los ojos y cayó desplomada.

Leo se volvió a agachar:

—Drachen, tenemos que irnos —con una mano disparaba, con la otra le pegaba cachetaditas a Zola para que se mantuviera despierto.

Los disparos seguían intercambiándose. Drachen pareció no escuchar a Leo, seguía buscando entre los cientos de libros que habían caído al piso. Leo dejó de abofetear a Zola y comenzó a escribir la secuencia necesaria en el Quantum con la mano del brazo que había comenzado a sangrar. Con la otra seguía disparando.

—¡Espera Leo, espera! ¡Necesitamos el libro! —gritaba Drachen mientras buscaba desesperado.

Leo miró a Zola, el piso estaba repleto de sangre:

—No hay tiempo —dijo y apretó todos los botones que faltaban y apuntó el Quantum hacia el agonizante Zola.

Drachen vio, en la lejanía, el libro. Se lanzó sobre él pero era muy tarde: Leo ya había espichado el último botón.

Fix vio cómo los dos extranjeros espaciales se volvían luz resplandeciente.

XV

Destino

El destino había querido que Ale estuviera en Tokio ese día. Se encontraba en la suite presidencial de uno de los hoteles más lujosos de Shinjuku y había madrugado para poder seguir por televisión, en vivo, el reencuentro del grupo de actores. La presentación iba a ser transmitida en todos los rincones del mundo. Ale apreciaba el humor de la serie, y, aunque no era un admirador alocado como Araújo o Michel, como sabía lo que sus compañeros tenían planeado para esa noche, tenía que verlo. Johansson, Forest, Calvin y Nottingham, al igual que todos los actores secundarios, sacaron lo mejor de su repertorio cómico por más de una hora. Ale no paró de reír, el público tampoco; Johansson recitó la última línea de su diálogo y el telón cayó. Los cientos de invitados reaccionaron de la misma manera: aplausos sin fin, *standing ovation* durante cinco minutos seguidos para los actores y el equipo de producción. Araújo encabezaba la ovación junto a Michel, quien no paraba de gritar. Seguía aplaudiendo cuando se le acercó a Michel y le preguntó al oído: “¿Dónde está Zola?”. Michel volteó la cabeza, notó que John, Leo y Drachen no habían vuelto todavía y temió lo peor. Desde el último piso, John oía la ola de aplausos y Zola estaba meditando en la cama. John miraba su reloj: “están tardando mucho” pensó.

Comenzó a temblar, algo malo debía haber ocurrido, no sabía qué hacer:

—Cinco minutos más o volvemos a nuestras posiciones —dijo.

Zola no lo escuchó, estaba en estado zen: recordaba momentos más simples, recordaba cuando era niño, cuando sus padres -reporteros de la National Geographic- lo llevaban constantemente a los lugares más perdidos del mundo. Zola había hecho todo lo que un hombre podía hacer en la vida: había viajado a todos lados, había comido todas las delicias que el mundo podía ofrecer, había hecho todo lo que había querido, se había beneficiado inmensamente de su fama para siempre conseguir lo que quería, se había casado y divorciado dos veces. Por lo general, era una persona feliz. A veces, pequeños detalles lo deprimían de un momento para otro: un olor que le recordaba su niñez, una canción que había oído por primera vez junto a algún amor que no fue, la vista de París de hacía un poco más de una hora que le había roto el espíritu... A veces le pasaba que lo que al principio había sido calma se volvía una angustia existencial que se le apoderaba. Durante décadas, lo atormentaron esos ataques de depresión. Había viajado a Goa, a Bali, a Katmandú, a las Montañas sagradas de China... ninguna técnica de meditación había logrado pacificar las aguas turbias de su alma hasta que, en uno de sus cumpleaños, su mejor amigo, Emil Johansson, le había regalado el libro “*Je me souviens*”, en el que su compatriota Georges

Perec se limita a recordar momentos de su vida. Zola había decidido hacer lo mismo —el fuego se vence con fuego. Primero, al hacerse recordar continuamente viejas memorias, la tristeza lo invadía, pero al asimilar esa tristeza, al entender que la raíz de su tristeza era un momento de felicidad, lograba no simplemente volver a ser feliz de la nada, sino mejor: estar feliz de estar triste.

Zola recordaba la vista del Lago Atitlán, la calma volvía poco a poco a su espíritu mientras recordaba jugar a las espadas en Tikal con su papá y comer los moros y cristianos que preparaba su mamá. De repente, fue sacudido por John:

—¡Vámonos! ¡Seguro los atrapan, no podemos dejar que Araújo nos vea acá! —dijo al borde de los gritos.

Zola recordó una frase que su madre le había dicho hacía ya muchos años cuando había decidido abandonar el mundo de las ciencias por el de las artes, lo miró directamente a los ojos y dijo:

—Sé valiente y —sintió un escalofrío, era como si perdiera una parte de él.

John se acercó a verificar si algo le pasaba. Inmediatamente, una luz naranja estalló en la habitación. Aparecieron Leo y Drachen: el brazo de Leo sangraba, el traje de Drachen estaba completamente sucio. John suspiró, Leo y Drachen tomaron aire ante la mirada perpleja de Zola, quien todavía no entendía qué había sido ese escalofrío.

Emil Johansson recibía un ramo de rosas en la tarima cuando vio que Michel volteaba la cabeza de lado a lado. Notó los tres asientos vacíos en el fondo y que en la tarima faltaba el hombre que había hecho todo posible. Michel levantaba los brazos; simultáneamente, una parte de los invitados comenzaba a dirigirse de vuelta al edificio principal. Emil entendió todo, se abalanzó sobre Stammmler, quien estaba dando un discurso de agradecimiento, y le robó el micrófono. Los que ya estaban por entrar se dieron media vuelta, cientos de invitados lo miraban con intriga, cientos de millones de televidentes se preguntaban qué estaba a punto de pasar. Ale sentía cómo su corazón palpitaba cada vez más rápido.

Emil comenzó a tararear el ritmo de la canción “Blister in the Sun” y el público comenzó a reír:

—¡Pásenme una guitarra, la noche es joven y el show no ha terminado! —gritó.

Michel se abalanzó sobre el Polaris más cercano y en cuestión de segundos lanzó una guitarra a las manos de Johansson. El famoso actor sudafricano comenzó a tocar mientras apuntaba al público con una mano. Los músicos presentes entendieron el mensaje y subieron al escenario. Araújo rio y aplaudió antes de volver a sentarse. El público comenzó a bailar al son de la música, Johansson preguntaba aleatoriamente qué canción tocar y los músicos la tocaban. La fiesta se había desatado. A miles de kilómetros de distancia, Ale suspiraba al ver a Zola subir al escenario y cantar “La vie en rose”.

La fiesta se acabó a altas horas de la madrugada. Leo y John habían partido al hotel con el Quantum y Drachen había intercambiado trajes con John, quien le pidió a Kate que fuera al hotel inmediatamente. Kate curó la herida de Leo, quien se vio forzado a contarle en lo que se había metido. Ella se enojó porque no le habían contado, pero concordó con Leo en que era lo mejor que habían podido hacer. Poco a poco, fueron llegando al hotel Drachen, Christine y Audrey. Michel llegó la mañana siguiente. Disfrutaron de París por un par de días antes de volver a sus misiones alrededor del mundo. La próxima vez que los cuatro se reencontrarían sería de nuevo en París, no para asistir a una fiesta, sino para poner al mundo de cabeza.

Ese período de 15 días sería el más largo que viviría cada uno de los participantes. Les quedaban poco menos de tres semanas para disfrutar las comodidades en las que vivían. Drachen convenció a Audrey de viajar con las niñas y acompañarlo al fin de su gira africana y decidió no contarles nada del plan. Durante 18 días, Drachen se olvidó completamente de lo que vendría. A pesar de haber visto a medias los cálculos de Zola detallando el funcionamiento del Quantum, había decidido no pensar en eso: ya trataría de acordarse si sobrevivía. Él, que por lo general hasta en las misiones de campo trabajaba de sol a sol, había decidido asistir solo a las reuniones más importantes y delegar las pequeñeces que solía supervisar personalmente para poder pasar más tiempo con su familia en actividades de la región: safari en Tanzania, tour por los despampanantes paisajes de Nambimba y caminar por los bosques únicos de Madagascar. Llegó el momento de tomar su vuelo a París. Las mujeres de su vida partían de vuelta a Nueva York. Los cuatro científicos del MIAST habían pedido a Kahlil unos días libres alrededor del 24 de junio y Watterson no había puesto ninguna objeción.

Las dos semanas de Leo fueron un poco más intensas, le había tocado viajar por toda la India. A diferencia de Drachen, Leo repasaba mentalmente, todos los días, cada movimiento de la operación. No podía dejar de pensar en lo que había sucedido en Londres: había matado a una persona. Una mala persona, pero una persona al fin y al cabo. Había sido en defensa propia, era él o ella, ni siquiera lo había hecho a propósito, solo había disparado sin apuntar. Quería hablar con alguien al respecto pero no podía, sentía que no era él mismo. Terminó su misión en el subcontinente indio y volvió a Nueva York. Quería ver a Kate. Entró en su apartamento, Kate también seguro acababa de entrar porque estaba en ropa de profesora y todavía tenía puestas las zapatillas deportivas.

—Alisté mi maleta, no voy a dejar que vayas solo —dijo la canadiense.

Leo sonrió al ver a Kate enojada, por alguna razón le parecía adorable cuando estaba brava. Al verla, olvidó sus preocupaciones, recordó por qué tenía que hacer lo que iba hacer y por qué había hecho lo que había hecho. Tardó unos cuantos minutos en convencerla de que lo mejor era quedarse en Nueva York, de que de nada servía poner una vida más en

riesgo. Kate aceptó a las malas, sus ojos aguados dejaban ver que estaba claramente triste y preocupada. En ese momento, Leo se puso de rodillas, miró a Kate y dijo:

—Katherine, hay algo que he querido hacer desde hace mucho y apenas entré supe que lo iba a hacer hoy.

Kate se puso pálida:

—¿Qué?

Leo se puso la mano en el bolsillo y preguntó:

—¿Puedo amarrarte los cordones? Están desatados —se lanzó al piso a llorar de la risa.

Kate también rio, no sin antes decir:

—Eres un idiota.

Al día siguiente, después de una larga noche, Leo partió a París con la tranquilidad de que le había robado una última sonrisa a su novia de toda la vida.

Johansson pasó sus dos semanas haciendo ruedas de prensa por del Reino Unido y los Estados Unidos promoviendo su próxima película, “El castillo en los Cárpatos”, basada ligeramente en el libro del mismo nombre. Interpretaba a Bram Stoker, el villano de esta adaptación, mientras que su compañero de la pantalla chica, Axel Forest, interpretaba a Jules Verne. También fue honrado con una estrella en el Paseo de la Fama por su extenso rango de películas. No había género que Johansson no hubiera hecho: el drama político “Ohio”, había interpretado a Johan Cruyff en “El color de la locura” -que repasaba los equipos más memorables de los mundiales y cada escena de fútbol había sido animada con una estética diferente de acuerdo al estilo de juego del equipo-, la película de horror “Plot Twist, she is crazy”, películas familiares como “Hello, Mr. Drácula” -donde la entonces joven Natalie Nottingham interpretó a la hija de un millonario que recibe un ultimátum para no perder su herencia: viajar, en Halloween, de Berlín a Transilvania, en medio de la tormenta más grande del siglo, y entrevistar al famoso conde, interpretado por Johansson- y películas de acción como “Piratas vs Ninjas” o la comedia sobre espías secretos en países subdesarrollados “Col-6-12-6”. Incluso había prestado su voz para la película de animación “Olive tree”.

Se suponía que Zola acompañaría a Johansson a recibir su estrella; después de todo, la mayoría de guiones habían sido escritos por él. Sin embargo, Zola decidió quedarse en París, viajar a lugares a los que no iba desde su infancia: los castillos de la Loire, Normandía, Bretaña, la Alsacia... incluso decidió pasarse por Bruselas y Brujas. Stammler también había decidido quedarse en Francia, había ido a asolearse a la Cote d’Azur una última vez. Michel, por su parte, había cumplido sus labores internacionales. Como siempre, había llegado unos días antes a París. Visitó uno de los pocos mercados negros que

había en el mundo: el mercado negro de las catatumbas de París. Había conseguido armas y provisiones para el gran golpe que darían.

Todos parecían haber hecho las paces con lo que iban a hacer, excepto John. Le había tocado viajar por los Estados Unidos y Canadá en esas dos semanas: Vancouver, Salt Lake City, Montreal y Charleston. Fueron las dos semanas más tormentosas de su vida, no podía dormir, estaba seguro de que algo iba a salir mal... es que era imposible que ocho hombres pudieran vencer a un ejército; era un suicidio, pensaba. Estuvo unos días en Manhattan con Christine y su hijo. Cada vez que lo miraba quería mandarle un mensaje a Leo, escribirle “No puedo hacerlo”, pero no pudo; se había comprometido, tenía sus dudas al respecto pero había sido Presidente y tenía el deber de luchar por cada habitante, no solo de su país, sino del mundo.

Pasó por su oficina. Quería revisar una última vez los planos de las oficinas del MIAST en París. Tenía la esperanza de ver algo nuevo, llamarlos y suspender todo. Leo había pedido los planos con la excusa de asegurarse de que las instalaciones fueran compatibles con los edificios que las contenían y no hubiera ningún fallo. John analizaba con detalle los planos cuando Kahlil Watterson entró a su oficina:

—¿Acaso son esos los planos del PIAST?... Perdón, ¿MIAST en París? Michel ha hecho tanto ese chiste que he comenzado a confundirlos —dijo Kahlil.

John asintió:

—Tal como Leo nos dijo la otra vez, creo que la carga de energía es demasiado alta en el Grand Palais y pone en riesgo la infraestructura del edificio.

Kahlil miró muy serio a John y comenzó a hablar:

—Hace siete años, cuando el Presidente Araújo me encomendó esta labor, me proporcionó un sistema único de rastreo: un pequeño chip en polvo que disuelves en cualquier bebida. Una vez la persona lo toma, el chip permanece para siempre en ella o en él —John empalideció en un segundo—. Hace siete años el presidente me dijo: “esos cuatro son tu responsabilidad; si algo sale mal, serás tú quien pague”. En los primeros cuatro años, ningún problema. Dejé de chequear los dispositivos diariamente. Pensé que después de tanto tiempo no harían nada tonto; sin embargo, en la fiesta noté que solo Michel presenció la obra...

John interrumpió:

—Leo se sentía mareado y me fui con él al hotel.

Kahlil volvió a tomar la palabra:

—John, por favor. Después noté que Drachen había vuelto con un saco que no era el suyo, que llevaba el que tenías puesto tú horas antes. “Sospechoso”, pensé, así que apenas volví acá, busqué el viejo dispositivo y encontré cosas sorprendentes —John comenzó a temblar—. Milan por unos días, al mismo tiempo que Ale... en París ustedes tres van al último piso y de repente dos de sus señales desaparecen por más de una hora... ahora estás

viendo los planos... Michel ha visitado el mercado negro... pidieron de descanso justo el día que el presidente se reúne con Ale... si no los reporto, mi vida corre riesgo.

John era un mar de nervios pero sentía alivio de no tener que llevar a cabo la operación.

—¿A qué hora planeaban comenzar lo que fuera que iban a hacer? —preguntó Kahlil.

John pensó que si no se resistía su castigo sería menor.

—A las nueve de la noche de Buenos Aires, dos de la mañana de París —respondió.

Lo que dijo Kahlil a continuación lo dejó helado:

—En ese caso, llamaré directamente a Araújo a las 8:59 pm hora de Buenos Aires. Buena suerte —partió del recinto.

John se quedó estático en su oficina, se puso a llorar el resto de la tarde. Horas más tarde, partiría a París.

Finalmente, estaban todos reunidos en la gigantesca casa de Zola en Passy. Michel distribuía las armas que había conseguido en el mercado negro, Leo y Drachen explicaban una y otra vez el plan. John intentó, por última vez, hacer cambiar de opinión al resto, argumentando que la gran mayoría de ciudadanos eran felices, que seguramente fracasarían, que el mundo jamás había estado mejor y que sin los Polaris el mundo iba a entrar en caos. Cada argumento fue refutado con la misma frase: “Más de dos billones dependen de nosotros”.

John les recordó que así Ale hubiera dicho que era posible, nada les garantizaba que en verdad lo fuera. Les preguntó:

—¿Si supiéramos que Alejandría no puede volver, aún lo haríamos?

Los otros seis miembros se miraron. Salvo Stammler, quien se quedó callado, todos dijeron “sí” al unísono antes de comenzar a lanzar citas sobre la libertad.

John suspiró:

—Estoy con ustedes, pero quiero dejar claro que lo hago por la mínima posibilidad de salvar las vidas de la gente de Alejandría, no por su apuesta ciega por la libertad.

Todo estaba listo. Leo obligó a cada uno a dejar su celular, brindaron con *champagne* y se desearon suerte por última vez. Michel, Drachen y Leo cogieron el Quantum que Zola había guardado en su casa durante los últimos quince días, se subieron a uno de los carros y partieron hacia el Museo de Orsay. Zola, Johansson, John y Stammler se subieron a otro vehículo y partieron hacia el Grand Palais. A la 1 y 45 de la madrugada, los dos grupos estaban en posición. John y Leo daban la señal simultáneamente: el ataque había sido lanzado.

Durante quince días, Ale había hecho exactamente lo mismo que los últimos siete años: viajar, dormir en hoteles de lujo, volver a viajar. El día que tanto había esperado finalmente había llegado: se despertó en la casa de sus padres en Buenos Aires, contaba las horas para poder asistir a la reunión que Araújo había organizado. En ningún momento se le pasó por la cabeza el por qué de esa reunión, tenía en mente recuperar su libertad. Los Sables que lo cuidaban le informaron que su coche había llegado. Llevaba vestido de gala, tenía el pelo relativamente corto y había decidió no afeitarse la barba para no parecerse a Araújo, ese frío calculador que durante más de una década no había dicho una sola palabra sin haberlo planeado con horas de antelación y que era igual pero tan diferente a él. No demoró en llegar a la Plaza de Mayo, se bajó del coche sin tripulante que lo había traído. Dos Sables lo esperaban en la entrada, lo guiaron hacia el pórtico, miró su reloj: eran las ocho de la noche. En la lejanía, esperándolo, vio a Araújo. Ale comenzó a caminar por la alfombra roja que le habían puesto. Se acercaba, paso a paso, al Araújo que lo había hecho el rey del mundo, que lo había esclavizado, que le había dado todo, que le había quitado a todos. Todas las decisiones que había tomado en su vida lo habían llevado a ese momento. Estaba listo, era el momento de luchar, era el momento de recuperar su vida, era el momento de enfrentar su destino.

XVI

Memento Mori

El Museo de Orsay, que en una época guardaba las obras impresionistas más importantes del mundo, ahora guardaba la tecnología más importante. Hacía ya cinco años del último ataque importante contra cualquier sitio del MIAST. Araújo había decidido disminuir considerablemente el número de tropas en las ciudades. En el día, el cuartel mundial del MIAST, donde trabajaban los científicos más brillantes del mundo, era guardado por más de cincuenta de esos robots de dos metros dotados de inteligencia artificial que solo seguían órdenes del Presidente Araújo. En la noche, teniendo en cuenta que nadie trabajaba ahí, ese número se reducía a tres. Podría parecer poco, pero tres Sables eran capaces de tomarse un pequeño pueblo.

Leo y Michel estaban armados hasta los dientes. Drachen, quien llevaba el Quantum en un morral, se mantenía detrás de sus dos compañeros. Leo miraba su reloj atentamente, estaban en posición pero necesitaban que el grupo de comandado por John hiciera su labor.

El Grand Palais, que durante el día servía de oficina a Araújo, era el edificio más resguardado del mundo: cien Sables resguardaban el recinto cada día, protegiendo no solo al líder del mundo cuando se encontraba, sino también a las centenas de funcionarios que asistían diariamente provenientes de todos los rincones del mundo. En la noche, sin embargo, la seguridad del recinto se limitaba a un solo Sable. Por la noche, la gran mayoría de Sables parisinos se encontraba en el extremo este del bosque de Boulogne, donde Araújo había mandado construir un gigantesco edificio de almacenamiento. Solo unas cuantas docenas patrullaban la capital francesa para garantizar el orden. John dio la señal. Johansson, que tenía experiencia militar luego de participar en diferentes películas de guerra, fue el encargado de lanzar una de las granadas que Michel había logrado conseguir. Inmediatamente, John, Zola y Stammler comenzaron a disparar hacia los brazos del Sable. Había funcionado: el Sable carecía de sus extremidades y se encontraba fuertemente averiado. Zola cogió uno de los filosos sables que se habían desprendido de su brazo robótico y lo incrustó en el casco del robot. John puso unos químicos en la puerta y en cuestión de segundos la cerradura cedió. Los cuatro corrieron hacia la sala de comunicaciones, no sin antes dejar explosivos escondidos en la entrada. La gente que caminaba por los alrededores inmediatamente dio media vuelta para no poner su vida en riesgo. Sabían que más Sables vendrían pronto.

A lo largo de décadas de trabajo, los participantes de esta operación habían logrado conseguir objetos de valor incalculable: pinturas, reliquias y pases y códigos a diferentes edificios del mundo. Michel los había reunido todos en el último mes con el fin de

intercambiarlos en el mercado negro de París. Los objetos de valor cultural habían sido prohibidos de duplicar en los Polaris salvo uso exclusivo de miembros autorizados, lo cual le dio a Michel una larga capacidad de negociación. Araújo y sus hombres sabían sobre los diferentes mercados negros escondidos alrededor del mundo. Araújo consideraba que siempre existirían, así que no valía la pena tratar de luchar contra ellos. No consideraba que pudieran tener ningún impacto real contra su régimen pues la mayoría de armas terminaban en la manos de amantes de armas y una que otra terminaba en manos de radicales a quienes el sistema de vigilancia de Araújo tenía en la mira para que los Sables pudieran justificar su intervención. “El mundo necesita un poco de caos, un poco de desorden”, había respondido una vez Araújo a Kahlil Watterson al ser preguntado sobre por qué permitía la existencia de tales redes subterráneas.

Leo, Drachen y Michel esperaban en sus posiciones. Habían escuchado ruidos que bien podrían haber sido de explosivos y sabían que los Sables más cercanos eran aquellos del Museo de Orsay. Era cuestión de tiempo. Los Sables parecieron recibir una señal interna: su casco se alumbró de rojo y dos de los Sables comenzaron a andar hasta el puente Alejandro III a toda marcha. Michel esperó que estuvieran lo suficientemente lejos para lanzar una bomba de humo. Leo corrió como nunca antes lo había hecho, se lanzó sobre el Sable y le instaló un magneto especial que había creado junto a Drachen. El imán no destruiría el chip de inteligencia artificial en el casco del Sable, pero lo bloquearía por un periodo de tiempo determinado, evitando que mandara cualquier señal a otro Sable cercano. Ya estaba: el Sable estaba inmóvil. Los planos mostraban que los computadores lunares se encontraban en la sala del reloj en el último piso. Usaron la misma composición química que John había ideado y entraron a Orsay. Leo miró su reloj, era la 1:59pm.

Araújo había pasado la última semana en Argentina. En Tierra del Fuego había creado un laboratorio científico especial al extremo sur del continente al cual él era el único que tenía acceso. Lo había mandado a hacer hacía casi media década y él mismo había diseñado el equipo que contenía el laboratorio. Trataba de ir cada tres meses para conducir diferentes experimentos y mediciones. La visita de tres meses antes lo había dejado perplejo, por eso había citado a Ale ese día.

Venía de confirmar sus premoniciones en Ushuaia y quería discutir las con su otro yo. Cuando Araújo visitaba cualquier lugar del mundo que no fuera París o Manhattan, mandaba desalojar al que él considerara el mejor lugar. Él, como Presidente del mundo, se sentía en la obligación y derecho de dormir en el mejor lugar. Si tal lugar tenía algún inquilino, la persona era instalada en un hotel mientras el Presidente estuviera ahí, incluso si era uno de los gobernadores que él mismo había designado. Esa noche no había sido la excepción.

La Casa Rosada estaba vacía salvo por él, Ale y una docena de Sables en el interior y otras tres docenas en el exterior. Habían cenado costillas de cordero patagónico, entre otras carnes típicas argentinas. No habían intercambiado muchas palabras. Araújo decidió abordar el punto por el cual había traído a Ale:

—Creo que siete años de castigo han sido suficiente, te necesito de vuelta en acción —dijo.

Ale no movió ni un solo músculo de la cara.

Araújo, al no oír respuesta prosiguió:

—Cometí un error al duplicar el primer Polaris en ese hangar en Nueva Jersey: lo dupliqué a la perfección. Como sabes, el Polaris toma materia de otros universos para crear materia nueva en el nuestro. Al duplicarlo sin cambiar los parámetros, hice que todos los Polaris, durante todo este tiempo, tomaran átomos del mismo universo. En los últimos cinco años creé equipos para medir la actividad cuántica de otros universos y hace tres meses descubrí mi error: el universo al que le estamos quitando materia posee máquinas como el Polaris. Es un universo en extinción. Si no logramos descubrir cómo evitar quitarles materia, hay la posibilidad de que estalle una guerra. Necesito tu ayuda, Ale, te enseñaré finalmente todo sobre el mundo de los universos paralelos. De pronto tú podrás descubrir mi error, si no tendremos que prepararnos para un eventual guerra.

Ale sonrió y comenzó a hablar:

—Michel me enseñó una muy linda expresión que creo viene perfecta para esta ocasión: ¡¡DEMERDE-TOI!! —gritó.

Araújo se paró de su silla:

—¿Acaso quieres dejar de errar por el mundo?! —dijo con rabia.

Ale también se paró:

—¡NO! ¡Lo que quiero es ser libre, libre de ti! ¡Quiero dormir más de cinco días en la misma cama, quiero escoger con quién hablar mientras almuerzo, a dónde salir los fines de semana. Quiero hacer lo que se me dé la gana sin tener que consultártelo antes! —dijo con ira en los ojos.

Araújo rió:

—Deberías ver cómo brillan tus ojos en estos momentos... Como si algún día lo fueras a lograr. Solo por curiosidad: si algún día decido liberarte, ¿qué harías? —preguntó Araújo cínicamente.

—Nunca te conté porque sé de tus traumas de niñez y, a diferencia de ti, no carezco de empatía: mis papás compraron una cabaña entre Bariloche y San Martín de los Andes, cuando niño me la pasaba allá —respondió Ale.

Araújo volvió a reír cínicamente:

—¿Ese es tu sueño? Pudiendo dormir en la suite presidencial del Llao Llao, ¿vivir en medio de la nada, en una cabañita? Sobre mi cadáver, Ale. Tienes dos opciones: aceptar mi propuesta y volver al MIAST o seguir el viento por el mundo —dijo.

Esta vez fue Ale quien dejó escapar carcajadas cínicas antes de decir:

—Te crees dios, pero recuerda que eres mortal.

Araújo rio al escuchar las palabras de Ale. Le iba a contestar que con la tecnología actual podría vivir al menos cien años más, pero su celular sonó. Araújo contestó. “Señor, algo no anda bien. Creo que John y compañía están tramando algo, las comunicaciones en París han sido cortadas”, oyó Araújo de voz de Kahlil Watterson. Araújo no dijo nada y colgó su celular. Iba a decirle algo a Ale, pero, de la nada, la pantalla de su televisor se prendió. Reconoció a John y a Johansson en lo que parecía ser la Sala de Comunicaciones del Grand Palais. Se quedó en silencio mientras escuchaba hablar al actor y al ex presidente de los Estados Unidos.

Sabían que no tenían mucho tiempo. Corrieron a la Sala de Comunicaciones. Stammler, que conocía de tecnología audiovisual, ayudó a John. En primer lugar, bloquearon la red de comunicaciones parisinas con el fin de retrasar, así fuera por minutos, la noticia de lo que estaba pasando. El segundo paso fue habilitar el sistema de comunicación global, ese que Araújo había estrenado en los eventos del 13 de junio, ese que utilizaba de vez en cuando para asegurarse de que el planeta entero escuchara sus anuncios. Zola vigilaba la puerta y Stammler operaba el sistema; con los dedos hizo un conteo regresivo de tres segundos para indicar que estaban al aire en todo el mundo. En cuestión de segundos, cientos de pensamientos pasaron por su mente. No estaba convencido de lo que estaba haciendo, no sabía si sus dudas provenían de la razón, de alguna intuición o simplemente del temor. De alguna manera se sentía responsable de todo lo sucedido. Sabía que esta, de alguna manera, era su manera de redimirse, y que lo que dijera ahí en ese momento sería lo más importante que diría en toda su vida. John respiró profundo y comenzó a hablar. Los televisores, los ordenadores, las tabletas en las casas, en las calles, en los aviones, en cualquier lado, se alumbraron. Todo el mundo observaba a John. Kate, que sabía lo que iba a pasar, había invitado a Audrey y a Christine con sus respectivos hijos a una cena en su casa. No sabía qué iba a desencadenar todo, pero sabía que tenían que estar unidas. Christine conmocionó al ver a su esposo en la televisión. El mundo entero lo estaba. Algunos fueron despertados repentinamente, otros comían, otros estaban sentados en sus sofás, pero todos querían oír lo que John tenía que decir.

“Gente de la tierra, soy John Fox, presidente número cuarenta y cuatro de los Estados Unidos de América. Esto es un llamado a actuar en contra de la tiranía en la que vivimos, un llamado a luchar por nuestro principio más grande, el más valioso: el derecho a ser libre, el derecho de ser amos de nuestro propio destino, de no recibir órdenes de nadie -menos si ese alguien utiliza la fuerza como mecanismo para tenernos callados, para callar sus crímenes, para oprimirnos. Yo y un grupo de colegas, al igual que Emil Johansson, Albert Zola y Max Stammler, decidimos que teníamos que ser el cambio que queríamos ver. Creemos que hay una forma concreta de salvar la vida de la gente de Alejandría: es un proceso científico difícil de explicar, pero confíen en mí, las chances son altas. Necesitamos su ayuda, necesitamos que salgan a sublevarse, a luchar por su libertad, en todos los rincones de este planeta que ya es no es nuestro y que ahora le pertenece a un solo hombre.

Ruego a todos salir. Sé que no será fácil, sé que las bajas serán altas, sé que es un favor difícil de pedir. Arriesgar su comodidad y su bienestar por los de otros, por conceptos que de pronto les suenan banales o triviales... Pero es eso que nos une como especie: velar por el bien del otro, juntos...". El discurso de John fue interrumpido momentáneamente por el sonido de una bomba que estalló. Los Sables habían llegado al lugar. John continuó: "No tengo mucho más tiempo, quiero acabar esta alocución parafraseando un poema que escuché alguna vez: paz sin libertad no es paz, es miedo. Hoy les pido que sean valientes, lo demás vendrá." En el instante que John terminaba su discurso, un grupo de Sables comenzaba a disparar. Stammler y Zola respondieron a los disparos. John se iba a lanzar al piso a buscar refugio, pero no fue lo suficientemente rápido y una bala chocó contra su pecho. Todo el mundo observó cómo John caía fulminado mientras la cámara se salpicaba de gotas de sangre. La cámara seguía rodando, billones de personas pudieron oír el grito desgarrador de Johansson, quien comenzó a lanzar granadas para ganar tiempo suficiente para correr al cuarto seguro en el que habían planeado esconderse.

Christine estalló en llanto. Audrey se lanzó a cubrir los ojos de sus hijas. Kate hizo lo mismo con el pequeño Jack Fox. La tristeza de Christine se convirtió rápidamente en ira: corrió a la cocina del apartamento, cogió la olla más pesada que pudo encontrar y salió corriendo a la calle. Kate miró a Audrey, le indicó que cogiera a los tres menores y se abarracara en su cuarto. Kate cogió un palo de hockey que colgaba en la sala y corrió a alcanzar a Christine. Kate bajó su celular y comenzó a transmitir en vivo desde su teléfono vía una de sus redes sociales lo que ella y Christine estaban haciendo junto a centenares de personas que habían decidido obedecer las últimas palabras de John. Alrededor del mundo, la reacción fue igual: millones de personas habían cogido cualquier utensilio que pudiera ser utilizado como arma y salieron a la calle a luchar, a lanzarse contra esos Sables a los que tanto temían y contra las oficinas del MIAST en todos lados. Era la revolución.

Leo, Michel y Drachen venían de entrar a Orsay. Michel señaló hacia dónde tenían que ir, pero de la nada comenzaron a recibir disparos. Había un Sable adentro del edificio, no estaba entre los planes. Se refugiaron donde pudieron y comenzaron a intercambiar disparos. En ese momento las pantallas del Orsay iluminaron todo el edificio mientras la lluvia de balas seguía de un lado hacia el otro. Escucharon con fervor el discurso de su amigo, con horror vieron el triste desenlace. Las malas noticias no estaban por terminar: después de unos cuantos minutos, las bombas que habían puesto en la entrada, estallaron. Más Sables habían llegado. Lanzaron sus últimas granadas hacia la entrada y corrieron hacia ella.

La pantalla gigante en el comedor de la Cala Rosada dejó de transmitir. Araújo se volteó hacia Ale, quien tenía los ojos aguados.

—Pero, ¿qué dijo? Tú y yo sabemos que es imposible —dijo Araújo.

—Hoy se acaba, hoy pagas por lo que hiciste —respondió Ale.

Disparos y estruendos comenzaron a sonar en el exterior. Un grupo de Sables entró a la habitación y, con esa voz oxidada que les caracterizaba, uno dijo:

—Estamos bajo ataque, Señor, se reportan incidentes en todo el mundo.

—Desplieguen todas las tropas, no muestren piedad —dijo Araújo sin hesitar—. Vayan ustedes también. Ale y yo iremos al Salón Blanco —añadió.

Los Sables se retiraron mientras Araújo se paró en dirección al Salón Blanco.

Ale lo siguió, no sin antes tomar disimuladamente el cuchillo con que había comido.

—Espero que estés feliz, el jueguito de tus amigos va hacer derramar mucha sangre inocente —dijo Araújo.

—¿Cómo duermes por las noches después de lo que hiciste? —preguntó Ale, quien se secaba los ojos.

—Por lo general, con modelos —respondió Araújo insolente—. Volviendo a temas serios, dado que perderemos a unos cuantos de nuestros hombres hoy, es aún más fundamental que vuelvas al MIAST. Sé que vendrán, es cuestión de tiempo, tenemos que estar listos.

A Ale no le podía importar menos lo que estaba diciendo Araújo:

—No tienes remordimiento, toda esa gente que has matado... ni siquiera me has pedido perdón a mí —dijo.

Araújo suspiró:

—¿Sigues lloriqueando por un puñado de personas? Espero que algún día entiendas que estamos completamente solos en la vida, ahora más que nunca. Como hombre de ciencia lo deberías saber: el amor es una reacción química, el apego a la familia, Síndrome de Estocolmo. No te he pedido perdón porque fue tu culpa: me hubieras dejado deshacerme de Bleckseth cuando tuve el chance y todas esas vidas se habrían salvado, al igual que todas las que se pierdan esta noche, que serán culpa tuya porque supongo que algo tuviste que ver con lo que está pasando —dijo.

Si millones de personas habían salido a la calle al oír el discurso de John, el video en vivo de su esposa junto a Kate había motivado a millones más. El video de una Christine en lágrimas todavía, tirando piedras al Edificio Cristal, residencia de Araújo en Manhattan, se volvió viral rápidamente. La batalla estaba lanzada: los Sables comenzaban a aparecer y disparar indiscriminadamente a cualquiera que los atacará. Sin embargo, era cada vez más la gente que salía a la calle. Bombas molotov improvisadas, ollas a presión explosivas, rocas, martillos, carros usados como trincheras... no había una sola ciudad, un solo pueblo en el que no hubiera disturbios. Sables comenzaban a caer y la gente comenzaba a robarles sus armas, sus pistolas, sus sables. Más videos en vivo de la prensa de individuos comenzaron a circular, había un espíritu comunal, se sentía que se podía ganar. Cada segundo más y más personas salían armadas a la calle. Algunas gritaban: “¡Libertad!”, otras “¡Justicia!”, otros gritaban “¡Por Fox!” y otros “¡Por Alejandría!”. Era la revolución. Se podía sentir el miedo en los ojos de los Sables.

Michel, Leo y Drachen se habían atrincherado detrás de las estatuas a las afueras del museo. Se les agotaban las municiones. El Sable del museo y dos Sables más que seguían de pie de los cuatro que habían venido como refuerzo los tenían cercados.

—¡Fue un honor, caballeros!! —gritó Michel, que sentía el fin.

—¡Maldita sea, Michel, no es momento para tu dramatismo! —respondió Drachen mientras disparaba a diestra y a siniestra.

—¡No tenemos derecho a morirnos hasta que hayamos cumplido nuestra misión! —gritó Leo.

En ese preciso momento, una decena de Sables nuevos se vieron llegar a la lejanía. Leo y Drachen suspiraron al mismo tiempo. Segundos después, se quedarían sin balas. Se agacharon detrás de las estatuas esperando el fin. Oyeron un golpe repentino: un carro había chocado contra uno de los Sables, personas comenzaban a aparecer de todos lados. Michel comenzó a reír. Las calles de París estarían llenas de revolucionarios como ellos minutos después.

A poco más de un kilómetro, Zola, Johansson y Stammeler estaban refugiados en una de las salas blindadas que los diferentes MIAST poseían. Las puertas de titanio resistían los disparos sin fin de los Sables. Desde ese cuarto de metal puro en el que se habían metido solo podían sentarse y esperar lo mejor. Poco a poco, fueron oyendo cómo los disparos contra su pared disminuían y voces humanas y explosiones. Las voces humanas comenzaron a aumentar, mientras que los sonidos metálicos que hacían los Sables al moverse comenzaron a disminuir. Los tres hombres se miraron, sabían lo que tenían que hacer. Cogieron sus armas y apretaron el botón para desactivar el modo de pánico. Tenían que ayudar a la causa. En cuestión de minutos, los pocos Sables que quedaban en el Grand Palais se encontraban en pedazos. Johansson cogió una de las pistolas y comenzó a correr hacia la salida. Las calles estaban repletas. Se lograba a observar, en la oscuridad, cortinas de humo salir de diferentes lugares de París. De un momento a otro, el piso comenzó a vibrar: boom, boom, boom, boom, se oía resonar. A lo lejos, Zola observó algo digno de una de sus películas: decenas de filas de Sables trotando hacia ellos.

—¡Eres un sinvergüenza sin alma! —gritó Ale a Araújo—. ¡Hoy se acaba tu reino, oye el ruido cada vez más fuerte! ¡Las calles se llenan, el pueblo ha hablado!

Araújo volvió a carcajear:

—Ingenio como siempre... Por cada persona idealista habrá una pragmática. ¿Crees que aquellos que trabajaban de sol a sol, siete días a la semana, que subsistían en vez de vivir, van a apreciar esta pequeña revolución que organizaste? Si mis Sables no apagan la llama que encendiste, tu “pueblo” lo hará —dijo Araújo.

Tenía razón. Los noticieros comenzaron a reportar lo que sucedía en las calles. La opinión de la mayoría era la misma: la revolución estaba funcionando. Cientos de millones de personas que se habían quedado en sus casas pensando que ese disturbio iba a acabar como todas las otras pequeñas protestas que habían ocurrido al principio del régimen, de un momento al otro entendieron que, de pronto, esta podía triunfar. A algunos les motivó a salir y ayudar; sin embargo, otros, que se vieron de vuelta en los trabajos que los hacían infelices, que no querían arriesgar el futuro de sus hijos, que estaban más que contentos con el modo que las cosas eran, esos decidieron salir y proteger la utopía en la que vivían.

Uno de los primeros en salir fue Ernest Mendoza, quien no iba a permitir que su amado edificio fuera atacado. Las calles estaban a reventar, se volvió verdaderamente una batalla a tres bandas: los Sables respondiendo a cualquiera que los atacara, los revolucionarios atacando a los Sables y los contra-revolucionarios que comenzaron a atacar junto a los Sables. Entre toda esa mezcla, la confusión comenzó a reinar: los Sables disparaban a todos; revolucionarios y contra revolucionarios se peleaban entre ellos y entre facciones, nadie sabía quién defendía qué. Cientos de millones de hombres, mujeres y hasta niños estaban en la calle luchando, algunos por la libertad, otros por la estabilidad que representaba la utopía. El mundo estaba en llamas.

—Es el espíritu humano, Ale: matarnos entre nosotros, luchar continuamente. El mundo necesita alguien como yo, alguien que no tema romper unas cuantas leyes, quemar unas cuantas naves. Sin personas como yo, el mundo sería una guerra sin fin —decía Araújo mientras caminaba de lado en lado en la habitación que se encontraba con Ale.

Ale agarró el cuchillo de su bolsillo:

—¿Cuántas veces has practicado este discurso en tu cabeza?! —preguntó.

Araújo sonrió:

—Me conoces bien, sabes que no puedo dejar nada al azar, que no me puedo dar ese lujo. Sería traicionarme a mí mismo y creo que el peor crimen que alguien puede cometer es traicionarse a sí mismo. Estás donde estás por jugar a la familia, por olvidar que eres como yo: solitario, calculador, con la necesidad de ser el mejor... nadie es libre si no se controla a sí mismo.

Ale comenzó a acercarse a Araújo:

—Puede que tengas razón. De pronto soy igual que tú: una vez perdemos el respeto por algo o alguien, no lo volvemos a recuperar jamás —dijo antes de sacar su cuchillo y lanzarse hacia Araújo.

Tenemos que llegar al cuarto lunar —dijo Leo.

Michel y Drachen, quienes se habían provisionado de armas, asintieron.

Un grupo de Sables protegían la entrada de Orsay. En medio del tiroteo, Michel logró agrupar una pequeña cantidad de voluntarios para ayudarlos. Lograron llegar hasta el carro en el que habían llegado, el grupo que habían reunido logró conseguir otro que aún funcionaba. Drachen dio la señal y todos comenzaron a disparar al unísono hacia los Sables. Los dos carros aceleraron hacia la entrada, se llevaron unos cuantos Sables por delante. Los miembros del segundo carro se bajaron y comenzaron a disparar a los Sables que ahora se encontraban rodeados de lado a lado. Michel, Drachen y Leo corrieron hacia el otro lado a subir las escaleras hasta el último piso. Ahí estaban: el salón lunar estaba a un pasillo de distancia.

En el Grand Palais la situación no era tan favorable: unas cien personas, entre ellas Zola, Johansson y Stammler, estaban atrincheradas. A las afueras, un gran grupo de revolucionarios trataban de rescatarlos, pero los Sables y los contra-revolucionarios no cedían terreno. Un grupo de jóvenes logró hacerse paso. Traían municiones, bombas molotov, balas. Uno de ellos se acercó al flanco donde se encontraban Zola y Stammler:

—Ustedes son los líderes, ¿cierto? —preguntó uno de ellos.

Zola estaba totalmente concentrado, trataba de usar cada bala eficazmente.

Stammler miró al joven que había preguntado:

—Así es, joven. Max Stammler, a sus órdenes —respondió.

El joven sonrió, sacó un cuchillo y gritó:

—¡Viva la utopía! —le clavó el cuchillo en la garganta.

Los otros jóvenes, a su vez, sacaron cuchillos. Se iban a abalanzar sobre Zola, pero justo a tiempo apareció Johansson, quien, con tres disparos, había evitado la muerte de su mejor amigo. Zola se lanzó sobre Stammler, pero era demasiado tarde.

La situación de París reflejaba perfectamente lo que ocurría alrededor del mundo: los revolucionarios estaban ganando ciertas batallas mientras que los Sables, con la ayuda de los contra-revolucionarios, parecían recuperar, paso a paso, el dominio. Nueva York era uno de los pocos lugares donde la revolución seguía liderando. Kahlil Watterson, al ver caer a John desde su pantalla tan solo un día después de que hubiera hablado con él, decidió salir a las calles y ayudar a la revolución. Kahlil corrió hasta el Edificio Cristal, había escuchado que los Sables de refuerzo se estaban haciendo paso para llegar allá. En su camino tuvo que esquivar balas y bombas, al igual que saltar cientos de cuerpos sin vida adornando la calle. Llegó, finalmente, al famoso edificio. Algunos pisos estaban en llamas. Subiendo las escaleras en busca de Christine y Kate reconoció el cuerpo sin vida del mayordomo de Araújo. Llegó al pent-house, observó cómo los revolucionarios destruían cuarto por cuarto el apartamento más caro de la ciudad. A lo lejos vio a Kate cargar a Christine, cuya pierna sangraba. Christine se negaba a abandonar el apartamento, quería seguir destruyéndolo a pesar de la insistencia de Kate.

—Tu hijo ha perdido suficientes padres por un día —dijo Kahlil. Agarró a Christine- quien luchaba por zafarse- y, junto a Kate, lograron salir del edificio. A pesar de los mordiscos, las patadas y los rasguños, Kahlil logró llevar a Christine junto a Kate sana y salva al apartamento de Leo.

Araújo vio a Ale correr hacia él con un cuchillo afilado. Alcanzó a moverse a tiempo y logró esquivarlo, lo cogió por la muñeca y, en unos cuantos movimientos, Ale estaba desarmado y en el piso:

—¿Crees que no me he entrenado para la guerra? —le preguntó Araújo a Ale, quien se sobaba la espalda.

Ale no se iba a rendir tan fácilmente. Se levantó y, a pesar de no ver su cuchillo por ninguna parte, se volvió a lanzar contra Araújo. Uno a uno, los golpes de Ale eran esquivados; después de cada intento acababa en el piso. Ale intentó e intentó hasta que finalmente logró clavarle un puño en la boca a Araújo. Araújo se tomó el labio con las manos y vio que tenía un poco de sangre:

—Creo me va a tocar darte una lección —dijo.

Ale se volvió a lanzar sobre Araújo pero esta vez el presidente no se limitó a esquivar. Araújo golpeó a Ale de todas las formas, le devolvió el puño una y otra vez. Golpe en el estómago, patada a las piernas durante más de diez minutos. Araújo destrozó a Ale, quien sangraba por la nariz y por la boca y tenía cortadas en ambos ojos. Sin embargo, después de cada caída, se volvía a parar.

—Debo reconocer que tienes un alma inquebrantable, compañero —dijo Araújo antes de pegarle un derechazo que lo mandó directo al piso.

En ese momento, un Sable entró al salón:

—La situación está controlada en casi todos lados —se oyó decir en esa robótica y oxidada voz.

En el Grand Palais, Zola y Johansson hacían parte de la decena de personas que seguían con vida, atrincheradas en uno de los antiguos cuartos de exposiciones. Cada minuto más Sables se acercaban, dando de baja a revolucionarios en el camino. Un ejército de Sables había logrado cruzar las barricadas de los puentes de Manhattan y los revolucionarios eran asesinados por Sables o capturados por los contra-revolucionarios. Cientos de Sables nuevos estaban siendo creados cada minuto gracias al Polaris. Los ejércitos improvisados de la revolución no podían combatir ante tal magnitud de armas. Los revolucionarios huían o se atrincheraban, dependiendo de si querían fingir que esa noche no había pasado o si preferían morir luchando por una causa antes que admitir la derrota. Kahlil, Kate y una Christine más calmada veían con horror los reportajes. La revolución estaba destinada a perder.

Michel, Leo y Drachen comenzaron a correr hacia el gran reloj con vista a París en medio de la sección lunar. Una bomba molotov cayó justo enfrente de ellos. Tuvieron el tiempo justo de frenar y tirarse al suelo para evitar la explosión. El pasillo estaba en llamas. Sus hombres habían caído. Desde el primer piso, contra-revolucionarios disparaban hacia ellos, obligándoles a encerrarse en un cuarto mientras oían los pasos de los Sables subiendo las escaleras.

—Un honor, caballeros —dijo Michel.

Esta vez Drachen y Leo no dijeron nada, asintieron y tomaron sus armas apuntando hacia la puerta. Estaban tan cerca de su objetivo y, sin embargo, habían fallado.

Lágrimas corrían por los ojos de Leo, no por su derrota, sino porque se sentía traicionado por su propia especie. Entendía aquellos que no habían salido a luchar, que habían decidido no arriesgar sus vidas, pero no entendía a aquellos que habían decidido salir no solo a arriesgar sus vidas en el nombre de un tirano sino a quitársela a aquellos peleaban contra las máquinas que los oprimían.

—Parece que fallaste de nuevo —dijo Araújo a Ale, quien seguía recostado en el piso. La sala empezó a rodearse de Sables—. Me hiciste crear decenas de miles de nuevos Sables, no quiero ni imaginarme cómo aumentará el uso de los Polaris estos días para restaurar lo que han causado hoy tus amigos. No quiero ni imaginarme lo que hubiera pasado si lograban traer Alejandría de vuelta... toda esa nueva materia que se hubiera necesitado. Un planeta entero seguro no hubiera ayudado a nuestro problemilla, ¿cierto, Ale?

Ale, desde el piso, envuelto en sangre, soltó una carcajada.

Araújo también rio:

—Tienes razón, siempre hay que buscar un lado positivo. Las muertes que causaste hoy nos van a permitir aplazar unos cuantos años nuestros problemas de sobrepoblación. Si pudieras hacer una de estas cada siete años, sería fabuloso.

Ale comenzó a tocarse la parte trasera del abdomen.

—Lo mínimo que puedes hacer es aceptar mi oferta —dijo Araújo, quien se limpiaba la sangre de las manos.

Ale murmuró algo inentendible.

—¿Qué dices? Espero que sea un “sí” —preguntó Araújo, quien se agachó para oírlo mejor.

Ale había reído segundos antes porque había sentido algo filudo en la espalda. Fingiendo sobarse el abdomen, Ale había tomado el cuchillo. Lo tenía en la mano derecha. Murmuró algo incomprensible para que Araújo tuviera que acercarse. Una vez estuvo bastante cerca, Araújo preguntó:

—¿Cuál es tu respuesta, Ale, sí o no?

Ale se aclaró la garganta y dijo:

—¡Muérete! —mientras, con las fuerzas que le sobraban, sacó su cuchillo hacia el cuello de Araújo.

Araújo vio el movimiento de su brazo y alcanzó a mover la cabeza unos centímetros hacia atrás. El cuchillo pasó a milímetros de su cuello y chocó contra su pómulo. Gritó mientras la sangre comenzaba a salir de la herida de varios centímetros que había causado Ale. Araújo perdió la razón: levantó a Ale y comenzó a golpearlo sin parar, como si fuera un saco de arena, golpe tras golpe, haciéndolo sangrar aún más. Sus ojos estaban cubiertos de sangre a no más poder, Araújo estaba descontrolado. Ale estaba en el piso, Araújo continuaba pateándolo. Nunca Araújo había estado tan bravo. A pesar del dolor y la sangre, Ale sonreía desde el piso. Con todas sus fuerzas abrió los ojos llenos de sangre lo más que pudo:

—¡Síguete riendo! —gritó Araújo mientras lo pateaba en el estómago una vez más.

Ale seguía sonriendo con la mirada llena de sangre puesta en los ojos de Araújo, quien se desesperaba cada vez más.

Araújo no iba a matar a Ale, lo había pensado varias veces en los últimos siete años y había concluido que matarse a uno mismo era mandar señales negativas al universo. Durante trece años había aguantado a Ale, ese joven físicamente idéntico a él pero que carecía de su ambición y deseo, ese que prefería pasar un domingo con sus padres o su novia a ayudarlo a planear operaciones del MIAST al otro lado del mundo. Le desesperaba haber tenido que cortarse el pelo como él, vestirse como él, hablar como él. Ale hubiera sido incapaz de hacer todo lo que él hizo durante seis años. Araújo no aguantaba a los amigos de Ale: odiaba el humor de Leo, el acento de John, las anécdotas de Drachen. Odió con su alma tener que fingir ser amigable con ellos durante todo ese tiempo. Gracias a Dios que estaba Michel, a quien solo apreciaba por su capacidad de desesperar a los otros tres. Durante esos primeros seis años, odió cada segundo que pasó interceptando sus conversaciones. Odiaba cada vez que hablaban del Ale divertido de ojos verdes claros y del Ale aburrido de ojos verde pantano. A él también le hubiera gustado pasar los veranos de su infancia en las playas brasileñas en vez de quedarse solo en un su apartamento mientras sus papás trabajaban. Le hubiera encantado no ser enviado solo a los seis años a un internado. Había tenido la esperanza de pasar siete años en soledad casi absoluta, lo hubieran vuelto más como él. Pero no, ahí estaba, su plan había fallado, su familia había sido asesinada, su novia nunca volvería y lo más probable era que sus amigos restantes estuvieran siendo asesinados en ese mismo momento. Ale estaba completamente cubierto de sangre e igual seguía negándose a ser útil sonriendo desde el piso, queriendo ir a vivir a una cabaña. Era un desagradecido. Después de todo lo que había hecho por él, había decidido pagarle con un intento de homicidio.

Araújo no aguantó más: le pegó una patada en la cara que le hizo sangrar los ojos aún más. En medio de su ira, dijo:

—¡Dispárenle al sucio de ojos claros!

Los Sables obedecieron y dispararon al mismo tiempo.

Durante trece años, Araújo no había dicho una sola frase sin pensarla detenidamente. Imaginaba qué decir ante cada situación posible para estar siempre preparado, no dejar nada al azar, controlar absolutamente todo. La ira lo había cegado. Por primera vez en mucho tiempo, decía algo espontáneamente. No tomó en cuenta que, a pesar de poseer la mejor tecnología en inteligencia artificial, los Sables no eran humanos: seguían órdenes y no dudaban en hacerlo. No pensó por un solo momento que el nivel de sangre en los ojos de Ale hacía parecer color café sus ojos verdes. Por primera vez en trece años, Araújo se dejó llevar por sus emociones. Miró su estómago, estaba totalmente cubierto de sangre. Su visión comenzó a nublarse. Miró a Ale por última vez, tratando de entender qué había pasado.

Dejó escapar una última risa mientras dijo en voz extremadamente baja:

—Memento Mori —cerró los ojos y colapsó en el piso.

Los disparos dejaron de sonar alrededor del mundo. Los Sables caían como piezas de dominó. Zola y Johansson se abrazaron con los tres revolucionarios que seguían con ellos. El brazo de Michel sangraba, Drachen tenía una herida superficial en el abdomen y Leo disparaba con dos pistolas a la vez -cubriendo a sus compañeros- cuando los Sables cayeron. Entendían lo que eso significaba, pero ninguno de los tres tuvo tiempo para celebrar. Corrieron hacia el gran reloj. Drachen siguió paso a paso los detalles que el científico Zola le había dado, conectó el ahora obsoleto Polaris al Quantum, apretó los botones y una luz verde y una luz roja salieron disparadas de la luna haciendo brillar el planeta entero durante unos segundos. Los que peleaban en la calle entendieron: la revolución había ganado.

Zola y Johansson descansaron un momento antes de ir a buscar el cuerpo de John, el hombre que con su discurso les había permitido triunfar. En el gran Salón de Comunicaciones, totalmente destruido por las balas, solo una pantalla seguía activa. Mientras Zola indicaba a dónde llevar el cuerpo de John y el de Stammler a los otros sobrevivientes, Johansson se acercó y vio un mensaje que acababa de llegar: “Me voy a las montañas a ser libre, me voy a los lagos a ser feliz”, firmado “Ale”. Johansson mostró el mensaje a Zola y le preguntó:

—¿Por qué se va si su familia y su novia están en Alejandría?

—De pronto sabe algo que nosotros no. De pronto siempre lo supo —respondió en voz baja el francés.

Johansson comprendió:

—El mundo necesitará reír, Albert —dijo.

—Bueno, Emil, tengo unos cuantos proyectos en mente. Vayamos al Petit Palais, siempre me ha parecido mejor que donde estamos ahora. Allá te los cuento —dijo Zola mientras ponía su brazo sobre el hombro del sudafricano.

—Concuerdo contigo. ¿Quién puede estar triste bajo el mosaico del techo del Petit Palais?
—respondió Johansson.

Los dos amigos salieron del edificio donde habían pasado las últimas horas y cruzaron la calle mientras observaban el sol que comenzaba a salir.

Por fin Michel, Leo y Drachen pudieron darse un abrazo, felicitarse. Habían logrado lo imposible. Salieron al balcón del Museo. El sol comenzaba a salir.

—Ya vuelvo, voy a curarme esta herida —dijo Michel.

Leo y Drachen estaban sentados observando las llamas salir de diferentes lados de la ciudad, se seguía oyendo uno que otro estruendo.

—Drachen, ¿puedo hacerte una pregunta? —preguntó Leo.

—Claro, respondió Drachen.

—¿Has tenido sueños raros desde que fuimos a ese otro universo? —preguntó el italiano.

Drachen esperó unos segundos:

—Sí. Soñé que estaba en un laboratorio, en bata. El hombre que te disparó se me acercaba, estaba sonriendo como loco y repetía una y otra vez: “dos, dos.”.

—Raro —dijo Leo—. Yo soñé con Bleckseth. Estábamos nosotros cuatro en un auditorio, Bleckseth estaba vestido de general, acabamos de presentar algo, no sé qué, pero Bleckseth y todo el auditorio nos aplaudían —dijo Leo mientras miraba fijamente al alemán.

—Vaya subconsciente raro que tienen —dijo Michel, que había vuelto con una botella de *champagne* y tres vasos.

Los tres amigos rieron, brindaron por John y por todo aquel que había caído luchando por la libertad.

Leo trataba de buscar a Alejandría en el horizonte a pesar de la luz:

—Me pregunto cuándo se comunicarán, si es que lo hacen. Me preguntó dónde estará Ale, cómo lo habrá hecho.

—De pronto se comunicó con Zola y los demás, apuesto a que siguen en su cuarto seguro, ni se deben haber enterado de todo lo que ha pasado —dijo Michel riendo.

Durante unos minutos nadie dijo nada más, simplemente disfrutaron del amanecer en París. Ver el sol alumbrar, uno a uno, cada techo de la ciudad, los reconfortó. Drachen miraba la bandera francesa ondear sobre la Torre Eiffel e imágenes de los últimos trece años rondaban su cabeza. Había sido la década del Polaris, la década de los Araújo... una década de milagros, de tragedias, de risas y de llantos, de viajes por el mundo, de viajes espaciales y de viajes inter-universales... un viaje de dictaduras utópicas, de democracias caóticas y de futuros inciertos. El temblor más largo que había vivido la humanidad.

Se volteó hacia Michel y preguntó:

—¿Y ahora?